



1205

# FILOSOFÍA POPULAR

Estudios sobre ciencias naturales y sociológicas

FOR

D. R. FAJARNÉS



## LA CIVILIZACIÓN

VALENCIA

Imprenta de Antonio López y C.ª

1898





## RICARDO FAJARNÉS CASTELLS

nació en marzo de 1836, en Valencia. Estudió en Albacete, Madrid y Valencia, donde se licenció en Medicina (1859). Ingresó en Sanidad Militar á fines del 62 y obtuvo las cruces de Mérito Militar Blanca y Roja de 2.<sup>a</sup> clase, las medallas de Bilbao y Guerra civil, los grados de Subinspector de 2.<sup>a</sup> y de 1.<sup>a</sup> clase asimilado á Coronel de Ejército y el título de Benemérito de la Patria. Fué Jefe de Sanidad de la Brigada Ibarreta, Director de los Hospitales Militares de Chafarinas, Castellón, Bilbao y Calahorra, Médico Mayor del de Valladolid y 2.<sup>o</sup> Jefe del de Valencia hasta 1887, en que se retiró. Ha publicado folletos, folletines y artículos varios sobre medicina, sociología, literatura, comedias, anécdotas, epigramas, etc.

*R. F.*



FILOSOFÍA POPULAR

---

# LA CIVILIZACIÓN





# FILOSOFÍA POPULAR

Estudios sobre Ciencias Naturales y Sociológicas  
encaminados á investigar  
qué es el hombre y cuál es su destino

POR

D. Ricardo Fajarnés Castells

DEDICADO AL PUEBLO Y PUESTO Á SU ALCANCE

*Ricardo Fajarnés*

LIBRO I

## LA CIVILIZACIÓN

VALENCIA

IMPRESA DE ANTONIO LÓPEZ Y COMPAÑÍA

1898



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
VALÈNCIA

29. NOV. 1898

Núm. - 29 -

ENTRADA

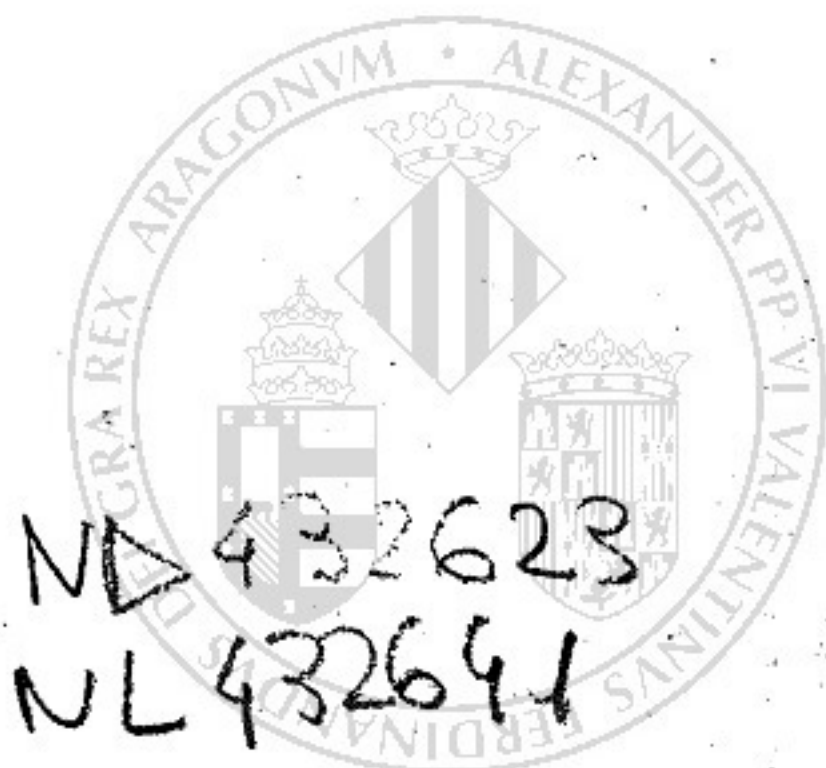
→ no cambia

Obra registrada en esta obra bajo el n.º  
650. folio 467 del libro 1.º de manuscritos



El jefe  
J. Llanas

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



NA 432623  
NL 432641

R. 85.104



## INTRODUCCIÓN

---

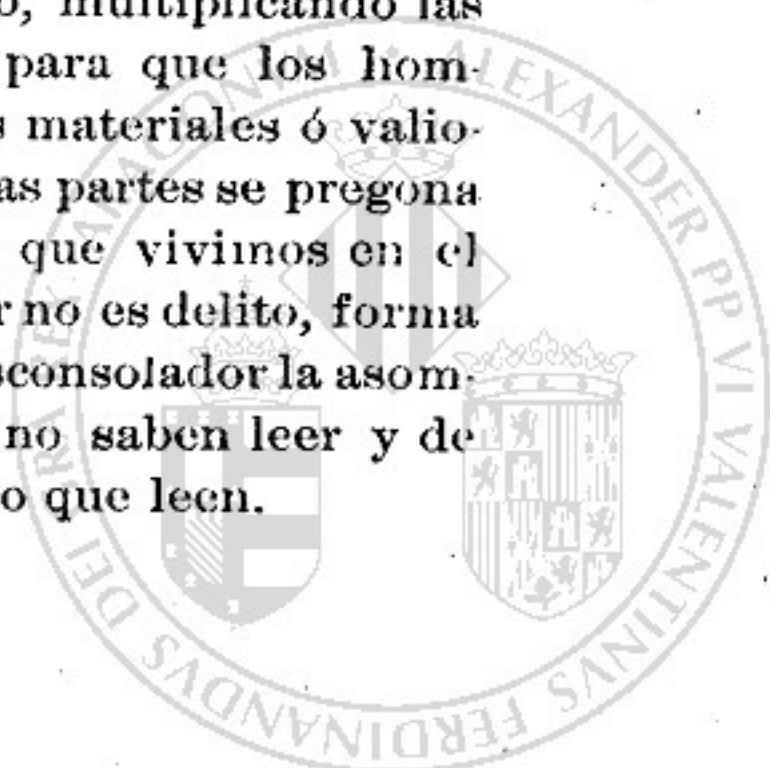
La hipocresía de la ilusión que se hacen hoy las gentes es el vicio capital de nuestra época.

*Feuerbach.*

El privilegio del hombre consiste en la convicción en que está, de que no puede proponerse un fin más elevado que el de la humanidad, cuyo progreso se confunde con el del mundo terrestre.

*Rudenhansen.*

CUANDO los periódicos y estampas, los libros y folletos, las asociaciones y reuniones públicas, las ferias y exposiciones nacionales ó internacionales, todo conspira á la difusión del pensamiento, multiplicando las ocasiones, facilitando los medios para que los hombres cambien mutuamente objetos materiales ó valiosos conocimientos; cuando por todas partes se pregona que estamos en un país civilizado, que vivimos en el siglo más ilustrado, que ya el saber no es delito, forma un contraste tan evidente como desconsolador la asombrosa cifra de los que en España no saben leer y de los que sabiendo no comprenden lo que leen.





Y esto por la sencilla razón de que en la sociedad hay y debe haber clases, tanto más diferenciadas y numerosas, cuanto mayor es el grado de civilización y cultura.

En un periódico de Madrid, Querubín de la Ronda, al dar cuenta del éxito alcanzado en un drama de Echegaray, exclamaba:

«No hace muchos días advertimos que las luchas filosóficas no conmueven á este público lleno de extravagancia y frivolidad.»

Efectivamente: una gran parte de esta masa social, especialmente la que ocupa las capas inferiores, se halla en un estado soporífero, anegada en un mar de indiferencia, de apatía, de ignorancia. Vegeta como un pólipo. Nada les conmueve.

«Sobre 1.500 millones de hombres de que se compone la especie humana, hay lo menos 1.450 que están casi desprovistos de conocimientos.»—(*E. Ferriere*).

«Ningún buen libro, dígame lo que se quiera, podrá animar á las gentes y salvar á un pueblo de la decadencia, una vez que se inicia. Las doctrinas quedan en los libros y los hechos continúan su camino. Sin embargo, nosotros debemos intentar todas las experiencias.»—(*Cesare Lombroso*).

Ni aun los hombres de alguna instrucción que se elevan sobre aquella masa inconsciente tienen ideas propias ó el valor para sostenerlas.

«La opinión pública ejerce sobre cada individuo un poder enorme á quien ninguno puede escapar. Muchos hombres no tienen durante toda su vida más móvil que la opinión de los demás.»—(*Max Nordau*).

Y aunque hipócritamente acepten, sostengan y de-

fiendan con entusiasmo las creencias y opiniones de la generalidad, en el fondo son escépticos ó pesimistas, desconfiados y ateos. Se burlan de Epicuro y son sus más genuinos representantes, exclamando desde el fondo de su pecho: «Comamos y bebamos que mañana no seremos.»

Camilo Flammarion, en su precioso libro *Dios en la Naturaleza*, dice:

«Hay ciertas cuestiones profundas que en el curso de la vida humana, en las horas de soledad y de silencio, se presentan ante nosotros como otros tantos puntos de interrogación importantes y misteriosos; vastos é imponentes problemas que nos envuelven y nos dominan con su inmensidad, porque sentimos que nos atañen, nos interesan vivamente, y aunque nos sintamos sin fuerzas para resolverlos, ansiamos satisfacer nuestra curiosidad y no podemos razonablemente librarnos de un cierto temor de lo desconocido.»

«¿Cómo pueden los hombres, seres eminentemente pensadores, pasar toda su vida ocupados en intereses transitorios, sin salir de su apatía, en presencia de estas cuestiones formidables?»

La razón es porque esas cuestiones exigen para su examen y dilucidación, condiciones especialísimas que solo se encuentran reunidas en un número muy reducido de personas. Mucha instrucción, inteligencia privilegiada y posición social desahogada que permitan tranquilidad de ánimo, tiempo y local á propósito para poder dedicarse á estas disquisiciones filosóficas.

Grande abnegación se necesita para abandonar todo ese laberinto de hechos que nos rodean, que continuamente nos excita y provoca nuestra curiosidad,

entreteniéndolo agradablemente nuestros sentidos, y constituyendo los encantos de nuestra vida práctica; y dejando todo esto á un lado preocuparse por completo, ensimismarse, extasiarse en estas especulaciones filosóficas, gastando en ellas todo el poder ó actividad de nuestro espíritu.

Esta abnegación constituye el carácter del filósofo.

«Y si bien no es preciso que éste se halle desprovisto de gusto por todo lo que es bello, como la pintura, el campo, la poesía, la música, sin embargo tiene que apartar su atención de todo esto para fijarla sólo en los símbolos artificiales que expresan las verdades de la naturaleza.»—(*Alejandro Bain*).

De aquí el que las naciones, aun las más civilizadas, progresen tan lenta y perezosamente; de aquí el que no se desvanezcan los errores, absurdos y preocupaciones; el que se proclamen y defiendan las más estúpidas y extravagantes opiniones; el que no pueda disminuirse la miseria social y el que continúen esas repugnantes y obcecadas luchas de la humanidad que hace extraordinarios esfuerzos por satisfacer sus legítimas aspiraciones.

«Vivimos dice Moleschott, en un tiempo en que los reyes y el clero disputan á los ciudadanos la posesión de los materiales que el arte y la ciencia han reunido para la constitución del nuevo orden de cosas.»

Es preciso, pues, desenmascarar á los farsantes describiendo al menos un poco la cortina que oculta sus liviandades, su egoísmo desenfrenado, para que el público vea algo de la verdad.

Y si gran parte de este público, no puede percatarse porque es incapaz de comprender nada de esto,

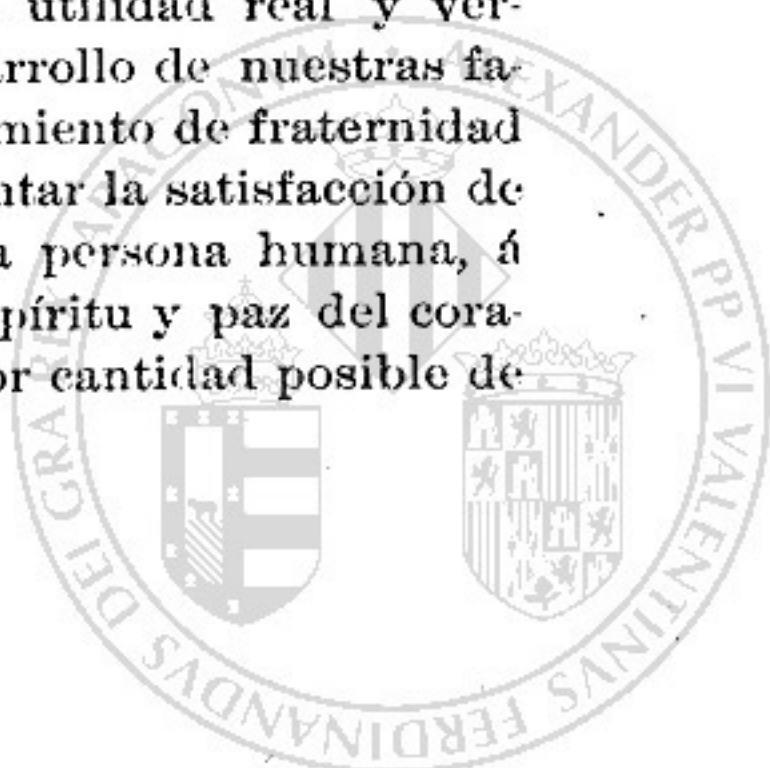
y porque fatalmente está obligada á sufrir con resignación y paciencia su destino, en cambio otra parte, una minoría muy apreciable formada por hombres inteligentes que brotan de todas las clases sociales y que no han tenido ocasión ó facilidad para ilustrarse en cuestiones científicas ó filosóficas, debe buscar la solución de estos problemas en libros en que con sencillez y claridad y en estilo familiar puedan adquirirse los conocimientos pertinentes.

Por eso doy á la estampa el presente.

Le he dado el título de *Filosofía Popular*, porque yo entiendo que *filosofía* es la ciencia encaminada á resolver el gran problema del destino humano, y *popular*, porque va dirigido al pueblo, á las personas que no cuentan con una grande y sólida instrucción.

No se crea que la filosofía es una ciencia puramente especulativa; que es la metafísica, ó que no tiene más objeto que la investigación de la razón de las cosas. Es, por el contrario, de numerosas, grandes y útiles aplicaciones prácticas.

Su carácter eminentemente positivo; sus tendencias democráticas y humanas; su condición antimística; su espíritu de igualdad, deducido de su propia y pura esencia, le comunican una utilidad real y verdadera; porque conspira al desarrollo de nuestras facultades, á arraigar más el sentimiento de fraternidad universal, á hacernos experimentar la satisfacción de poseer la verdad, á dignificar la persona humana, á conseguir la tranquilidad de espíritu y paz del corazón y, en fin, á obtener la mayor cantidad posible de dicha, bienestar y felicidad.





## EL MUNDO PRIMITIVO

Conocer el verdadero origen del hombre es un descubrimiento tan fértil en consecuencias, que algún día, este resultado será tenido indudablemente como el mayor que ha podido conseguir la humanidad.

*Schaafhausen.*

Si para nuestros antepasados el hombre ha sido un ente extraño á la tierra, para el presente el desenvolvimiento de aquél sometido á leyes regulares, ha seguido el de la tierra. El hombre depende de la tierra como la flor y el fruto dependen del árbol que los tiene.

*Perty.*

AL contemplar nuestra actual sociedad no puede menos de comprenderse que á tal estado hemos llegado, conquistando paulatinamente cuanto poseemos y modificando incesantemente nuestras costumbres y nuestro modo de ser.

¿Desde cuándo y cómo empezó la humanidad á tomar posesión de la tierra y á poder vivir con relativa tranquilidad y bienestar? ¿Desde cuándo, si admitimos la Evolución que es lo más natural y explicable, el hombre ha debido llamarse tal perdiendo las condiciones del cuadrumano?

Esto es lo que no puede fijarse, ni siquiera de un modo aproximado, y lo más probable es que no se sepa nunca.

La antigüedad del hombre es desconocida. Se han hecho para averiguarla multitud de tentativas, especialmente en la segunda mitad de este siglo, en que con motivo de la construcción de carreteras y vías férreas ha habido necesidad de hacer grandes y profundas excavaciones en los terrenos. Este estudio ha despertado vivísimo interés, y gracias á los trabajos de Bucher de Pertes, de E. Lartet, de Tournal y Christol (1828 y 29), de Schmerling (1834) y otros entusiastas naturalistas, tenemos en el día nociones menos confusas sobre este asunto.

«La ciencia moderna no se contenta con demoler los fundamentos, á la verdad ya caducos, de la cronología clásica y llevar el origen del hombre á una época tan lejana, que comparada con nuestra historia escrita, no parece ésta más que un instante fugitivo perdido en una serie de siglos que no puede abarcarse con la mirada. Va más lejos, hasta perderse de vista.»—  
(*A. Laugel*).

Ese lapso de tiempo indeterminado anterior á la época histórica se ha dividido en cuatro períodos ó edades muy desiguales en punto á su duración, sirviendo de base á esta división el material empleado en la construcción de los instrumentos.

Las cuatro edades son: la más reciente, la del hierro; la anterior á ésta, la del bronce; la anterior á ésta, la de la piedra pulimentada, y la más remota, la de la piedra tallada.

Calculando que las tres capas de arcilla, de arena y

de marga, hasta unos seis metros de profundidad, que recubrían el gran yacimiento descubierto por M. Lartet el año 1852 en Aurignac (Pirineos franceses), se hubiesen ido depositando siempre con la lentitud que se observa en nuestros días, resultaría que los hombres prehistóricos del período cuaternario habrán vivido hace unos cien mil años.

Se ha encontrado otra época más remota todavía.

«El médico holandés Mr. Dubois ha encontrado, en la isla de Sumatra, en el mismo sitio fijado por Darwin, un cráneo, un fémur y un diente del antropoide que sirve de enlace al mono con el hombre.

Este cráneo hallado, según la memoria leída en la Sociedad Antropológica de París (1895), es intermedio entre el de los antropoides y el de los primitivos habitantes de Australia. Presenta bastante exajerados los caracteres del cráneo de Neanderthal con sus voluminosas apófisis de los párpados. El diámetro longitudinal de la caja craneana es de 185 centímetros y el transversal de 130. Su capacidad es aproximadamente de 900 á 1.000 centímetros cúbicos, capacidad muy superior á la del gorila é inferior á la del hombre primitivo. Esa capacidad no se observa en el hombre más que en los imbeciles. El molar se aproxima más al del mono que al de un hombre. El fémur, en cambio, se aproxima más al fémur humano.»—(*Antorcha Valentina*, 16 Febrero 1895).

A juzgar por los objetos hallados en estas excavaciones, los hombres de la edad de piedra tallada, eran cazadores y pescadores, sabían trabajar el pedernal, conocían la manera de encender el fuego, siendo por



consiguiente más civilizados que los habitantes de la selva de Aruwimi de que nos habla Stanley.

La edad real de la gruta de Aurignac nos hace sacar estas consecuencias:

1.<sup>a</sup> Muchos años antes de toda tradición y toda historia, una raza de salvajes, todavía en el principio más grosero de la civilización, y muy parecidos á los actuales salvajes ha habitado en Europa.

2.<sup>a</sup> Esta raza ha sido contemporánea del mamut, del rinoceronte antediluviano y otros animales desaparecidos hace mucho tiempo y considerados como antediluvianos.

En 1854 se descubrieron junto á Zurich, en el limo de las orillas del lago, unas estacas muy carcomidas, juntamente con una porción de utensilios groseramente labrados. Dichas estacas, que no bajaban de 40.000, eran gruesas, clavadas por la punta en el fondo del lago, á muchos metros de profundidad y formando el cimiento de una ciudad lacustre ó palafito.

Desde entonces se han descubierto, nada más que en Suiza, más de doscientas ciudades por el estilo y otras en Italia.

Pero ¿cuándo se construyeron?

Nada se sabe de cierto. Lo único que puede asegurarse es que en aquella época se conocía el perro, la cabra, el carnero, el buey y otros animales domésticos; que se sabía cultivar la tierra, segar el trigo y moler el grano, tejer telas de cáñamo, coser groseramente vestidos, puesto que se han encontrado agujas de hueso; que tenían vasos de tierra cocida y que aquellos habitantes eran cazadores de jabalíes y dantas.

Como recuerdos de aquella edad remotísima, se han

estudiado y clasificado con los nombres de dolmenes, menires, cromlechs, piedras bamboleantes, etc., enormes peñascos imperfectamente tallados, que se han encontrado puestos con cierta simetría y al descubierto. Asimismo se mencionan los túmulos ó grandes montones de piedras, colocados generalmente en las cimas de las montañas, y que probablemente son monumentos funerarios.

Los hay que alcanzan 60 metros de altura. En su interior se encuentra una cámara de piedra pavimentada de baldosas y sobre ellas un esqueleto que á veces se halla encerrado en una urna y al lado aparecen armas, vasos, collares de hueso ó marfil, y sencillos cacharros sin asas, ni cuello.

Estos túmulos de Europa son posteriores al reno y á los palafitos.

Según Mr. Quatrefages, la presencia de esos objetos encontrados junto á los cadáveres, indica que aquellos hombres creían en la existencia de seres espirituales que podían influir bien ó mal en su futuro destino, en la otra vida.

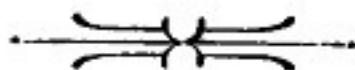
Cuando el hombre adelantó más y consiguió encontrar el cobre y fundir el bronce, construyó armas superiores á las de pedernal. Más tarde logró extraer y fundir el hierro y le dió numerosas y útiles aplicaciones, pero ya esta época se confunde con la histórica.

Empezamos á encontrar ya monumentos hechos con arte, porque la arquitectura es ya más conocida. Se ven inscripciones geroglíficas y todo anuncia un grado superior de civilización y cultura.

La invención de medios á propósito para transmitir el pensamiento, no sólo en el momento actual y

para la persona que tenemos á la vista, sino para el que está ausente, para el que vivirá después de nosotros; esto que parece una cosa insignificante ha sido lo que más ha contribuído al desarrollo de las facultades humanas, y lo que nos ha podido demostrar con seguridad los sucesos que han tenido lugar antes de nuestra aparición sobre la tierra.

«Porque obrada la maravilla de que hoy se lean y traduzcan los jeroglíficos faraónicos y sus escritos hieráticos y demóticos, las inscripciones cuneiformes, asirias, caldeas, medas y persas y los signos chinos, con tanta exactitud como el hebreo, las fronteras de la Historia resultan mucho más allá que Noé, y aun que el mismo Adam del Génesis.»—(*Morayta*).



## EL MUNDO ANTIGUO

---

Durante la Edad Media, la ciencia esclavizada obedeció á la escolástica, á aquella filosofía limitada, que consiste en creer únicamente verdadero lo que admite la Iglesia.

*G. Tissandier.*

Nuestros abuelos han pasado por la edad de hierro: nosotros tenemos ante los ojos la edad de oro.

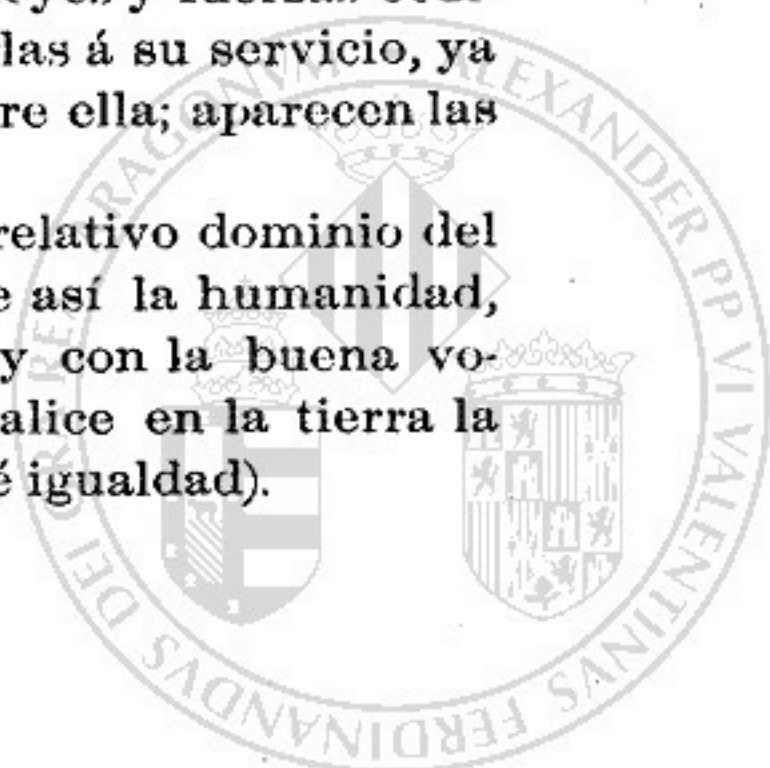
*Bernardino de Saint-Pierre.*

**P**UEDEN admitirse según el Dr. Rodríguez, tres edades lógicas en el desarrollo de la humanidad:

1.<sup>a</sup> ó del sentimiento, en que la atención del hombre se dirige preferentemente á las creencias y á los sentimientos religiosos, inquiriendo con afán el origen del Cosmos y las leyes que le rigen.

2.<sup>a</sup> ó del raciocinio, cuando se buscan las causas de la naturaleza de las cosas y las leyes y fuerzas ocultas, ya en la Naturaleza para ponerlas á su servicio, ya en la materia para poder obrar sobre ella; aparecen las ciencias.

3.<sup>a</sup> actual, ó sea de posesión y relativo dominio del hombre sobre el mundo, para que así la humanidad, con el poder que dan las ciencias y con la buena voluntad que preceptúa la moral, realice en la tierra la voluntad de Dios (orden, libertad é igualdad).



Estamos conformes, pero ¿cómo sabe el catedrático de Madrid la voluntad de Dios?

A mí me parece más bien que esa voluntad es del hombre, cuyas tendencias instintivas son hacia su bienestar; pero dejando esto á un lado ocupémonos del desarrollo de la humanidad desde los remotos tiempos de que tenemos datos positivos.

El pueblo que cuenta más larga historia es el Egipto, 5.000 años antes de Jesucristo.

Los griegos solo llegan hasta 800 años antes de la Era cristiana.

Alemania al primer siglo de esta Era.

Rusia al siglo décimo.

España abre sus anales con la venida de los fenicios, 1.150 años antes de Jesucristo, pero no empezamos á registrar datos positivos hasta que empiezan á ocuparse de nuestra península los historiadores griegos.

La historia de la Mesopotamia, llamada por los hebreos Senaar, comienza 4.000 años antes de Jesucristo. La parte meridional constituía la Caldea, cuya capital, Babilonia, fué el centro del saber, y como el centro de las relaciones de los pueblos de Oriente y Occidente. El Norte de este territorio, se llamó Asiria y su capital Ninive.

En la Caldea se halla la ciudad de Ur, en la cual habitó Abraham, que descendió luego con los hebreos por la cuenca de la Mesopotamia.

La brillante civilización que se desarrolló en este país fué debida á su comunicación con el Egipto. Hubo necesidad de construir grandes calzadas; de hacer ca-

nales de navegación y de riego; de practicar trabajos hidráulicos de consideración; de levantar nuevas ciudades; y como consecuencia de esta actividad, aumentó el comercio, se perfeccionaron las industrias y tomaron grande incremento las artes y las ciencias.

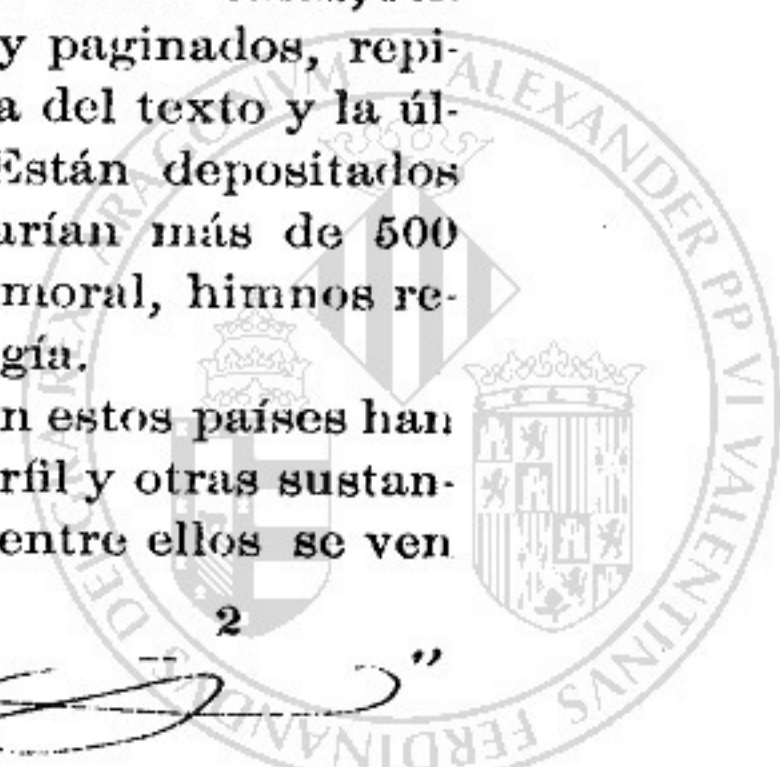
Así es que las ciudades de la Caldea tenían observatorios, y sus astrónomos pronosticaban los eclipses, conocían los planetas, describieron muchas constelaciones ó grupos de estrellas, determinaron el número de días del año, fijándolo en 365 y un cuarto, y fundaron la Astrología en la creencia de que los astros tenían una marcada influencia en el destino humano. Claro es que la Geometría y la Aritmética no podían serles extrañas.

Fué el primer pueblo que trabajó el hierro. Hicieron estatuas de oro y artefactos de plata, plomo, bronce, etc.

Escribieron su historia y su saber en ladrillos; y hoy se descifran y por ellos sabemos que Nino, Semiramis y otros héroes no han existido jamás.

Layard y Smit descubrieron la célebre biblioteca del palacio de Koyundjik, consistente en más de 10.000 ladrillos, de barro cocido, escritos por ambas caras, con caracteres cuneiformes, ordenados y paginados, repitiéndose en todos la primera palabra del texto y la última ó fin de la tablilla anterior. Están depositados hoy en el Museo Británico y llenarían más de 500 libros regulares. Tratan de religión, moral, himnos religiosos, magia, enfermedades, zoología.

De las excavaciones verificadas en estos países han salido cilindros de barro, piedra, marfil y otras sustancias, con dibujos é inscripciones, y entre ellos se ven



algunos objetos que son sin duda amuletos para preservar de los malos espíritus y de las enfermedades.

La Caldea fué el cementerio de todos los pueblos vecinos, pues allí se han encontrado un considerable número de ataúdes y restos mortales, llegando hasta tener treinta ó sesenta pies de profundidad las capas de ataúdes, que son de barro barnizado y presentan formas varias; unos son largos (de babucha), otros circulares, otros como jarros, y los esqueletos aparecen con la cara á Poniente.

Los tiempos históricos de los iranios datan del siglo VI antes de Jesucristo.

Antes de esta fecha sólo se tiene noticia de luchas habidas entre ellos y los turanios, semitas y cuschitas, y apenas consolidada la dominación aria en la Media y la Persia hubo que guerrear con la Asiria, de cuyo imperio fueron hechos tributarios los iranios. Consiguieron después destruir á Ninive (en 788 antes de Jesucristo), pero vencidos después se unieron todos formando un pueblo.

Más tarde aparece Ciro, que después de coronarse rey de Persia y de Media, conquista en diez años toda el Asia menor, Babilonia, la Bactriana y la Sogdiana. Su hijo y sucesor Cambises se apoderó del Egipto, y con esto todo el mundo civilizado antiguo tuvo un solo rey.

Pero hablando de los persas viene á la memoria la famosa religión de Zoroastro, cuyo código religioso es el Zend-Avesta, traducido por Anquetil en 1771. Fué aquél un reformador cuya existencia no está suficien-

temente demostrada y se remonta al siglo VIII antes de Jesucristo.

El mazdeismo es una religión dualista, pues reconoce dos genios, el bien y el mal y el culto del fuego ó más bien de los cuatro elementos, agua, tierra, aire y fuego.

—

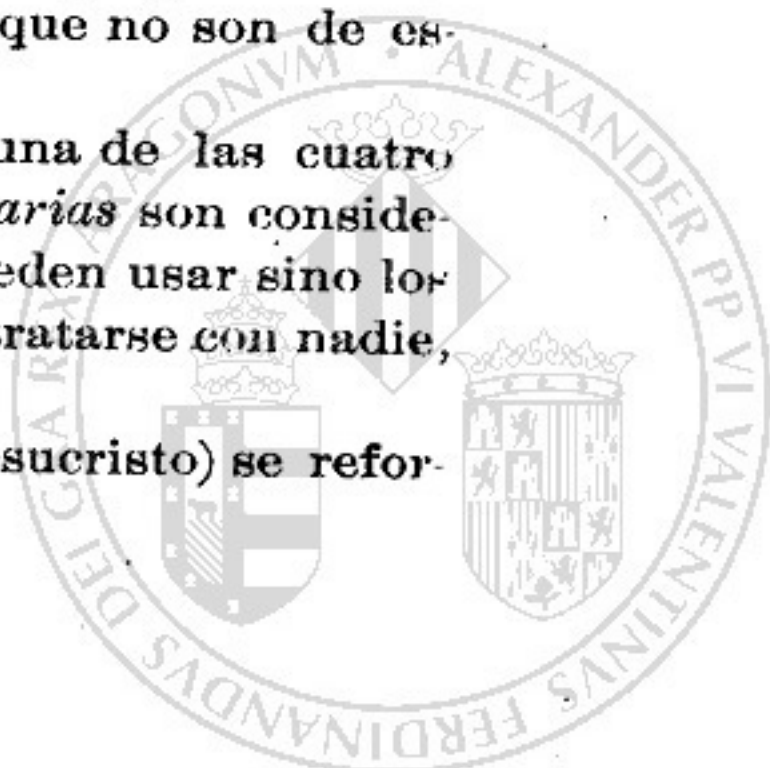
Otro de los pueblos antiguos de que he de ocuparme ligeramente es la India.

La historia nos da razón de la invasión de una rama de los arias en el Indostán, allá sobre unos 2.000 años antes de Jesucristo, sometiendo á las razas aborígenes ó *dravidianos*, al cabo de cuatro siglos. Formóse una especie de confederación, cuyo lazo nacional era la unidad religiosa; los guerreros fueron relegados á segundo término y los sacerdotes se encargaron de organizar la nación y crearon las castas.

Proclaman que Brahma, Dios Supremo, ha creado cuatro especies de hombres. Los brahamanes ó sacerdotes, que visten de blanco; los chatrias ó guerreros, que visten de rojo; los vaysias, que visten azul y se dedican á cultivar las tierras, comerciar, criar ganados, etcétera, y los sudras, que visten de negro y están obligados á ser los criados de todos, porque no son de estirpe aria.

Quien no está comprendido en una de las cuatro castas es *impuro*, y entre éstos los *parias* son considerados con el mayor desprecio, no pueden usar sino los deshechos de los demás, no pueden tratarse con nadie, ni poseer más que perros y asnos.

Más tarde (477 años antes de Jesucristo) se reformó esta religión en el Budismo.





La India antigua, si no fué el país modelo de ilustración, tampoco careció de ella.

Era más bien pueblo de imaginación artística y poética, y fué obstáculo al progreso de las ciencias naturales la prohibición de buscar otro origen á las cosas que el que señalaban los *Vedas*.

En Matemáticas dícese que inventaron las diez cifras numéricas con su valor absoluto y relativo: conocieron el Algebra, y en Astronomía, aunque no supieron calcular los eclipses, ni llevar nota de las observaciones, en cambio adoptaron para los cálculos métodos maravillosos.

«El carácter de la educación india, fué desde luego el de la observación y el estudio. Los jóvenes que se dedicaban al aprendizaje de la Medicina, oían con especial respeto las enseñanzas de los brahmas y maestros. La escritura no fué, según se cree, uno de los primeros adelantos.»—(Dr. Rodríguez F.)

Las industrias estaban á cargo de los sudras, que fabricaban famosas telas, hacían vasos de hierro, estaño, cobre, oro y plata; tallaban el ébano, el marfil y el cuerno; trabajaban las piedras duras, fabricaban papel de algodón y hacían bebidas fermentadas, etc.

El antiguo Egipto, cuyo origen fabuloso se remonta á 6.000 años antes de Jesucristo, es el centro de la civilización en la antigüedad.

«Siete mil años se han pasado desde que el cuarto rey de la primera dinastía construyó la primer pirámide de *Cochomé*, que todavía existe. Pero entonces el Egipto era un país ya viejo. Su pueblo estaba civilizado, su arquitectura grandiosa y perfecta, su estatuaria

natural, su lenguaje ya formado y apto para la escritura. Había varios animales domésticos y tenían esclavos de Numidia. Las tumbas de la antigua Menfis estaban cubiertas de pinturas, representando fiestas y bailes. No se ven signos de luchas ó guerras y apenas rasgos de religión, por más que tributaron grande adoración á sus muertos.»—(S. P. Lesley, extracto de un opúsculo sobre *Origen del destino del hombre*).

Sabido es cuánto florecieron las ciencias en Alejandría (célebre por su biblioteca) y que los griegos fueron á Egipto á estudiar Medicina y varias ciencias.

Alejandría, en la costa del Mediterráneo, fué fundada 332 años antes de Jesucristo, por Alejandro Magno, previendo que había de ser centro del comercio entre Asia y Europa.

Poblada en su principio por judíos de Palestina, cuando se encargó del gobierno de Egipto Ptolomeo Sotero, aumentó el número de habitantes con 100.000, y Filadelfio, el sucesor de Sotero, redimió de la esclavitud y pagó á sus propietarios egipcios, 198.000 judíos, á quienes concedió los mismos derechos y privilegios que á los macedonios. Gran número de sirios y griegos acudieron después á formar con los egipcios aquella gran ciudad que bien pronto fué una maravilla por sus palacios, templos, teatros, jardines, fuentes y obeliscos.

Pero el más glorioso monumento fué el Museo, en donde estaba aquella famosa biblioteca que llegó á encerrar 400.000 volúmenes, y más tarde en el templo de Serapis se adquirieron 300.000 más.

El jefe de la biblioteca tenía orden para comprar á costa del rey, todas cuantas obras se conociesen y de copiar aquellas que no se vendían, pagando estas ad-

quisiciones á precios fabulosos. La traducción de la Biblia de los Setenta fué ordenada por Ptolomeo.

En aquel Museo se alojaban y eran mantenidos por el rey, muchos hombres consagrados al estudio. Estaban divididos éstos en Literatura, Matemáticas, Astronomía y Medicina. Unido al Museo había un jardín botánico y otro de zoología y un observatorio astronómico con máquinas, aparatos é instrumentos para las observaciones y demostraciones. Había también una sala para disecciones anatómicas y vivisecciones.

Allí se daban lecciones y conferencias á los alumnos, que llegaron hasta 14.000. Allí explicó Ptolomeo su sistema astronómico. Allí se oyó la voz de Aristóteles. Allí dió á conocer Zenón su sistema filosófico, el estoicismo. Allí enseñaron las ciencias Platón, el discípulo de Aristóteles; Arquímedes, el inmortal geómetra; Euclides, el célebre matemático; Eratóstenes, el que comprendió la redondez de la tierra; Hiparco, notable astrónomo; Ctesio y Herón, físicos admirables; Apolonio, inventor del reloj de gota de agua; Sosígenes, el que aboliendo el año lunar, arregló el calendario por el curso del sol. . . . .

«Ya no es lícito colocar en la cabeza de la Historia Universal á Israel.

El pueblo egipcio aparece como el más antiguo. Preséntase luego el caldeo, adonde Egipto llega más tarde con sus armas y con su influencia. Síguenle los cananeos, de que salen Siria y Fenicia, y en tanto Israel se forma en Egipto, de donde se dirige á su tierra prometida, Caldea renace y tras Caldea, Asiria, que se extiende hasta las fronteras de India. De las ruinas de

Asiria fórmasse el imperio Medo y sobre él álzase Persia, que ata á su carro vencedor todo el mundo oriental conocido, excepto Arabia, que reconoce, sin embargo, su autoridad moral.

Estos imperios no constituyen la primera época de una Edad. Entre el Egipto y la China hay una humanidad de por medio.»—(*Morayta*).

Pasa la civilización de Egipto á Grecia en los cuatro siglos antes de la Era cristiana; pero aquel pueblo que creó las ciudades, se vió obligado á dedicarse más á la política y á la guerra, que á las ciencias y á las artes.

Son, sin embargo, notables sus filósofos, Tales de Mileto, Anaxinandro, Diógenes, Pitágoras, Jenófanes, Parménidas, Leucipo, Demócrito, Heráclito, Sócrates, Platón, Aristóteles. La literatura nos da un Homero, Esquilo, Demóstenes, Sofocles. Las artes prosperan y la estatuaria refleja las concepciones grandiosas de aquel pueblo adorador de las bellezas.

Roma no tardó en hacerlo provincia romana, pero dejándoles sus costumbres y aun apropiándose las.

En tanto, los fenicios conquistan y fundan multitud de ciudades en toda la costa del Mediterráneo, llevando la civilización á todo el mundo conocido (que consistía en el litoral mediterráneo); los romanos, intrépidos y conquistadores, se apoderaron de todos y constituyen á Roma como la capital del mundo civilizado.

Empero la ambición de que estaban poseídos fué la causa de la destrucción de aquel vasto imperio.

Guerreros más que sabios, los romanos representan una civilización de tránsito y poco marcada. Fueron, sin embargo, los legisladores, los maestros en Derecho y florecieron en la literatura. Dividido en dos partes, Oriente y Occidente, cuando la relajación de costumbres debilita aquel pueblo, es sucesivamente invadido por los germanos y bárbaros del Norte de Europa y de Occidente de Asia.

Este fué un acontecimiento memorable y de gran importancia en la historia.

Hérulos, suevos, vándalos, alanos, hunos, godos y otros varios pueblos, que permanecían en estado semisalvaje é ignorados por completo, invadieron toda la Europa y se constituyeron en diferentes naciones, mientras el imperio bizantino permaneció íntegro, pero arrastrando una lánguida y crapulosa vida, llena de preocupaciones religiosas y privado de sentido moral.

Otra época notable es la originada por la muerte de Carlo Magno, que sin duda se propuso restablecer, como los romanos, una monarquía europea.

Con aquel emperador termina el mundo antiguo. El gobierno absoluto desaparece y cada provincia ó región tiene su señor.

La sociedad abandona las ciudades para extenderse por los campos. En vez de los propietarios y esclavos de otro tiempo, hay ahora guerreros, monjes, labradores y criados.

No se construyen ya teatros, ternas, circos y carreteras, sino iglesias.

Deja de hablarse el latín. En Inglaterra y Alema-

nia hablan sajón; en Francia, Italia y España una lengua nueva, originada de la lengua vulgar de Roma.

En Europa triunfa el catolicismo, en Africa el islamismo.

Las leyes están informadas por las costumbres de los bárbaros.

No pereció, empero, la civilización greco-latina, pues fué á refugiarse á Bizancio, y si desapareció en Occidente, de sus ruinas surgió una nueva civilización.

En la Edad Media las ciencias y las artes adelantaron poco. La filosofía menos.

«La ciencia esclavizada obedece á la escolástica, á aquella filosofía limitada que consiste en aceptar únicamente como verdadero lo que manda la Iglesia.»—*(G. Tissandier)*.

El saber fué á parar á los conventos.

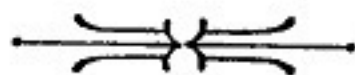
Las cruzadas influyeron eficazmente en la civilización. Provocadas por el fanatismo religioso, terminaron por aumentar el comercio con Oriente. «Cuando los hombres pudieron conocerse mejor, mostráronse mutuamente tolerantes, acabando por admitir que las tres religiones, cristiana, judáica y musulmana, eran igualmente buenas.»—*(C. Mendoza)*.

En aquella época de barbarie puede decirse que los árabes y judíos fueron los depositarios de las ciencias y de las artes, especialmente en España. Cultivaron las Matemáticas, la Astronomía, la Medicina y la Alquimia.

«Los árabes hacen retroceder en parte la barbarie que desde ya hacía dos siglos, desde el siglo VI, había cubierto la Europa, trastornada por las invasiones de

los pueblos. Remontándose á los manantiales eternos de la filosofía griega, no se limitan á salvar el tesoro de los conocimientos adquiridos, sino que lo aumentan y abren nuevas vías al estudio de la Naturaleza.»— (*Humbolt*).

En el siglo XIII, Rogerio Bacon, franciscano inglés; Alberto el Grande y Arnaldo de Villanueva, con sus prodigiosos descubrimientos, prepararon la regeneración de las ciencias, y al final de esta época desgraciada, es decir, en el siglo XV, estas grandes conquistas, que á primera vista no parecieron de importancia, como son el papel, la imprenta, la pólvora, la brújula y el descubrimiento de América, cambian por completo el aspecto de Europa, haciéndola entrar en esa gloriosa época que se llamó el Renacimiento.



## EL MUNDO MODERNO

En los mismos sitios en que hoy se elevan suntuosos palacios y asilos de beneficencia, nuestros antepasados se mataban, se asaban y se comían entre sí.

*E. Ferrière.*

Reconocemos que las civilizaciones presentes han salido por entero de las civilizaciones pasadas y contienen en germen todas las civilizaciones por venir.

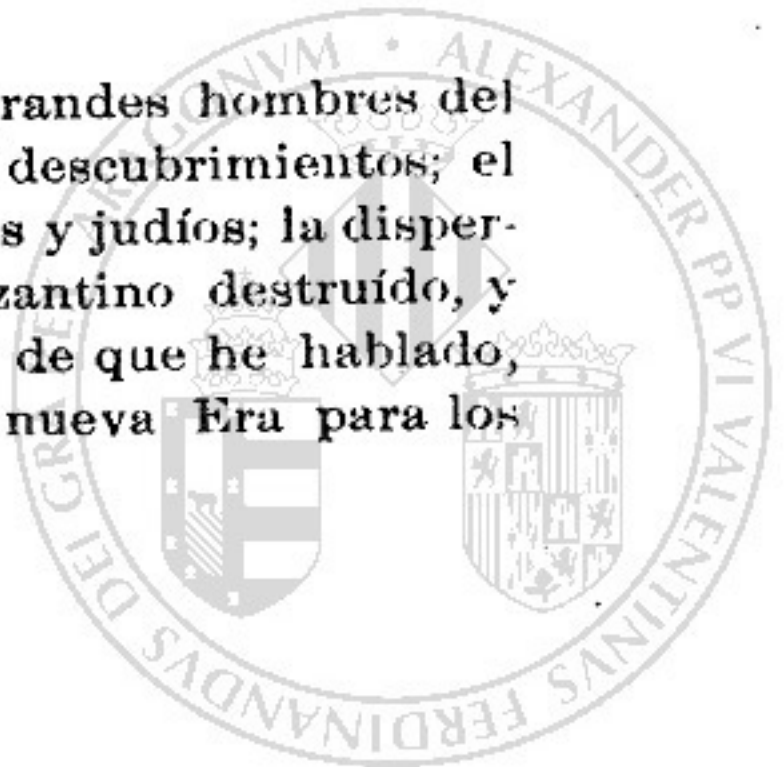
*Gust. Le Bon.* (Los prems. civls.)

Conforme Grecia se apasionó por la belleza, Roma por el dominio y la Edad Media por la beatitud, el moderno mundo, buscando como ellas su felicidad, ha puesto su corazón en la riqueza.

*Letamendi.*

**E**L Renacimiento no se manifestó de una manera repentina.

Las cruzadas; los pocos pero grandes hombres del siglo XIII, con sus portentosos descubrimientos; el entusiasmo científico de los árabes y judíos; la dispersión de los sabios del imperio bizantino destruido, y los descubrimientos del siglo XV de que he hablado, prepararon indudablemente una nueva Era para los países europeos.





También contribuyeron los godos, si no con su ciencia, con sus reformas político-sociales. «Ellos nos enseñaron que el hombre no ha sido hecho para la sociedad, sino que la sociedad ha sido hecha para el hombre, y que en todo lo que concierne á las obligaciones que ha suscrito no depende más que de su conciencia, de su fuero interno. Que el pacto social debe considerarse como un contrato, en virtud del cual un individuo enajena una parte de sus franquicias naturales á condición de que se le garantice el resto. Que el hombre es poseedor de un dominio sagrado que no puede enajenar, ni empeñar, y que si la sociedad pretende someterle á condiciones leoninas es dueño de apelar á la insurrección, puesto que antes que ciudadanos somos hombres y tenemos un manantial de derechos.»

«De no habernos emancipado de la tutela romana, Europa se hubiera convertido en una China. Verdad es que los godos después quisieron imponer á todo el mundo una misma religión y un mismo gobierno, y que el poder real, absorbiendo las facultades que arrebató á los señores feudales, adquirió una preponderancia que á tantos abusos se prestó; pero el impulso hacia la libertad estaba dado; el hombre dejó de ser un simple rodaje de la ciudad para ser jefe de familia, libre en su morada; el menestral, el labrador, empiezan á ser considerados como hombres, porque el trabajo manual, las industrias ya no denigran, y ya no es el orador, el político, el militar ó el rico comerciante el único que tiene derecho de intervenir en los negocios públicos; el gremio da lugar al espíritu de cuerpo, y la asociación dignifica y robustece á los ciudadanos. La antigua virtud de la obediencia servil fué sustituí-

da por un sentimiento de valer personal, de caballerosidad, de respeto y aprecio á la mujer y á los débiles: y por una tendencia ó espíritu de indagación en todo lo que interesar pudiera á la sociedad, y en su consecuencia, deseo de remover los males y de innovar las costumbres.»—(C. Mendoza).

En el siglo XVI el cambio fué más notable.

Desde el punto de vista científico, literario y comercial observamos que las invenciones y descubrimientos son tan asombrosos, que traen revueltos á los espíritus, despertando el ansia del libre examen.

El descubrimiento de la imprenta hace que las ideas se propaguen con una inusitada rapidez. Los grandes viajes á la América proporcionan material abundante para el desarrollo de las ciencias naturales y del comercio, despertando el espíritu aventurero de los españoles. Vasco Núñez de Balboa, descubre el Pacífico, y Magallanes, dando la vuelta al mundo, encuentra las Molucas; Hernán Cortés y Francisco Pizarro, conquistan Méjico y Perú, y de todas las naciones europeas salen continuamente intrépidos navegantes que exploran toda la superficie de la tierra.

Habiendo clamado Fray Bartolomé de las Casas contra el exceso de trabajo á que se condenaba á los indios en América, por amor á éstos, apelóse al recurso de echar mano de los negros de Africa, creándose así la *trata* practicada por todos los pueblos de Europa y cada vez más pujante, hasta que dió fin en 1815.

Los españoles aclimatamos en América el cultivo de la caña de azúcar, del algodón y del café, y encontramos allí el tabaco, el maíz, el cacao, la patata, el palo de campeche, etc. También el oro, que escaseaba

mucho en Europa, fué traído en abundancia tanta, que la moneda bajó su valor á la cuarta parte.

La Iglesia católica, que durante la Edad Media había ejercido una influencia omnímoda, en esta Edad moderna sufre un rudo golpe, pues á consecuencia de los descubrimientos, de los viajes y del nuevo giro que se dió á los estudios y á las ideas, se levantaron ante aquella dos poderosos enemigos: uno exajerando el fanatismo religioso y queriendo volver á los tiempos apostólicos, y otro queriendo desechar toda religión positiva. El protestantismo apoyado en la Biblia y el ateismo apoyado en la ciencia moderna, con diferentes nombres, con diferente forma, con diferente fortuna, entablan una lucha encarnizada contra el Papado que ya había perdido mucha influencia desde la traslación de la Santa Sede á Avignon (1309-1377), agravándose después con el gran cisma de Occidente.

En su seno llevaba el germen de la enfermedad.

«Era patentísima la corrupción de costumbres del clero, la relajación de la disciplina, el viciamiento de muchas órdenes monásticas. El papa Paulo II puso manos á la obra, siendo el primero en dar ejemplo de virtudes, y procedió á la reforma de muchas órdenes.»  
—(C. Mendoza).

Entonces apareció la Compañía de Jesús, destinada á combatir la herejía, organizándose en colegios, repartidos en provincias, y todo ello bajo la sujeción de un general sometido al Pontífice, que es el jefe supremo, á quien jura aquélla obediencia. Hacen los jesuitas votos de pobreza, castidad y humildad.

Además, se convocó el Concilio de Trento para reorganizar la Iglesia y remediar los abusos.

Por largo tiempo hubo terribles persecuciones religiosas, particulares y en masa, pues la guerra de los treinta años lo atestigua, y al cabo en este siglo se ha llegado á la tolerancia y en algunos países á la libertad de cultos.

Como consecuencia de los nuevos elementos aportados á la sociedad, las costumbres experimentaron cambios notables, especialmente en las clases acomodadas que tenían más facilidad para adquirir medios.

«La vida se hizo más cómoda y divertida que antes. Hubo policía urbana. Se atendió á las obras públicas. Vino el uso del coche (moda italiana). Las casas fueron construídas con piedras y ladrillos; encaláronse las habitaciones; los suelos fueron embaldosados; las ventanas tuvieron cristales. La vajilla dejó de ser de palo, siendo sustituido por el estaño. Construyéronse chimeneas, etc.»

«Los nobles arrinconaron sus pesadas armaduras, poco menos que inútiles contra las balas de los arcabuces y las bombardas, y trocaron sus antiguas armas por una simple espada. No abandonando nunca sus inclinaciones militares, sirvieron ahora á las órdenes del rey y dejaron su castillo para morar en la corte.»  
—(C. Mendoza).

La diferencia entre la clase artesana y pobre con la noble y rica se hizo más ostensible, pero descentralizado el saber por la propagación de libros, entonces ya fáciles de adquirir, propagóse la cultura, se fundaron colegios, universidades, escuelas, y todo cristiano pudo leer la Biblia.

En el siglo XVII, las clases sociales eran muy caracterizadas. Había una nobleza, una clase media y un

pueblo. La primera no se dedicaba al trabajo y gozaba de muchos privilegios. La clase media (rentistas, mercaderes, abogados, médicos, escribanos, artistas), era despreciada por la aristocracia, y ella á su vez desdeñaba á la clase ínfima ó pueblo, formada por los jornaleros, labradores, soldados, etc., cuya instrucción y riqueza son casi nulas.

Sucesiva y gradualmente estas diferencias de clase se fueron disipando y el trabajo fué considerado como digno y meritorio.

La clase media y el pueblo formaban el Estado llano, pero cuando se reunían los Estados generales, solo intervenían los burgueses, no siendo elegido ningún hombre del pueblo.

He dicho que el poder real adquirió gran preponderancia en el siglo XVI en toda Europa. «El rey es amo y señor. Todo cuanto manda se obedece. Deja ya de ir á la guerra. Se encastilla en su palacio y se aísla de sus vasallos por medio de una rigurosa etiqueta. Las personas reales son seres poco menos que sagrados. Los que rodean á estos seres, también participan de esa altanera magnificencia. Para consolidar esta situación y cohonestar esta conducta se apela á la teoría del *derecho divino*, que desvirtúa por completo y acaba con el régimen representativo.

Las leyes se confeccionan en palacio á gusto y satisfacción del rey, y como éste no tiene tiempo, ni ganas de ocuparse en la organización del país, toma varios secretarios que le ayudan en los trabajos. Estos ministros suelen proceder de la clase media ó de la nobleza inferior, excepto cuando el rey se confía á un *valido*. El rey envía á cada provincia un gobernador,

virrey ó intendente, y se establece así la tutela administrativa, mediante una multitud de empleados.

Cuando el rey necesita dinero vende los empleos y hasta los vasallos.

En pleno siglo XVIII los príncipes de Alemania vendieron más de 30.000 á Inglaterra para ir á combatir á los insurrectos de América, pagándose por cada individuo (no me atrevo á llamarle hombre), 300 reales si moría y si no 450.

En varias naciones de Europa luchaban con tesón y encarnizamiento: unos por sostener el catolicismo y otros por levantar el luteranismo.

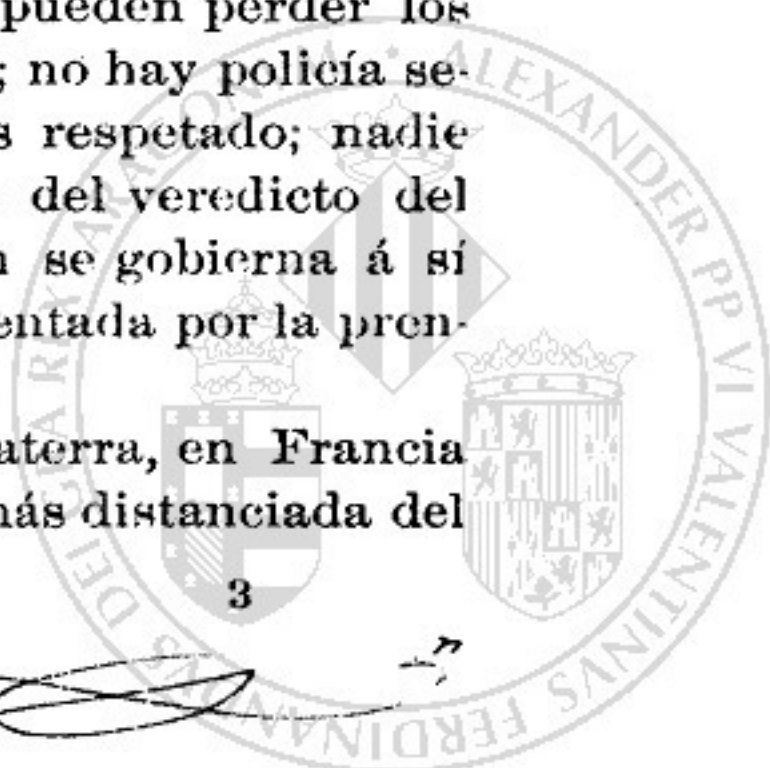
En Inglaterra, desde Enrique VIII, las guerras religiosas trajeron revuelto el país.

Este estado no podía continuar así, y en 1648 estalló la revolución.

En 1688 Guillermo de Orange juró un bill de derechos, en cuya virtud el Parlamento representa á la nación entera y habla en su nombre, quedando obligado el rey á tener en cuenta las decisiones.

Se establece el derecho de petición, de reunión y de asociación, la libertad de la palabra y la libertad de imprenta. Se prohíbe cobrar ningún impuesto que no esté votado por el Parlamento; no pueden perder los soldados su cualidad de ciudadanos; no hay policía secreta; el domicilio del ciudadano es respetado; nadie puede ser sentenciado sino después del veredicto del jurado. En una palabra, la nación se gobierna á sí misma, y la opinión pública, representada por la prensa, es la directora de la política.

Y en tanto esto sucedía en Inglaterra, en Francia la monarquía continuaba cada vez más distanciada del



pueblo, y lo mismo sucedía en los demás estados de Europa.

Lo cual no fué obstáculo á que se produjera una grande efervescencia racionalista, provocada por los que se llamaron enciclopedistas y filósofos: Montesquieu, Rousseau, Voltaire.

Muchos reyes acogieron aquellas doctrinas.

José II de Austria, Leopoldo de Toscana, Federico II de Prusia, la emperatriz Catalina de Rusia y Carlos III de España, figurábanse que podían decretar de real orden la felicidad de sus vasallos proclamando el despotismo ilustrado.

Pero el pueblo en Francia fué el que hizo estallar la revolución.

Convocados los estados generales para allegar recursos á un régimen de abusos y de despilfarros, se disuelven por negarse el clero y la nobleza á deliberar en unión con el estado llano y éste se erige por sí mismo en *Asamblea Nacional*, da una Constitución á la Francia, quita la soberanía al rey, divide la nación en departamentos, echa abajo la nobleza, suprime los derechos feudales, cierra los conventos, vende los bienes del clero y proclama la libertad de cultos, de imprenta, de asociación, etc.

Tantas reformas y los abusos y horrores que cometieron las clases populares, produjo la aparición de un hombre que, elevándose sobre todo, no se contenta con ceñir la corona imperial, sino que lleva sus ejércitos triunfadores desde Egipto á Rusia y desde el centro de Europa á nuestra desconocida Península. Oponen los españoles una resistencia tenaz al invasor; logran arrojarlo y que vuelva á España el *deseado* Fernando,

y éste, en agradecimiento, persigue á los liberales, porque querían establecer el sistema constitucional; ese sistema mixto en que se comparte el poder entre el pueblo y el rey, para dar motivo á una constante lucha de intrigas é inmoralidades.

Las consecuencias fueron desastrosas.

Ya no era lucha entre dos partidos que defendían su ideal, más ó menos aceptable, para el buen régimen ó gobierno de una nación, sino lucha enconada entre una iglesia fanática que aspiraba á dominar en absoluto y un pueblo que defendía sus derechos.

Era la religión que luchaba con la ciencia.

Y tan así lo comprendieron que llegaron hasta prohibir terminantemente que entrasen libros franceses ó ingleses por las fronteras españolas, poniendo en las Aduanas agentes del clero que revisaban.

Más tarde la guerra carlista se encarga de demostrar palmariamente esta verdad. Y si después de siete años de crueldades que horrorizan se consolida el trono de Isabel II y sigue un período de aparente tranquilidad, no tardan los abusos del poder real en agotar la paciencia de los españoles, haciendo estallar una revolución (1868) que quiere imitar á la francesa, pero que no puede, porque aquéllos no se hallan preparados para usar de tanta libertad, y viene una reacción lenta y mansa, que produce el más exagerado indiferentismo.

Pero mientras tanto, en todo el mundo civilizado las ciencias y las artes se perfeccionan á consecuencia de los continuos trabajos de hombres entusiastas que se dedican al estudio de la naturaleza, haciendo sorprendentes descubrimientos y utilísimas aplicaciones, no sólo á las artes, á la industria y á las necesidades



primeras de la vida, sino á las ciencias sociales y á la filosofía.

La ciencia es la que puede esparcir la luz con que hemos de ver la verdad y conjurar rancias y perniciosas preocupaciones. De este modo conseguiremos asentar las bases de la organización social en un terreno más racional y más justo, más conveniente y más humano.

«Cada siglo hereda del anterior las investigaciones, las mejoras, los descubrimientos adquiridos; así la suma de bienes físicos, morales y políticos crece de modo maravilloso.

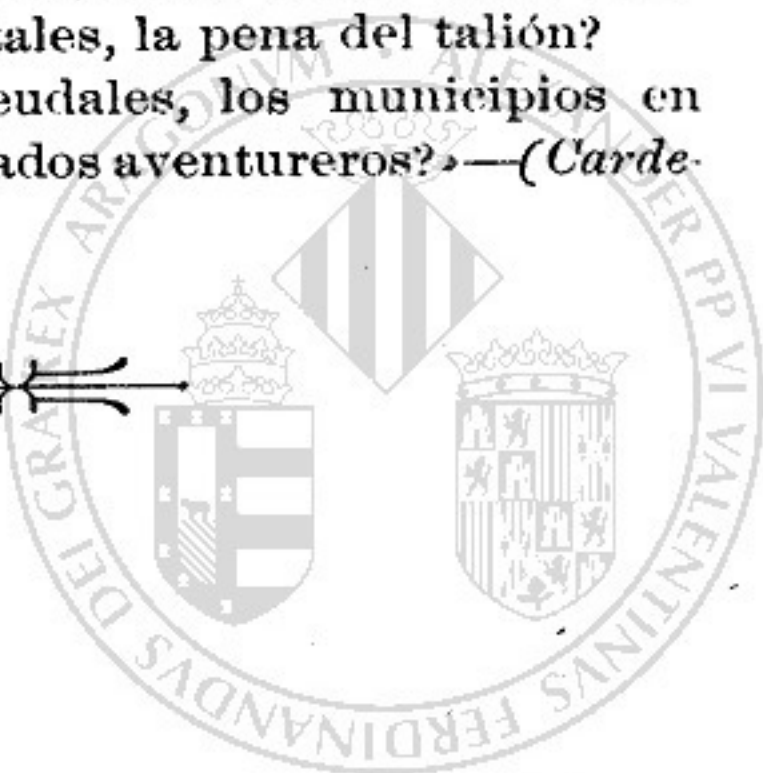
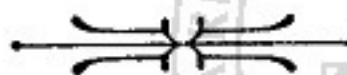
¿Quién comparará las miserias de los siglos primitivos, sus rudimentos groseros, sus herramientas imperfectas, con el cúmulo de adelantos adquiridos en el siglo XIX?

¿Qué paralelo hay posible entre el trabajo realizado hoy por máquinas de primer orden y el que antes se verificaba tan penosa y torpemente por la mano del hombre?

¡Qué ventajas las de nuestros tiempos sobre los tiempos bárbaros, en suavidad de costumbres políticas, en urbanidad, en buenas maneras!

¿Dónde están ya las venganzas consentidas en la familia, los tormentos brutales, la pena del talión?

¿Dónde los señores feudales, los municipios en guerra, las hordas de soldados aventureros?—(*Cardenal Pecci*).



## EL SABER PERSONAL

Nada hay en nuestra inteligencia que no haya llegado á ella por medio de los sentidos.

*Aristóteles.*

Cuando el hombre haya descubierto todas las propiedades de la materia que pueden hacer impresión sobre sus sentidos desarrollados, poseerá la ciencia absoluta de la humanidad.

*J. Moleschott.*

El descubrimiento de la imprenta separa el mundo antiguo del mundo moderno y abre nuevos horizontes al genio del hombre.

*Am. Fermin Didot.*

**S**ABER es conocer la causa de las cosas, y llámase causa lo que concurre de algún modo á la existencia de alguna cosa que no era: ésta se denomina efecto. »  
—(*P. Ant. Vicent*).

Saber es tener conocimiento de la existencia de cuanto nos rodea y de nuestra propia persona, de las propiedades de los cuerpos y de los fenómenos á que dan lugar.

Y como quiera que el mundo es inconmensurable, el número de conocimientos tendría que ser también infinito; pero el saber personal no puede ser sino muy limitado y nuestros conocimientos son unas veces

perfectos, claros, evidentes; otras veces imperfectos, confusos, dudosos, inciertos y algunas veces enteramente falsos.

Para demostrar la certeza ó verdad de un conocimiento se recurre á diferentes medios, según sea la naturaleza de aquél. Cuando de premisas ciertas se infiere mediata ó inmediatamente una conclusión que lo sea igualmente, á este raciocinio llamaba Aristóteles *silogismo*. Mas no siempre la demostración es perfecta; no siempre las premisas son evidentes, y entonces el conocimiento no es cierto, sino probable.

«El simple conocimiento de un objeto cualquiera, si por ventura se limita á lo que hay en él de individual, variable ó contingente, no puede aspirar al título de ciencia, pues carece de aquellas razones estables, de aquella norma fija y constante que es el carácter propio de toda verdad científica.»—(*Ortí y Lara*).

«La ciencia positiva no investiga ni las causas primeras, ni el fin de las cosas; pero procede estableciendo hechos y uniendo los unos á los otros por medio de relaciones inmediatas.

El espíritu humano establece la verdad de los hechos por la observación y la experiencia; los compara, los relaciona; forma, por decirlo así, hechos generales, que á su vez (y esta es su única garantía de realidad) son comprobados por la observación y la experiencia.

Tal es la cadena de estas relaciones, que cada día se extiende más por los esfuerzos de la inteligencia humana y que constituye la ciencia positiva.»—(*Berthelot*).

El entendimiento humano después que ha reunido un cierto número de conocimientos parciales, los

agrupa, comparándolos entre sí, estableciendo semejanzas y diferencias y creando sistemas de verdades demostradas que, como veremos más adelante, constituyen las ciencias.

¿De dónde proceden los conocimientos humanos?

Tienen su punto de partida en nuestra propia observación, en nuestra experiencia y en la de los demás hombres, transmitida por la palabra ó por escrito.

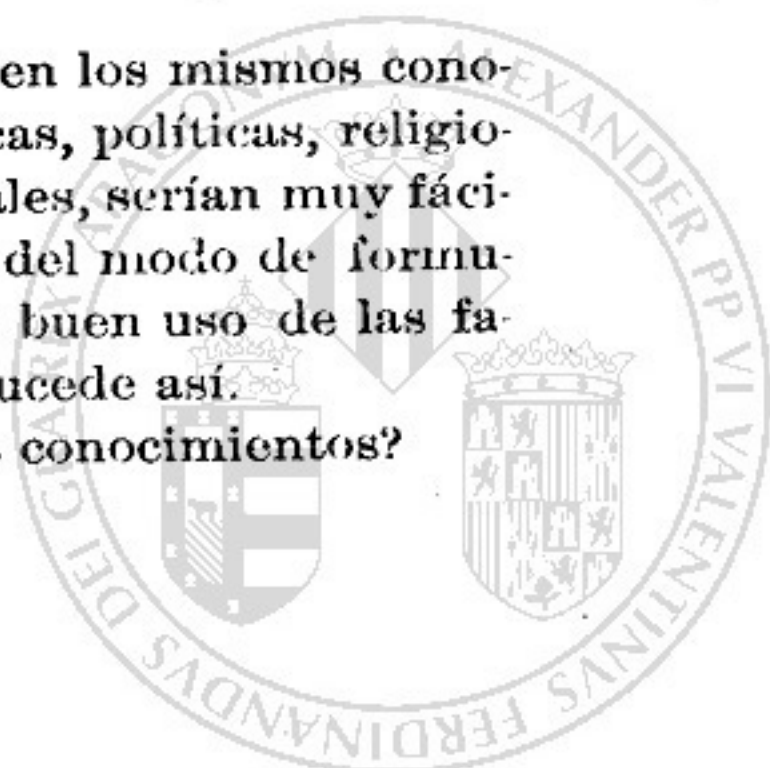
No es posible contar el número de conocimientos que posee una determinada persona, ni graduar el valor que cada uno de sus conocimientos tenga; pero sí podemos decir, haciendo comparaciones, que hay hombres que saben muchas cosas; que hay hombres que han aprendido cosas muy útiles, de las que sacan continuas y valiosas aplicaciones; que hay hombres que tienen vacíos los aposentos del cerebro y hombres que los tienen llenos de algo, pero que no sirve para nada.

Finalmente, comparando la erudición entre los hombres, se observa que hay conocimientos comunes á casi todos ellos y conocimientos que son especiales para determinadas clases.

Entre una misma clase de hombres los hay que poseen ciertos conocimientos y otros que no poseen aquellos, pero sí otros distintos.

Si todos los hombres poseyesen los mismos conocimientos, las cuestiones científicas, políticas, religiosas, económicas, artísticas ó sociales, serían muy fáciles de resolver: dependerían sólo del modo de formular ó plantear los problemas, y del buen uso de las facultades intelectuales. Pero no sucede así.

¿Cómo adquiere el hombre los conocimientos?



Toda idea supone la impresión de un cuerpo que está más ó menos lejano á nuestro organismo; ó la impresión percibida dentro de nuestro propio organismo; ó el recuerdo despertado en nuestro cerebro de otra impresión percibida. En suma, toda impresión supone un aparato para percibirla con sensación, una transmisión de la impresión y un cerebro que convierte la impresión en idea.

Los sentidos son: la vista y el oído, que se ejercen á distancia; el tacto, el olfato y gusto, que se ejercen por el contacto de los cuerpos con nuestros órganos. Pudiera añadirse las sensaciones varias que el individuo percibe dentro de sí mismo, como el dolor, la temperatura, la satisfacción ó placer que sentimos por el ejercicio moderado de las funciones orgánicas.

Pero la vida del hombre tiene su historia.

Su cuerpo se desarrolla lenta y gradualmente desde el primer momento de la concepción, en que su tamaño es apenas visible, hasta que ha llegado á adquirir el que es propio á la raza humana, para entrar después en un período de decadencia, debilidad y ruina que termina con la muerte natural. Del mismo modo el número de conocimientos, que empieza por *cero*, va aumentando lenta y gradualmente á medida que se van desarrollando los órganos, en los cuales han de verificarse las impresiones y en los cuales ha de formarse la idea.

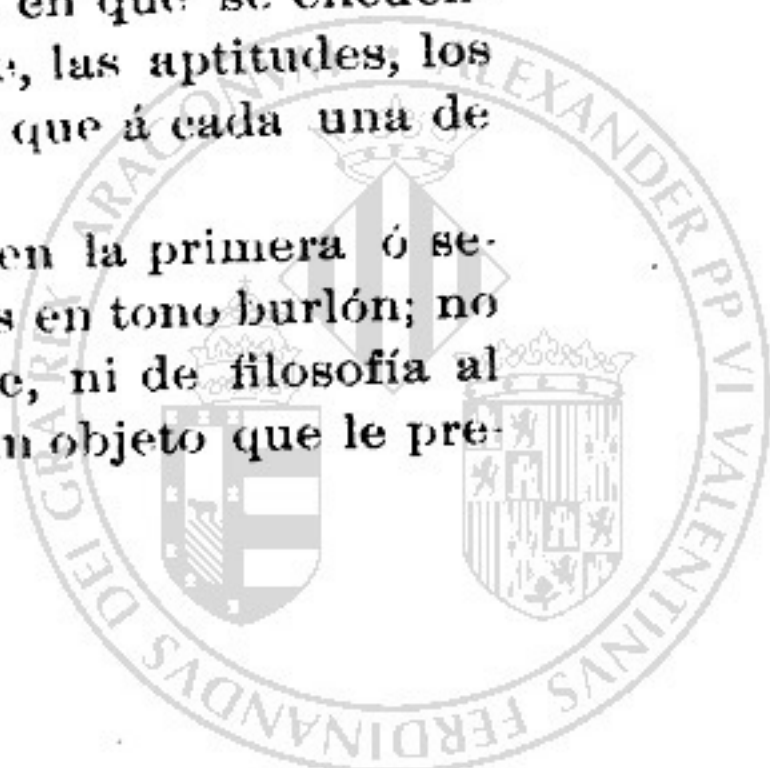
El niño recién nacido no tiene idea de nada. Sólo siente la ropa que le oprime, la luz primera que le hiere la retina, el aire frío que le contrae la piel, la angustia que le causa la falta de sangre desde que ya no recibe por el cordón umbilical de la madre el líqui-

do vivificador; pero coge el pezón y chupa con ansia, porque los músculos de la boca y faringe se contraen por un movimiento reflejo. Y así chupa sin saber qué chupa, y llora sin saber que llora y evacua la orina y el meconio sin que quiera hacerlo. Desde aquellos días empieza con actividad su educación y su instrucción. Su cerebro no está todavía apto para pensar: necesita desarrollarse. Sus sentidos apenas funcionan. Es necesario que vayamos siguiendo paso á paso el desarrollo de aquel organismo (con la atención y el deseo que lo siguen los padres) para que veamos cómo poco á poco aquella criatura distingue la cara de las personas que se le acercan y que le causan espanto, y cómo manifiesta sus necesidades, sus placeres y sus diferentes impresiones, por medio de un lenguaje sin gramática, sin palabras.

Sigámosle en su desarrollo, y veamos cómo de día en día va progresando su poder, y cómo corren paralelos el desarrollo orgánico y el caudal de conocimientos.

Durante su vida, el hombre sufre varias transformaciones que caracterizan sus diferentes edades. Cada siete años hace una variación, y á cada una de estas variaciones corresponde también una modificación en la parte moral. Y tan profundas son una y otra, que á primera vista distinguiréis la edad en que se encuentra una persona y, por consiguiente, las aptitudes, los gustos, los deseos, las tendencias que á cada una de ellas corresponde.

No le habléis de amor al niño en la primera ó segunda infancia, ni al viejo, si no es en tono burlón; no le habléis de política al adolescente, ni de filosofía al joven. Cada edad tiene su ídolo, un objeto que le pre-



ocupa y tras el que corre ansiosa, olvidando todo lo demás.

El primer maestro que tiene el niño es la naturaleza: los segundos son sus padres y familia: después la sociedad, dentro de la cual encuentra las escuelas especiales donde le enseñan las Artes y las Ciencias.

Movido por el aguijón de la necesidad ó impulsado por el deseo de saber, busca nuevas fuentes para adquirir nuevos datos ó nociones más ó menos completas. Y obligado continuamente á retener aquellos conceptos en la memoria, á entablar comparaciones, á sacar deducciones, á formar juicios, á formular raciocinios, ejercita sin parar sus facultades intelectuales, que por esta gimnasia continua y activa se desarrollan más y más, según las aptitudes.

Gracias á las necesidades apremiantes y á los peligros que nos rodean, la especie humana ha desarrollado su cerebro; gracias á los medios de comunicar nuestros pensamientos, el saber de nuestros antepasados ha podido recogerse por las generaciones modernas, y utilizarse.

El deseo de saber es natural en el hombre. Se manifiesta más viva y exageradamente en los niños. Cual forasteros llegados á un nuevo país, siempre están preguntando por los nombres y los usos ó aplicaciones que tienen los objetos que observan, ó de los que se habla.

¡Cuán distinta es, sin embargo, la curiosidad del niño y la del hombre; la del hombre y la de la mujer; la de la clase poco instruída y la dedicada al estudio ó á la contemplación de la naturaleza!

La curiosidad tan viva y acentuada de las mujeres

se refiere á su destino especial, la maternidad; la de los hombres, ordinariamente, á procurar los medios de vencer en la lucha constante por la existencia; la del sabio á perfeccionar las ciencias; la del filósofo á encontrar la verdad.

En suma: los conocimientos que el hombre adquiere, le vienen por los sentidos; tiene su sanción en el cerebro; su punto de partida en la naturaleza, en el mundo en que vivimos; por incentivo las continuas necesidades de la vida. Su fin es adquirir más elementos para la lucha vital; más desarrollo en las facultades mentales, para ahuyentar los males y procurarnos la mayor suma de comodidades y placeres que nos hagan la vida más descada, más grata, más variada, más completa.

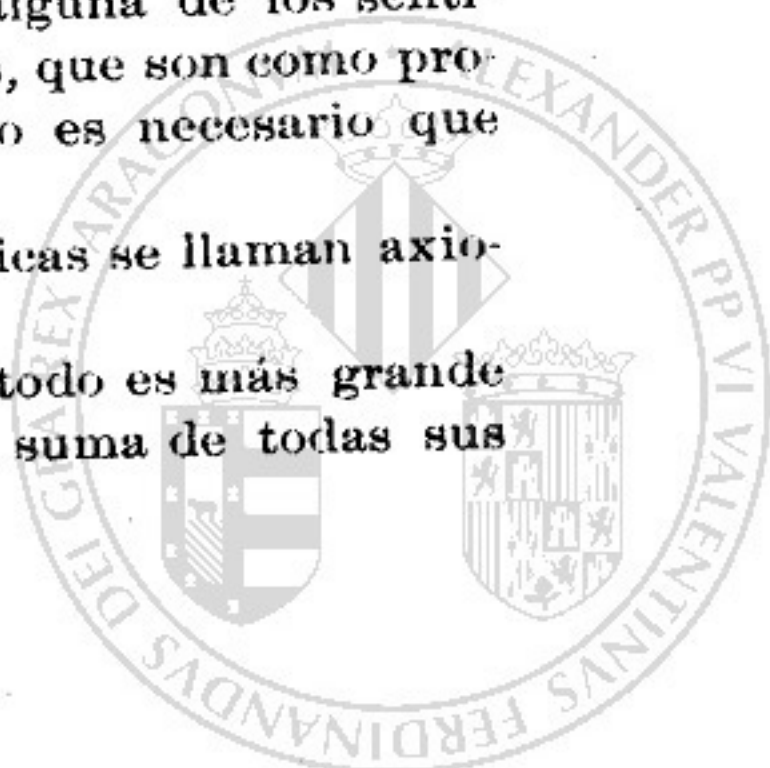
La teoría que he desarrollado sobre el origen de las ideas y conocimientos humanos está en contradicción con la de las ideas innatas admitidas por varios filósofos (Platon, Descartes, Leibniz, Bonald y Rosmini).

Según Kant, las matemáticas serían una ciencia pura, una manifestación del pensamiento independiente de la experiencia.

Se supone que es posible nos elevemos á los más altos conceptos sin intervención alguna de los sentidos partiendo de algunas premisas, que son como propiedades del entendimiento, y no es necesario que sean reveladas.

Estas propiedades en matemáticas se llaman axiomas.

Así, por ejemplo, se dice: el todo es más grande que la parte; el todo es igual á la suma de todas sus





partes: dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí.

Se han llamado axiomas, porque no necesitan ser demostradas, porque sirven de base ó fundamento para la demostración de otros principios, y porque son muy sencillos y muy comunes en la vida humana.

El error de estos filósofos se explica fácilmente. Cuando la razón humana se halla en aptitud de comprender estas verdades el individuo, cuyo cerebro percibe dichos axiomas, no acaba de nacer; lleva ya muchos años de ejercicio. Y durante el tiempo en que ha vivido, haciendo uso de sus sentidos y de sus facultades intelectuales, ha ido continuamente midiendo, comparando, añadiendo y quitando, haciendo mil operaciones materiales con los objetos que le rodean. Cuando un niño ve que una manzana, partida entre sus cuatro hermanos, está bien distribuída por su madre, comprende lo que es *una cuarta parte*.

Las ideas de espacio y de tiempo no nacerían en nosotros sino comparando, midiendo, deduciendo.

Continuamente observamos que cualquiera de nuestros actos se verifica de un modo sucesivo y no simultáneo, que es preciso esperar, mientras lo observamos hasta que termine; que unas veces esperamos más y otras veces esperamos menos. Medimos nuestro cansancio, nuestra ansiedad ó nuestro placer; comparamos estos momentos unos con otros, ó los referimos á un fenómeno de común observación, como es el paso del sol por el horizonte: y midiendo este espacio concebimos la idea de tiempo.

Lo mismo sucede con la idea de espacio.

Todos los cuerpos ocupan cierto lugar en el espacio,

unos son más voluminosos que otros; pero el sitio que ocupa uno no lo puede ocupar otro. Nace de aquí la idea de la impenetrabilidad, de la extensión, de la forma, del movimiento.

Es preciso no olvidar que nacemos y vivimos en medio de una sociedad ya formada y organizada, con su lenguaje, sus costumbres, sus conceptos, sus preocupaciones, su ciencia y sus errores. Insensiblemente aprendemos en esta grande escuela lo bueno y lo malo, y lo asimilamos, es decir, lo hacemos nuestro, lo mismo que sucede en el mundo material con los alimentos que nos nutren formando nuestro cuerpo. Por eso nuestras ideas y nuestras opiniones son muy parecidas ó las mismas que tienen las personas con quienes tratamos.

Hay pocos hombres que se rebelen contra lo común establecido, sentido, creído y practicado; pocos que tengan criterio propio.

La cuestión de las ideas innatas no debe confundirse con la de desarrollo y aptitud, que es puramente del dominio de la anatomía y fisiología.

Sabemos por la experiencia y la observación, que un órgano ó parte cualquiera de nuestro cuerpo, cuando se ejercita metódicamente adquiere un desarrollo mayor y se perfecciona. Esto constituye su gimnasia especial. Continuamente vemos que los hombres cuyo oficio es cargar sobre sus hombros objetos pesados ó dedicarse á cavar la tierra ó cualquier otro trabajo que exija fuertes contracciones musculares, llegan á adquirir un gran desarrollo en aquellos músculos que trabajan. La gimnasia consiste en distribuir con igualdad estos trabajos y hacer que todos los músculos del

cuerpo funcionen igualmente, para que todos á su vez se desarrollen.

Y lo mismo sucede con el ejercicio de los sentidos y el de las facultades intelectuales.

Otra verdad, que la experiencia enseña, es que este desarrollo orgánico ó material de una parte del cuerpo puede ser transmitido por herencia.

Y esto que se observa en el hombre sucede también en los animales.

Se cree que nuestro perro actual procede del lobo, el gato doméstico del gato salvaje, el cerdo del jabalí, etcétera. Todos los animales domesticados, que procedan de varias generaciones dominadas por el hombre, han llegado á adquirir ciertas aptitudes y predisposiciones que los hacen más fácilmente domesticables. Cuando se cría un lobo desde pequeño, el animal obedece y hace lo que un perro, hasta que llega un día en que suele devorar á su amo.

Los hombres nacen también con ciertas aptitudes cuando sus ascendientes han cultivado aquellas facultades. Así predispuestos los organismos no tardan en encontrar en este mundo ocasión en que ejercitar aquella función para la que tanta facilidad tienen, y hallando en ello placer, se continúa el ejercicio y se adquiere la habilidad.

«Los indios del Perú reconocen durante la noche por sólo el olfato, la presencia de un extraño á una distancia considerable.»—(*H. Beavis, El sonambulismo*).

Hay, pues, disposiciones innatas que dependen de diversas cualidades materiales de la organización animal; pero no hay intuiciones, ideas innatas.

Las ideas se adquieren por la presencia de los ob-

jetos que despiertan en los sentidos las sensaciones particulares. Si el que tiene gran disposición para un trabajo no encontrase oportunidad para verificarlo, aquella aptitud estaría latente y después desaparecería.

Y es más: heredándose la misma aptitud puede aplicarse á objetos distintos y aparecer como cosa diferente. El hijo de un médico muy observador que ha desarrollado la atención, puede ser un buen químico, un botánico, etc. El hijo de un gran general, que ha mandado un grueso cuerpo de ejército, tal vez sea un excelente administrador en una complicada granja, porque tiene aptitud para mandar y distribuir los trabajos.

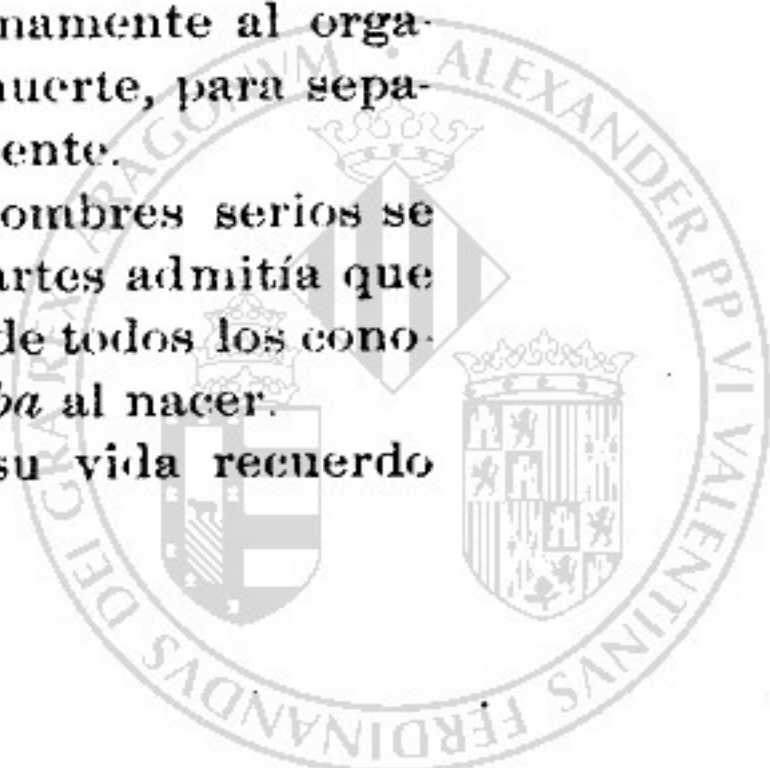
La cuestión del origen de las ideas reviste tanta importancia porque (como dice D. Manuel Polo Peyrolón) en ella está contenida como en germen toda la filosofía: pero además porque dicha cuestión entraña ó envuelve otra que es fundamental para la escuela espiritualista.

Me refiero á la existencia del alma en el cuerpo humano.

Se ha querido averiguar en qué época toma posesión del cuerpo ese espíritu inmortal que *empieza* para no tener *fin*, y que, unido íntimamente al organismo, ha de acompañarle hasta la muerte, para separarse de él y existir después eternamente.

Aunque parezca imposible que hombres serios se ocupen de estas *cosas*, diré que Descartes admitía que el alma *entraba* en el cuerpo, dotada de todos los conocimientos posibles, si bien los *olvidaba* al nacer.

El hombre no conserva durante su vida recuerdo



alguno de su permanencia en el claustro materno, y aun de los primeros días de su vida en el mundo y es porque su cerebro no está todavía suficientemente desarrollado para concebir ideas y recordarlas.

Es interesante seguir la controversia científica, casi cómica, relativa á la época en que se anima el feto humano: cuestión importante desde el punto de vista médico-legal, puesto que no puede cometerse asesinato sino en un sér dotado de *alma*. La dificultad científica y lógica de fijar esta época prueba suficientemente lo absurda que es la teoría de un poder superior que infunda al feto ese espíritu inmortal. Si los estoícos admitían que el niño *recibía el alma* en el momento de su primera inspiración (al nacer), como si se mezclase con el aire que primero se respira, Justiniano lo fija en los cuarenta días después de la concepción y los jurisconsultos modernos admiten la simultaneidad de la concepción, de la animación y de la vivificación. Dejemos en suspenso dilucidar tan grave asunto.

En suma: las ideas se adquieren sucesiva y lentamente durante la vida, según la aptitud orgánica y la educación ó instrucción del individuo. No hay ideas innatas.



## LOS INSTRUMENTOS

---

De las dificultades nacen los milagros.

*La Bruyere.*

¿Llegaremos, perfeccionando mucho nuestros instrumentos, á ver á los microzoarios como una raza de gigantes en un mundo de pígmicos dotados de organismos más pequeños todavía?

*Cotta.*

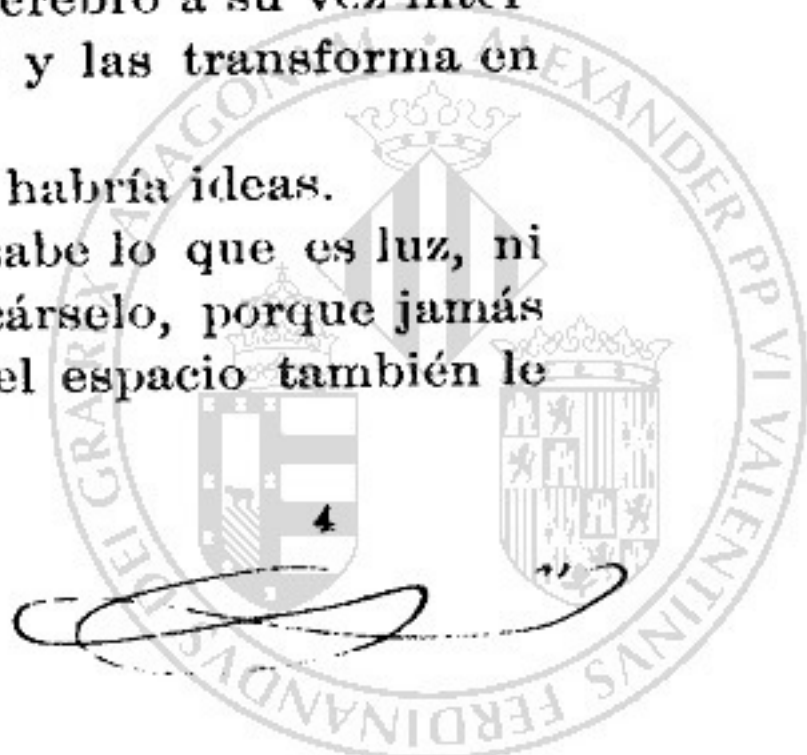
Vivimos en un período en que es característico sustituir con máquinas el trabajo humano ó animal.

*J. G. Draper.*

**E**N el capítulo anterior desarrollé la tesis de que los conocimientos humanos toman su punto de origen en los sentidos, que son los órganos ó instrumentos por medio de los cuales el cerebro tiene noticia de lo que pasa en el mundo exterior. El cerebro á su vez interpreta las impresiones recibidas y las transforma en ideas.

De modo que sin sentidos no habría ideas.

Un ciego de nacimiento no sabe lo que es luz, ni color. No os esforcéis en explicárselo, porque jamás podrá comprenderlo. La idea del espacio también le es incompleta ó desconocida.



¿Qué sabe el sordo-mudo sobre los sonidos, las lenguas, las melodías, ni la música? No comprende que por medio de sonidos puedan entenderse las personas. Estos desgraciados se educan difícilmente; nunca llegan á poseer una inteligencia superior, y por eso las leyes de todos los países civilizados ponen á los sordo-mudos bajo tutela: ni más ni menos que si fuesen niños de ocho ó diez años.

La persona que se halla privada del sentido del olfato no podrá comprender que por el olor puede revelarse la existencia de un cuerpo y sacar de esta simple noción varias é importantes consecuencias. Un perro sigue la pista de su amo, ó avisa á éste de la presencia de la caza. Nos parece esto un milagro, no mas porque nosotros no tenemos tan fino el olfato. ¡Cuántas veces un médico sabe la enfermedad que padece un desgraciado, sin haberlo siquiera examinado!

Colocad en un sitio retirado un pedazo de carne podrida ó cualquiera sustancia que se halle en descomposición, y que arroje al aire partículas olorosas, y veréis cuán pronto la mosca carnaria acude á depositar sus huevos, que no tardan en convertirse en gusanos. Aquellos insectos se aperciben á grandes distancias de la existencia de un sitio conveniente para la vida y desarrollo de los huevos.

Si pudiéramos desarrollar nuestros sentidos, los servicios que éstos nos prestasen serían mayores.

Con una vista como la del águila, con un olfato como el del perro, con un oído como el del conejo, etcétera, el número y finura de las impresiones sería mayor, y siéndolo también el material suministrado á

nuestra inteligencia, el número de conocimientos sería mayor y más exacto.

—  
Pero el hombre ha suplido con su ingenio lo que la naturaleza le ha escatimado.

Ha procurado ver más allá de los límites que el ojo humano alcanza ordinariamente, y por medio de instrumentos ha conseguido ver lo que no veía y tener conocimiento de cosas que no podía concebir siquiera. Ha visto con los microscopios objetos tan pequeños que se miden por milésimas de milímetro: ha visto con los telescopios objetos tan distantes que se hallan á miles de leguas de nosotros.

Conociendo las propiedades de algunos cuerpos ha construído instrumentos ingeniosos por medio de los cuales pueden hacerse más evidentes aquellas propiedades, revelarnos la existencia de objetos que no perciben los sentidos desnudos. Así se ha construído un espectroscopio por medio del cual, observando las rayas de color que producen los cuerpos cuando emiten luz, conocemos la composición química de un cuerpo distante: por ejemplo, el sol.

Si observando la naturaleza es como adquirimos datos para formar la ciencia, á medida que esta observación es más exacta y minuciosa, la ciencia también será más perfecta. La multiplicación de instrumentos para el estudio y su perfeccionamiento contribuye poderosamente al desarrollo de las ciencias y de las artes.

—  
Los árabes conocieron que jamás progresarían por la mera especulación y que los únicos adelantos sólidos se obtienen por la interrogación práctica de la



naturaleza. En sus escritos sobre mecánica, hidrostática y óptica, nótase que la solución de los problemas la buscaban y la obtenían por medio de un experimento ó de una observación instrumental.

Esto les hizo inventar aparatos de todas clases para la destilación, la sublimación, la fusión, la filtración, etc., y acudir á los instrumentos graduados, como cuadrantes, astrolabios y balanzas, sin los cuales no hubieran podido pesar, medir, comparar, juzgar y sacar partido de sus estudios prácticos.

Por esta razón consideraron la geometría y las ciencias matemáticas como instrumentos de razonamiento.

Puede decirse que hay instrumentos que sirven exclusivamente para aumentar el poder de nuestros sentidos y de nuestra inteligencia y otros para multiplicar nuestras fuerzas. Entre los primeros hay algunos que no tienen más objeto que medir y graduar.

Así el termómetro sirve para medir el calor, el barómetro para medir la presión atmosférica, el higrómetro para medir la humedad, el areómetro para medir la densidad de un líquido, y así se han dado nombres y se han hecho instrumentos para medirlo todo, hasta el tiempo y la intensidad de una impresión nerviosa. ¡Lástima es que no se conozca un instrumento para medir la inteligencia y la voluntad!

Uno de los actos más trascendentales de la revolución francesa fué el haber unificado el sistema de pesas y medidas adoptando bases racionales.

Para encontrar la unidad se midió la diezmillonésima parte de un cuarto del meridiano terrestre, el metro, y con este tipo, prefijado por Lavoisier, Lapla-

ce, Lagrange y Coulomb, se han formado las medidas de longitud, extensión, volumen y peso.

De la precisión y exactitud en las medidas y pesas depende igualmente el perfeccionamiento de las artes y de las ciencias.

Hasta hace pocos años no tenían los médicos más recurso para graduar la fiebre que contar el número de pulsaciones que en un minuto daba el enfermo y apreciar por el tacto el calor de la piel. Se observaba que cuando la temperatura aumenta es signo de mal agüero. Pensóse en construir termómetros muy sensibles para apreciar cantidades pequeñas, se aplicaron á la clínica y desde entonces ya no pueden los médicos prescindir de tan útil instrumento, ya no se fían de la apreciación al simple tacto, porque saben los grandes servicios que aquél les presta.

Antes de Lavoisier se creía que la combustión era producida por un *flogisto* que se hallaba en el interior de los cuerpos combustibles y que salía de ellos en el acto de quemarse. Pesando con exactitud los productos de la combustión (el ácido carbónico, el agua y las cenizas), se comprueba que el peso ha aumentado. Precisamente este aumento corresponde al peso del oxígeno del aire que se ha combinado con el cuerpo quemado, el cual ha desaparecido de nuestra vista para convertirse en gases. La balanza nos lo ha enseñado y nos ha demostrado un error, un absurdo que abrigábamos al creer que un cuerpo (el flogisto) al salir de otro (el combustible) aumentaba su peso. La opinión de Stahl no provenía de un error del pensamiento sino de la insuficiencia de la observación, de falta de medios.

«Todavía no hace mucho tiempo que las buenas

balanzas, los buenos microscopios, eran propiedad, rara, de algunos hombres privilegiados que con frecuencia se prevalecían de su misterioso tesoro, y anunciaban al mundo oráculos de una profunda sabiduría que escasas personas comprobaban. En el día, los microscopios funcionan en todas partes. Cuando un observador de Europa se equivoca, un observador de América le rectifica, y así recíprocamente. Y como hay muchos químicos que por medio de sus balanzas de precisión pesan el mismo cuerpo y tratan del mismo modo los elementos que extraen al descomponerlo, no podemos poner en duda que en poco tiempo han de hacerse tantos progresos en el conocimiento de la composición íntima de la materia, que los más atrevidos pensadores de los pasados siglos no han osado esperar.»—(*Moleschott*).

Hay instrumentos que sirven para aumentar nuestra destreza, poder ó fuerza.

No puedo arrancarme una espina introducida en la piel, pero me valgo de un alfiler, y si no basta de unas pinzas. Y si en vez de ser una pequeña espina, es un diente lo que hay que extraer, ya se necesita una pinza de mucha potencia. Entonces, aplicando un principio de mecánica, me valdré de una palanca de brazos desiguales, una pinza fuerte de acero, lo que se llama un gatillo de dentista. ¡Y qué diferencia tan grande entre esta pinza y la que el oculista introduce en la cámara del ojo para extraer un colgajo de iris!

Es indudable que la humanidad sin instrumentos nada sería. Raro es el trabajo que sin ellos se ejecuta, pero ni habría ciencias, ni artes; pues para formarse

unas y otras ha sido necesario estudiar la naturaleza y valerse de mil medios.

Ha sido necesario emplear instrumentos.

Para que éstos hayan podido perfeccionarse y las observaciones que con ellos se han hecho hayan podido prestar elementos para la formación de la ciencia moderna, ha sido preciso que las artes hayan progresado hasta el punto en que hoy se encuentran.

Sin bronce, sin cristales purísimos, sin acero duro para unas cosas, elástico para otras, y sin muchos de los detalles que se necesitan para la confección de un aparato de precisión no es posible llevar á cabo su construcción.

Las ciencias y las artes se prestan mutuo auxilio: unas y otras contribuyen al perfeccionamiento de la humanidad, arrancándola de su estado primitivo, feroz y salvaje, separándola de las bestias que han sido sus primeros compañeros, para colocarla en un lugar más alto, más digno, desde el cual domina el mundo entero, sujetando á su capricho y haciendo que le sirvan todos los seres que componen el mundo físico y todas las fuerzas que animan la materia.

Hasta que Galileo no hubo observado con su ante-ojo astronómico los movimientos de los planetas no se convenció de la verdad del sistema de Copérnico. ¿Qué extraño es que San Agustín (que vivió en el siglo IV) negase los antípodas? Si hubiera acompañado al astrónomo italiano hubiese visto la redondez de la tierra. Santo Tomás de Aquino fué un gran filósofo, pero en el siglo XIII el concepto del universo era oscuro é inexacto, y el discípulo de Alberto el Grande no

pudo, á pesar de su esclarecido talento, juzgar la gran cuestión que entraña la filosofía.

Entre los medios que contamos actualmente para aumentar nuestro poder intelectual, debo mencionar la escritura y las matemáticas.

La humanidad en sus principios, en su estado salvaje, se hallaba limitada á transmitir sus conocimientos verbalmente, de una persona á otra. Las acciones y pensamientos de una generación podían comunicarse á otra é influir, por tanto, en los de ésta; pero la tradición tiene sus límites.

La facultad de hablar hace posible la sociedad y nada más.

El invento del arte de la escritura extendió é hizo durable el registro ó recuerdo de las impresiones. Estas, que hasta entonces habían sido conservadas en el cerebro de cada hombre, podían ahora transmitirse á toda la raza humana, siendo duraderas para siempre.

La civilización se hizo posible, porque la civilización no puede existir sin la escritura ó algún otro medio de recuerdo.

La imprenta, acumulando la rapidez de la difusión de las ideas y asegurando su permanencia, tiende á promover la civilización y á unificar la raza humana.

Si la imprenta es el medio, el instrumento por el cual se transmiten los pensamientos y con ello se multiplican nuestros conocimientos, las matemáticas son el gran instrumento de investigación y de razonamiento científico, pues nos enseñan el método, la lógica que debemos emplear para llegar á la verdad y el há-

bito de exactitud que con sus procedimientos se adquiere, vigoriza el espíritu y le inclina al estudio.

Puede decirse que hasta que las matemáticas no se han perfeccionado, las ciencias físicas no han adelantado. Empezaron en Alejandría; las continuaron los árabes, que dieron los rudimentos del álgebra; se fueron perfeccionando en Italia, y Alemania, en el siglo XIII y sucesivos; en el XVII Descartes, Newton y Leibnitz, les dieron asombroso impulso con la aplicación del álgebra á la geometría, el cálculo infinitesimal é integral, etc.; y, en fin, en Inglaterra, Napier de Merchiston, inventa los logaritmos, que simplifican, facilitan y abrevian los trabajos del astrónomo y del matemático.

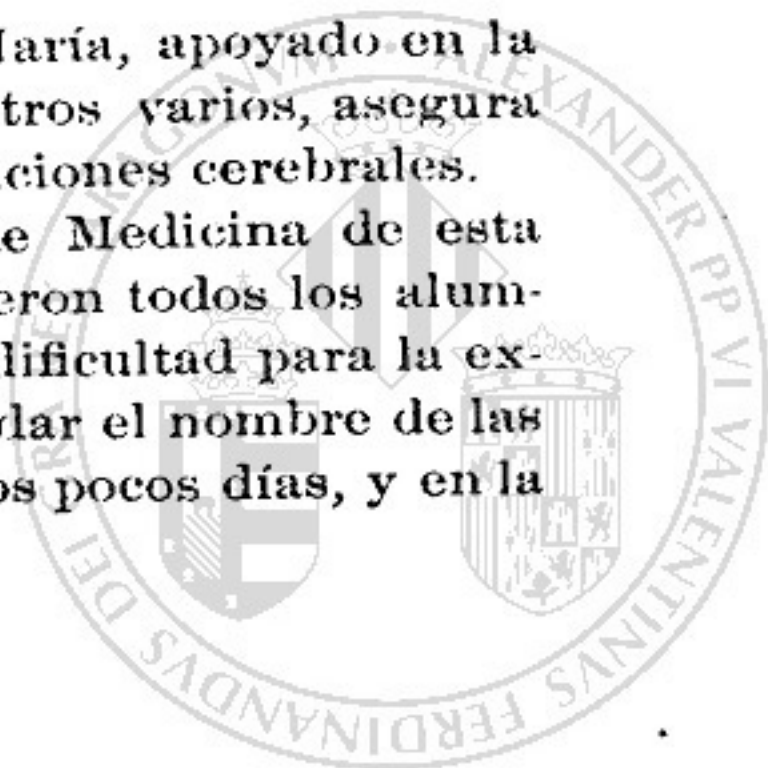
Las personas cuya educación científica está basada en las matemáticas discurren con más acierto. Estas ciencias han dado y darán el golpe de gracia á las elucubraciones fantásticas y milagrerías sobrenaturales, como el Quijote lo dió á los libros de caballería.

--

El error fatal de los metafísicos y filósofos espiritualistas consiste en querer enseñar y explicar las facultades intelectuales del hombre sin conocer la anatomía y fisiología.

El P. Fray Vicente de Jesús María, apoyado en la autoridad del Sr. Montells y de otros varios, asegura que no es verdad lo de las localizaciones cerebrales.

En la clínica de la Facultad de Medicina de esta ciudad ingresó, hace poco, y lo vieron todos los alumnos, un sujeto presentando gran dificultad para la expresión del pensamiento, por olvidar el nombre de las cosas y objetos (afasia). Murió á los pocos días, y en la



autopsia se comprobó la lesión en el sitio en que localizó Broca el órgano de la palabra.

· ¡Oh elocuencia de los hechos!...

Una reflexión para terminar.

Si á medida que se han inventado y perfeccionado los instrumentos se ha ido adquiriendo el conocimiento de las propiedades de los cuerpos, y si estos conocimientos son indispensables para formar el juicio de las cosas ¿cómo, la humanidad, en tiempos remotos, había de conseguir (lo que aun en los presentes no ha podido), dar una explicación racional y satisfactoria de lo que es el hombre y cuál es su destino?

Esta explicación ha de estar fundada en el conocimiento del mundo en que vivimos; la ciencia será la única que podrá dárnosla cumplida y satisfactoria, pero la ciencia nos la dará cuando esté completamente terminada, perfecta. Mientras tanto, solo provisionalmente podemos adoptar una hipótesis acerca de esos grandes problemas que persigue la humanidad.



## INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS

El primero que golpeó una piedra sobre otra para darle forma regular, daba el primer corte que ha hecho la Minerva y las estatuas del Parthenon.

*Boucher de Perthes.*

Las invenciones mecánicas han causado una revolución social, dejando lo sobrenatural para acudir á lo natural.

*J. G. Draper.*

El que voluntariamente permanece ocioso es un sér degradado.

*Lázaro Carnot.*

AUN en la época prehistórica, en aquella en que los hombres vivían en estado salvaje y privados de todos los medios de que hoy disfrutamos para vencer dificultades y subvenir á las continuas necesidades de la vida, aun entonces los hombres idearon diferentes objetos para cazar animales, para defender su persona, para procurarse vestidos, para adornar su cuerpo, para preservarse de las vicisitudes atmosféricas, ó para evitar la influencia maléfica de los espíritus.

Díganlo si no las hachas de pedernal, los cuchillos y rascadores, las agujas de hueso, con su agujero, los huesos cortados para sacarles el tuétano, las vajillas de barro cocido y todos los objetos descubiertos, que



suponen haber sido hechos por medio de instrumentos ingeniosos.

Cuando los hombres obtuvieron el cobre, que se encuentra en estado nativo, y pudieron hacer instrumentos de este metal y de bronce y, sobre todo, cuando pudieron trabajar el hierro, entonces, ya venciendo muchas dificultades, las industrias progresaron.

En Egipto se hallaban en la edad del hierro cuando en Grecia no habían pasado todavía del bronce, y los bárbaros de Dinamarca de la piedra. Cuando se descubrió la América se vió que aquellos hombres usaban armas de silex, y aun en nuestra época se encuentran pueblos salvajes en la edad de piedra.

Cuando la historia del Egipto nos revela las costumbres de aquel antiguo pueblo, ya lo vemos constituido y en un estado en que las industrias se hallan muy adelantadas.

Ya se usaban cascos, lanzas, espadas, corazas, flechas y arcos, porras, jabalinas, trompetas, tambores, instrumentos músicos, instrumentos de labranza y de albañilería. Descollaban tanto en la metalúrgica, que el bronce egipcio es comparable al acero. Sabían tirar y laminar el oro y la plata. Se hilaban tejidos de lana, seda y lino. Hacían cuerdas, jarcias y hasta papel ó papiro, con una caña de la familia de las ciperáceas. Los egipcios conocieron la regla, la escuadra, el círculo dividido en 360 grados, el vidrio y piedras preciosas artificiales.

Los asirios y babilonios de aquella remota época debieron estar muy adelantados y conocer el acero,

las armas de guerra, los instrumentos para trabajar la tierra ó para construir edificios, puesto que dejaron monumentos sorprendentes. Hacían tejidos y alfombras muy buenas. Conocían muchos compuestos de cobre, cobalto, estaño y hierro, que usaban como colores para la pintura. Conocieron los lentes, las clepsidras, los relojes de sol, los movimientos de los astros, etc.

En la India la industria estaba en manos de los sudras y de las clases mixtas.

Fabricaban telas, vasos, armas, perfumes, bebidas, papel, etc., valiéndose del oro, plata, estaño, hierro, ébano, marfil, cuerno, etc.

Los fenicios, pueblo comerciante y propagador, llevó á Grecia las artes, los instrumentos, la aritmética, el alfabeto, la astronomía, geometría, etc.

Pero después en Grecia se perfeccionaron todas las artes y ciencias.

Empedocles descubrió la atracción universal.

Meton, el ciclo de 19 años, llamado áureo número.

Hiparco, hizo un catálogo de 1.022 estrellas y enseñó los movimientos del sol y de la luna.

Estrabon, aplicó la astronomía á la geografía.

Ptolomeo, estudió y adelantó la geometría, trigonometría y astronomía.

Arquímedes, la hidráulica y geometría.

Ctesibo, descubrió las bombas aspirantes.

Heron, la fuente que lleva su nombre.

Aristóteles, dió forma á las ciencias, clasificándolas y comunicándoles gran impulso.



Teofrasto, su discípulo, describió 500 especies de vegetales.

Dioscorides, trazó una clasificación botánica.

Anaxinandro, hizo las primeras cartas geográficas.

Alejandro el Grande, como científico es notable, porque iba acompañado de historiadores, artistas, médicos, filósofos y sabios, y adquirió muchos conocimientos. La biblioteca de Alejandría conservaba muchos de ellos.

En la Edad media se hicieron pocos descubrimientos é invenciones.

Son notables los de los árabes y judíos, que dieron á conocer el alcohol, los ácidos, el aparato para destilar (alambique) y fueron grandes propagadores del saber.

En Bagdad y en Samarcanda, ya desde el siglo X funcionaban grandes fábricas de papel, que poco después se hizo en Játiva. Existían fábricas de armas en Toledo, en Damasco, en Bassora, en el Yemen y en Persia.

Bagdad fué residencia de Almanzor durante su califato (753 á 775) y el centro del saber; se fundaron escuelas de Medicina y de Jurisprudencia, y se estudió con cariño la astronomía. A cada mezquita se le agregó una escuela.

El califa Al-Mamun (813-833), se rodeó de sabios y se dice que se llevaron centenares de camellos cargados de manuscritos para aquellas bibliotecas.

La del Cairo contenía 100.000 volúmenes, elegantemente traducidos y encuadernados; además contenía dos esferas de gran coste.

En España, la gran biblioteca de los califas llegó á contener 600.000 volúmenes, y en Andalucía había setenta bibliotecas públicas, además de varias particulares.

Los españoles somos deudores á los árabes de aquellos magníficos trabajos hidráulicos en que no tenían rival: canales de riego, acequias, norias, las tejas que hoy todavía se usan, los damascos, los guadamaciles, las estofas brochadas de oro y plata, las lentejuelas, la muselina, el cendal, la gasa, el tafetán, el terciopelo, los vidrios y cristales, el papel, el azúcar y el arte de confitería. Aclimataron el maíz, los espárragos, el cáñamo, el lino, el moral, el azafrán, el arroz, la palmera, el limón, el naranjo, el algodón, el café, la caña de azúcar, que trasplantamos después á América.

En el siglo XIII florecieron: Rogelio Bacon, fraile inglés, que descubrió la pólvora, los cohetes, el vapor, la cámara oscura, los lentes convexos; Arnaldo de Villanueva, que descubrió el éter, los ácidos nítrico, clorhídrico y sulfúrico, el bismuto, el precipitado rojo, el aguardiente, varios depilatorios, el tufo de carbón; Raimundo Lulio, que se dedicó á la alquimia también y á la medicina y filosofía, y Tomás de Aquino, fraile y discípulo de Alberto el Grande, que fué el organizador de la escolástica y es llamado el Ángel de las Escuelas.

«No se conoce el inventor de la brújula, ni la época fija de su invención.

Guyot de Provins, poeta francés del siglo XII, es el primero que habla del uso del imán para la navegación.

Los antiguos marinos, que desconocían la brújula, no tenían más guía que el sol ó la estrella polar y por eso navegaban siempre á la vista de las costas, para no equivocarse la derrota cuando el cielo se encontraba cubierto.»—(A. Ganot, *Tratado de Física*).

Según otros, la brújula fué conocida por los árabes, y á principios del siglo XIV introdujo J. Flavio Goya el uso de la aguja imantada á la navegación; pero no se generalizó su empleo hasta últimos del siglo XV.

En este siglo la alquimia llegó á su apogeo. Fué cuando vivió D. Enrique de Villena, de quien tantas maravillas se cuentan.

En 1438 Guttenberg inventó la imprenta, que perfeccionó después Pedro Scheeffer con la adopción de tipos movibles y la invención del grabado.

En 1492, Cristóbal Colón, genovés, bajo la protección de los Reyes Católicos, descubre las primeras islas del nuevo Continente, con lo cual se desarrolla la afición á los largos viajes marítimos, que el empleo de la brújula hace posibles.

Desde el siglo XVI, con el arma poderosa de la imprenta y la frecuencia de los viajes, los adelantos fueron más notables y prepararon el terreno al libre examen.

A principios de este siglo, se establece la enseñanza pública de la Anatomía práctica en varias universidades de Europa.

En 1543, el canónigo prusiano Nicolás Copérnico publica el libro *De las revoluciones de los osbes*, en que desarrolla su sistema planetario.

En 1590, Galileo encontraba en Pisa la ley de la caída de los cuerpos, y Zacarías Jansen, construía varios anteojos y telescopios.

A principios del siglo XVII, Renato Descartes estudia la geometría, explica claramente los efectos del peso del aire y la refracción de la luz, y Galileo, valiéndose del anteojo astronómico de su invención, descubre los movimientos de los planetas, comprueba el sistema de Copérnico, da las leyes del péndulo, imagina un medio de medir el calor y estudia la presión atmosférica, preparando los trabajos de su discípulo Torricelli, que inventó el barómetro.

La medicina hace rápidos progresos, porque se conoce cada vez mejor la estructura del cuerpo humano. En 1619, el médico del rey Carlos I, Harvey, demuestra evidentemente la circulación de la sangre.

Se descubren los vasos quilíferos, el conducto torácico (Pequet) y los conductos lagrimales (Monzo).

En 1620, Keppler estudia la gravitación universal y descubre sus leyes.

Sesenta años después, Newton, profesor de Cambridge, repitiendo el célebre experimento del espectro solar, descubre sus leyes y explica las de Keppler según los principios de la mecánica racional.

En 1662, se organizó la Real Sociedad de Londres, á la que se acusó de intentar destruir la religión establecida y ofender las universidades. Era su divisa: *Nullius in verba*, y proscribía la superstición.

He aquí en pocas palabras su historia:

Publicó los principios de Newton.

Promovió el viaje de Halley.

Hizo experimentos sobre la transfusión de la sangre y la vacunación.

Protegió los trabajos de Bradley sobre la aberración de las estrellas y la nutación del eje de la tierra, á cuyos dos descubrimientos se debe la exactitud de la astronomía moderna.

Perfeccionó el termómetro y el cronómetro.

Introdujo la corrección Gregoriana en el calendario.

Perfeccionó el antejo acromático (Dollond) y la máquina divisoria de Ramsden, que dió precisión á las observaciones astronómicas.

Mason, midió un grado terrestre.

Débase á esta Sociedad:

«Las expediciones de Cook en relación con el paso de Venus; su viaje de circumnavegación; su demostración de que el escorbuto puede evitarse con el uso de sustancias vegetales; las expediciones polares; la determinación de la densidad de la tierra por los experimentos de Maskelyne en Schehallion y por los de Cavendish; el descubrimiento del planeta Uranó por Herschel; la composición del agua por Cavendish y Walt; la determinación de la diferencia de longitud entre Londres y París; el invento de la pila voltáica; el catastro de los cielos por Herschel; el desarrollo del principio de las interferencias por Young, y establecimiento de la teoría ondulatoria de la luz; la ventilación de las prisiones y otros edificios; la introducción del gas en el alumbrado público; la determinación de la longitud del péndulo de segundos; la medición de la variación de la gravedad en distintas latitudes; las operaciones para averiguar la curvatura de

la Tierra; la expedición polar de Ross; el invento de la lámpara de seguridad por Davy; el estudio de las perturbaciones magnéticas...»—(*Draper*, pág. 260).

A fines de este siglo se publican los primeros periódicos científicos, y después folletos, que vulgarizan los recientes adelantos.

—

El siglo XVIII es todavía más célebre.

Dionisio Papin hace estudios sobre la fuerza expansiva del vapor y logra hacer marchar sobre el Wesser un barco que construye, y que enfurecidos hacen pedazos los barqueros.

La botella de Leyden se descubrió en 1744, y poco después, en 1752, Benjamín Franklin, en Filadelfia, emprende una serie de arriesgados experimentos, de los que resulta comprobada la identidad de la electricidad de las nubes con la obtenida en los laboratorios de física, y construye el primer pararrayos.

El célebre naturalista Lamarck publica la *Filosofía Zoológica* y varias notables obras, y el químico francés Lavoisier, estudia la composición del aire atmosférico, descubre y explica en qué consiste la combustión, combate la teoría errónea del flogisto de Stahl, y prepara los trabajos de otros químicos, como Berzelius, sobre las fermentaciones.

—

El siglo XIX no podía menos de continuar la senda trazada.

El naturalista G. Cuvier, secretario de la Academia de Ciencias de París, en sus varias obras que publica, explica y crea la anatomía comparada y la paleontología, y da una clasificación de los seres orgáni-



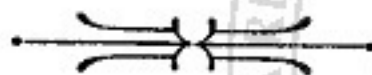
cos, cuyos trabajos tanto habían de influir en la concepción general de la biología, preparando así la teoría de la evolución.

En 1824 M. Chevalier perfecciona los microscopios y los aplica al estudio de la medicina, y en 1826 Dutrochet descubre la endosmosis.

La perfección de las balanzas, del microscopio y de muchos instrumentos que se emplean en el estudio de la morfología y de la química, han permitido, cada día más, llevar á una exactitud y precisión verdaderamente admirable, el conocimiento de la materia orgánica, de los tejidos animales y vegetales, y muy especialmente el de los seres pequeños, de esos seres que se ocultan á la vista, pero que tanta influencia ejercen en nuestro organismo, produciendo enfermedades terribles, y las fermentaciones tan bien estudiadas por M. Pasteur.

Otros descubrimientos importantes de este siglo son los que se refieren á la prehistoria de que ya me he ocupado anteriormente.

Se ha creado una nueva ciencia, la arqueología prehistórica ó arqueogeología, ciencia que tarde ó temprano, según el dicho de Hœckel, ha de producir una revolución completa en todas las concepciones del hombre con respecto á su origen y relaciones con el universo.



## MÁRTIRES DEL TRABAJO

---

No considero como grandes hombres sino á aquellos que han prestado grandes servicios al género humano.

*Voltaire.*

La historia de la Ciencia no es un mero registro de descubrimientos aislados; es la narración del conflicto entre dos poderes antagonistas; por una parte la fuerza expansiva de la inteligencia, por otra la fe tradicional y los intereses mundanos.

*Draper.*

**D**ESDE niños aprendimos la historia de los conquistadores que han sometido á las naciones al azote de la guerra: casi nadie nos habla de artesanos, frecuentemente oscuros, que aseguran á la sociedad el bienestar de la vida material y los goces de la imaginación. Sabemos que Jerjes incendió Atenas; que César y Pompeyo derramaron la sangre á torrentes en los campos de Farsalia; pero casi no conocemos la vida de Euclides ó de Arquímedes, cuyos descubrimientos tienen hoy todavía tantas y tan útiles aplicaciones.»

Con este brillante párrafo empieza su interesante libro titulado *Los Mártires de la Ciencia*, el erudito escritor francés G. Tissandier, demostrando evidentemente lo mucho que ha costado á la humanidad el

arrancar los secretos á la naturaleza y reunir los conocimientos desdeñados por algunos, para formar ese caudal inestimable que constituye todo el saber humano.

¡Cuántas luchas y cuántos peligros ha sido necesario arrostrar! ¡Cuántas víctimas y cuántos mártires ha producido su adquisición!

«Cada paso en los caminos del progreso está escrito en el libro de la historia con sangre de muchos mártires. Ha sido preciso que Sócrates bebiera la cicuta; que Galileo sufriera los tormentos de la Inquisición; que Miguel Servet ardiera en la plaza pública de Ginebra; que Gabriel de Zerbí fuera asado vivo; que Colón recibiera el dictado de demente por los doctores de Salamanca y muriera desconocido; que Vesalio expiara, en peregrinación á Tierra Santa, el supuesto crimen de diseccionar un hombre vivo y muriera á su regreso en un naufragio; que Oken, el poeta de la Naturaleza, muriera en el destierro; que Giordano Bruno, Savanarola, Vanini, Nicolás Antoine, Rousseau, Mme. Staël y otros miles, sufrieran la muerte y los tormentos, para que el espíritu humano, desligado de toda clase de trabas, gozara de la libre investigación y del libre examen.»—(*P. Casanova*).

—

El intrépido Plinio, naturalista romano del primer siglo, atraído por el deseo de observar de cerca una erupción del Vesubio, que arrojaba un río de lava y piedra, produciendo un espectáculo maravilloso é imponente, desembarca junto al cráter, se dirige hacia aquel infierno que arroja una nube de vapores sulfurados y abrasadoras llamas que asfixian... La gente

que le acompaña no puede seguirle, y el temerario capitán hace que le sostengan dos esclavos, pero al fin cae desfallecido y exánime...

No han faltado desde entonces observadores atrevidos y entusiastas, y hombres que han sentido tal amor y fanatismo por el saber y por sostener sus opiniones, que han pagado con su vida la energía de su voluntad.

Por eso, como dice Tissandier, hay ocasiones en que los humildes descubridores llegan á ser, por su desgracia, iguales á los genios más elevados.

Guttenberg, después de muchos años de tentativas y de constantes trabajos, consigue formar las letras de madera, reunir las y crear de este modo los principios del arte de imprimir. Entre los hombres ricos y nobles de Strasburgo no puede encontrar ninguno que quiera unirse á él, porque no quieren denigrarse en trabajos mecánicos, y al fin logra asociarse á Faust y Schoeffer, que pretenden arrebatarse la gloria de su invento.

El desgraciado anciano se ve precisado á abandonar su patria, pierde á su esposa y á sus hijos, queda en la mayor miseria y, á no haberle recogido un elector de Nassau, hubiese perecido de hambre. A los 69 años de edad, sin dejar más riqueza que los libros impresos en el convento de San Arbogardo, murió desconocido y pobre, el que proporcionó al mundo el medio más eficaz para conseguir la dicha: la ilustración.

—  
El descubrimiento del Nuevo Mundo costó á Colón muchas desazones, muchos disgustos, muchos viajes y humillaciones para conseguir la protección

pedida y muchos peligros y castigos en su arriesgada empresa.

Los exploradores que después visitaron las Américas y los inhospitalarios países africanos, no han sufrido menos contratiempos.

Renato Caille, viajando por el centro de Africa es reducido á la miseria hasta la mendicidad, tiene necesidad de agregarse á una caravana, en donde le desprecian y maltratan, y si al fin logra volver á Francia enfermo, el 17 de Mayo de 1838, espira apenas toca el suelo querido.

Veinte años después y cuando se preparaba á entrar en el puerto de Brest, de vuelta de su temeraria expedición al Niger, otro explorador francés, Mage, moría en la flor de su edad.

Uno de los más intrépidos exploradores de países lejanos ha sido indudablemente David Livingstone, y ha sido también notable por su abnegación por la ciencia. Estudió medicina y á los 27 años de edad se embarcó para Africa, á donde hizo varios viajes. En 1864 se propuso descubrir el misterio que rodea las fuentes Zairo. Nada se sabía de él, cuando Stanley, aquel atrevido corresponsal del *New-York Herald* le encuentra en Ondjidji, cerca del lago Tanganitca. En 1872 vuelve á desaparecer, se pasa un año sin tener noticias suyas, y al fin se sabe que en 4 de Mayo de 1873, y hallándose en la meseta de Lobria, había muerto extenuado por las calenturas y la disentería, después de 28 años de trabajos y privaciones.

La mayor parte de los exploradores del globo han sucumbido en naufragios ó han sido bárbaramente asesinados por los salvajes, ó han muerto á conse-

cuencia de enfermedades debidas al rigor del clima ó á las privaciones.

Magallanes, el capitán Cook, Mungo-Park, Francis Garnie, E. Vogel, La Perouse, De Langle y otros muchos, pueden servir de ejemplos.

La exploración de las heladas regiones polares ha ocasionado también gran número de víctimas, y no han causado menos las arriesgadas ascensiones por medio de globos aerostáticos.

Los experimentos físicos verificados por B. Franklin, en Filadelfia, para estudiar la electricidad atmosférica, demuestran hasta dónde llega el atrevimiento y la audacia de algunos hombres y su deseo de saber. El descubrimiento del pararrayos fué la consecuencia de aquellos experimentos, pero no fué tan afortunado el físico y secretario de la Academia de Ciencias de San Petersburgo, Richman, que el 6 de Agosto de 1783, queriendo observar la electricidad de las nubes, colocó en su cuarto de estudio una barra metálica, cuya punta se elevaba sobre la techumbre. El tiempo era tempestuoso. Richman, acompañado de un artista encargado de dibujar el experimento, aproxima una especie de electrómetro á la barra, y una chispa eléctrica sale de ella, le atraviesa la cabeza, dejándole instantáneamente muerto y derriba asimismo á su acompañante.

El químico Hervey (1840) liquidaba el ácido carbónico, cuando de repente se oye una detonación horrosa; el aparato había saltado en pedazos y éstos habían separado las piernas del tronco del desdichado,

que todavía vivió padeciendo horriblemente durante tres días.

En los laboratorios químicos son demasiado frecuentes las explosiones, el desprendimiento de gases venenosos, el derrame de sustancias corrosivas y mil peligrosísimos accidentes. Cuando asistí á la cátedra de Química (nocturna) que el sabio catedrático del Instituto de Valencia D. César Santomá daba en la Escuela de Artesanos, oí referir á dicho señor un percance por el estilo que le pasó á él mismo, trabajando en un laboratorio químico, y que dejó en su frente un recuerdo inolvidable.

—

No arrostra menos peligros el médico, que por la naturaleza de su profesión se ve forzado á estar en contacto íntimo con toda clase de enfermos repugnantes y casi siempre contagiosos. ¡Cuántas veces lleva á su casa el germen de la muerte!

El conocimiento de la estructura del cuerpo humano ha sido indispensable para los adelantos de la filosofía, como trataré de probar en este libro, pero ese conocimiento (aun cuando todavía es imperfecto) ha costado muchos años y muchos sacrificios.

Las disecciones en cadáveres humanos, práctica seguramente repugnante y peligrosa, pero que en nuestros tiempos se hace con frecuencia y con pocas trabas, en épocas pasadas estaba terminantemente prohibida ó se hacía venciendo obstáculos enojosos.

Los difuntos inspiraban horror y respeto y el que osaba tocarlos merecía la antipatía del vulgo, que á veces le apedreaba.

«Vesalio no estudió el cuerpo humano sino á costa

de obstáculos que rechazarían hoy la mayor parte de los estudiantes.

En aquella época las leyes, cediendo á las influencias de las preocupaciones religiosas, prohibían las disecciones.

Vesalio, á la edad de 18 años, lleno de entusiasmo por la ciencia, no retrocedía ante nada para procurarse cadáveres que le hacían falta para sus estudios. Se iba solo á la entrada de la noche al cementerio de los Inocentes ó á la columna de Montfaucon y disputaba á los perros una presa ya corrompida.—(*G. Tissandier*).

El médico francés Bichat, preocupado en el estudio de la anatomía pasaba largas horas próximo á los cadáveres, y contrajo por ello una enfermedad aguda que le arrebató á los 31 años de edad.

Los médicos cuando adquieren gran fama á consecuencia de profundos estudios y de su talento, tienen que luchar con otro elemento tan mortífero y cruel como el contagio, y es la envidia de sus compañeros.

Los ejemplos son por desgracia demasiado frecuentes, pero citaré el del médico bávaro Wirsung, asesinado por un médico dalmata que se creyó humillado en una cuestión de competencia.

Los martirios y terrible muerte del médico aragonés Servet en Ginebra (1554), débense más que á sus opiniones religiosas al rencor desmedido de Calvino, que juró vengarse de un rival que sabía más que él.

Disgustos y contrariedades obligaron á Horacio Wels, uno de los hombres que más han contribuido á



la invención de la anestesia, á suicidarse (en los Estados Unidos), apelando al éter y abriéndose las venas en un baño.

«En 1784, un constructor americano, Juan Fitch, presentaba al general Wáshington el modelo de un barco que se movía por el vapor. El éxito fué como se esperaba, y el constructor empezó á trabajar para poner en práctica en gran escala su invento. Mas á pesar de sus esfuerzos, los que habían de prestarle el capital desmayan al primer tropiezo, le abandonan, y el desdichado Fitch se va á Francia, en época aciaga, porque era en 1793. Tiene la desgracia de que el único amigo es guillotinado, y el inventor, aislado, sin recurso alguno, tiene que pedir al cónsul de los Estados Unidos, como una limosna, el precio del pasaje para volverse á Lorient. Disgustado profundamente, se entrega á la embriaguez para olvidar sus penas, y una tarde en que, hartó de sufrir, se paseaba solo por la orilla del Delaware, se arroja al agua maldiciendo la vida y los hombres.»—(*Tissandier*).

En 1752, habiéndose introducido el calendario Gregoriano en Inglaterra á instancias de algunos miembros de la Real Sociedad de Londres, la plebe persiguió por las calles á éstos creyendo que les habían robado once días de vida. Fué necesario ocultar el nombre del padre Walmesley, jesuita instruído, que había mostrado interés en el asunto. Bradley murió durante el tumulto y se dijo que el cielo le había impuesto aquel castigo.

Cualquiera que sea la causa ó el carácter del fana-

tismo siempre esta obcecación producirá resultados detestables.

Dígalo sino el ejemplo de Lavoisier, químico francés, á quien tantos y valiosos descubrimientos debe la ciencia, conducido á la guillotina por aquellos furiosos que se apoderaron del gobierno de París desde 1793, aquellos que gritaban: «*La Francia no necesita sabios.*»

Palabras que oí repetir en un meeting celebrado en Valencia en 1892.

Un modesto y desconocido cirujano francés, Nicolás Leblanc, se encargó de contestar esta afirmación tan falsa, proporcionando á su patria, en momentos aciagos, el medio de ahorrarse muchos millones con la fabricación de la sal de sosa.

Y por cierto que el desdichado inventor, habiendo establecido en Marsella la fábrica para elaborar su producto, se vió obligado á venderlo todo en subasta y el privilegio fué bien pronto del dominio público.

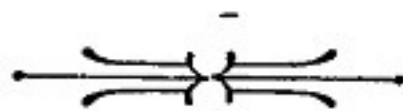
«Aquel á quien la Francia debe la creación de una rama de su industria, tan importante que ha librado á nuestras fábricas de un tributo anual de más de veinte millones de francos, murió de pena y casi de miseria, en un hospital (en 1802).»—(A. Millet. *Dicc. de Artes y Manufact. Sosa*).

Así paga el pueblo los servicios de los sabios que por él se sacrifican.

¡Cuántos ejemplos podría citar!

Los barqueros del Weser, destruyendo el primer barco, ensayo del vapor que construye el físico y mé-

dico Dionisio Papin; los obreros tejedores de Marsella, queriendo arrojar al mar á Jacquard, por haber inventado la máquina de tejer; los furiosos de Lancaster, destruyendo la fábrica de hilados de algodón del barbero de Preston (Arkwright); las turbas de bribones que (1792) prendieron fuego y pedían la cabeza de Claudio Chappe, inventor del telégrafo; los mineros de Almadén, asesinando á los ingenieros Buceta y Monasterio, que instalaron máquinas para aquellas minas (1872) y, en fin, todos los jornaleros y artesanos que hablan contra las máquinas, los ferrocarriles, las fábricas y los adelantos modernos, aborreciendo á los hombres científicos que los promueven y ponen en práctica; todos son unos mismos. Son la representación de la ignorancia que combate á la ilustración; son los que quieren que este mundo sea un *valle de lágrimas*, pudiendo ser un *Paraíso*.



## PERSECUCIONES RELIGIOSAS

Nunca transige la fe. Quien se cree dueño de la verdad no tolera la contradicción.

*J. Stuard Mill.*

La Iglesia siempre ha estado al lado del despotismo.

*Guizot.*

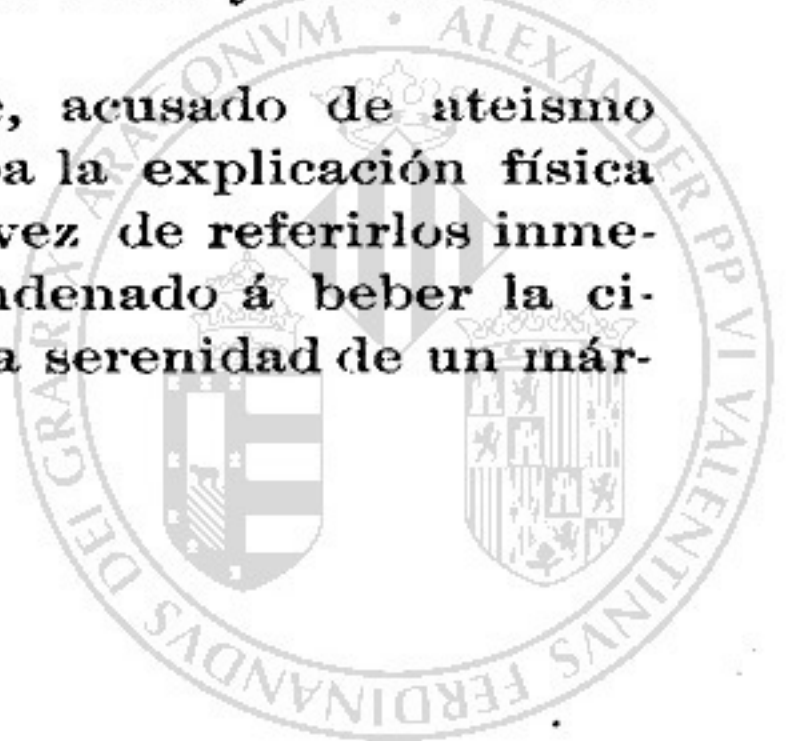
Desgraciados los que cometen el error de acertar sobrado pronto.

*Casimiro Delavigne.*

Los grandes inventos van acompañados de accidentes, percances y disgustos que afligen á los que procuran ó logran realizarlos, empero donde mayor número de mártires encontramos es entre los hombres que, buscando ansiosos la verdad en el terreno de la filosofía, y no queriendo amoldarse rutinariamente á las preocupaciones y extravagancias del país y época en que han vivido, han tenido el valor y la nobleza de manifestar sus opiniones.

Sócrates, filósofo ateniense, acusado de ateísmo por Aristófanes, porque buscaba la explicación física de las nubes y del granizo, en vez de referirlos inmediatamente á los dioses, es condenado á beber la cicuta, sufriendo la muerte con la serenidad de un mártir (400 años antes de J. C.)

—



Hipatia, hija de Teon, el matemático, no sólo se distinguía en la exposición de las doctrinas de Platon y de Aristóteles, sino también por sus comentarios sobre los escritos de Apolonio y otros geómetras. Diariamente se estacionaba ante su academia una larga fila de carros, y la sala de las conferencias apenas podía contener las personas más ricas y elegantes de Alejandría, que iban á escuchar sus disertaciones sobre asuntos que en todo tiempo han debido interesar: el origen y destino del hombre.

Ocupó la silla obispal de la ciudad San Cirilo, sobrino de Teófilo y se captó el aprecio de aquella gente por su elocuencia.

No podían existir juntos Hipatia, representando la filosofía, y Cirilo, el fanatismo.

Cuando Hipatia se encaminaba á su academia fué asaltada por las turbas de Cirilo, en las que iban varios monjes, desnudada en la calle, arrastrada á una iglesia y allí asesinada por la maza de Pedro el Lector; su cuerpo destrozado, la carne raída de los huesos con conchas y los restos arrojados al fuego (año 415).

Sus obras perecieron juntamente con toda la biblioteca de Alejandría, acabando así la filosofía griega y la libertad del pensamiento.

—  
Averroes, médico y filósofo árabe, nacido en Córdoba, famoso por lo atrevido de sus opiniones religiosas, expulsado de España y perseguido por los suyos en Marruecos, fué obligado á retractarse públicamente á la puerta de una mezquita y sufrió, que cada uno de los que pasaban por delante de él, le escupiese en el rostro.

Gerberto, arzobispo auvernés, que después fué papa en 999, hombre muy influyente en los asuntos políticos de Francia, Italia y Alemania, consejero de los Césares de Aquisgran, estuvo en Toledo estudiando con los árabes y fundó, puede decirse, las ciencias naturales; abrió cátedras de matemáticas, geografía y astronomía; construyó una esfera para explicar el movimiento de los astros, inventó un reloj y un órgano hidráulicos y escribió una obra de geometría.

A él y á su discípulo el obispo Adelboldo se les acusó de brujería, por la celeridad con que se reconstruyó la catedral de Utrech, y se dijo que habían vendido sus almas al diablo.

—

No es este hombre eminente y católico el único que el fanatismo persigue como mago, hechicero y peligroso al pueblo.

Rogelio Bacon nos da otro ejemplo:

Dedicado con febril actividad al estudio de ciencias completamente desconocidas en aquellos tiempos, se lanza á experimentos asombrosos y emite pensamientos que asustan hasta á sus mismos compañeros los frailes. Le tienen como mago y hechicero y es perseguido y atormentado con crueldad, á pesar de la protección y amistad que le dispensa el papa Clemente IV. Pasa casi toda su vida en los calabozos, el que tantos inventos hizo y tanto saber mostró, y aburrido de tan malos tratos abandona este mundo diciendo: «Me arrepiento de haber trabajado tanto en interés de la ciencia.»

Los estantes donde se guardaban sus libros fueron encadenados para que nadie los leyese.

Pedro La Ramee, de nacimiento humilde, mas dotado de gran talento, escribió varias obras que censuró la Facultad de Teología de París, por lo que fué condenado á galeras.

«En la noche de San Bartolomé le sacaron del sitio en que estaba escondido, le robaron el dinero, le atravesaron á estocadas y le arrojaron por la ventana á la calle, donde algunos estudiantes furiosos, irritados por maestros á quienes animaban la misma ira, le arrancaron las entrañas y arrastraron su cadáver, entregándole á los mayores ultrajes y le hicieron pedazos.»—(*Víctor Cousin*).

A aquella memorable hecatombe pudo escapar Ambrosio Pareo, físico del rey, escondido por éste en su propia cámara, y otro hombre, también notable, porque fué artista, físico, químico, agrónomo, naturalista y filósofo; creó la paleontología, demostrando que los fósiles eran restos de seres que habían existido, y fué el inventor de la porcelana, en cuyos ensayos llegó un día á quemar sus propios muebles por faltarle combustible. Este hombre, que emitió tan atrevidas opiniones en sus obras y explicaciones es Bernardo Palissy, que murió en 1589 encerrado en La Bastilla.

En España también hemos tenido espectáculos parecidos y aun más vistosos.

«...La santa matanza de hebreos de 1391, en la cual los sevillanos degollaron 4.000, después de robarles; los cordobeses asesinaron á 2.000, buscándoles el oro en las tripas; en la Mancha no quedó un judío para un remedio; en Valencia, por no ser menos, hubo un

día de matanza y saco en Aljama, el 9 de Julio de 1391; en Barcelona la sangre inundó las calles, é iguales desastres é iniquidades se reprodujeron en toda la corona de Aragón... En Palma de Mallorca, matando á 300 hebreos, pasaron á sangre y fuego á los cristianos sospechosos...»—(*Escuder. Plus-Ultra*, pág. 77).

¿Qué valenciano ignora aquel célebre milagro de San Vicente Ferrer, cuando después de un elocuente sermón se pasó á cuchillo un gran número de infieles?

La intolerancia ha dictado aquella frase que todos hemos oído hasta la saciedad, y que tan bien interpreta mi amigo J. H. Ardieta:

*...et gentes paganorum et hereticorum destera tua potentie conterantur...*

En 1492 se promulgó un decreto obligando á salir de la nación á todos los judíos, cualquiera que fuese su edad y sexo, bajo pena de muerte y confiscación de bienes á los que no obedecieran en el término de cuatro meses.

Casi todos los judíos vendieron cuanto poseían y salieron de España más de 800.000 en el mismo momento que la conquista de Granada arrojaba al Africa un número inmenso de moros.

Los que para poder residir en su patria, se habían bautizado, eran cristianos tibios, pero se calentaron con las llamas de la Inquisición.

Cuando Málaga fué tomada á los moros, el Santo Oficio mató á muchos judíos, clavándoles cañas agudas, martirio cruel reservado para los regicidas.

Envía Felipe II á Inglaterra la armada Invencible



Pedro La Ramee, de nacimiento humilde, mas dotado de gran talento, escribió varias obras que censuró la Facultad de Teología de París, por lo que fué condenado á galeras.

«En la noche de San Bartolomé le sacaron del sitio en que estaba escondido, le robaron el dinero, le atravesaron á estocadas y le arrojaron por la ventana á la calle, donde algunos estudiantes furiosos, irritados por maestros á quienes animaban la misma ira, le arrancaron las entrañas y arrastraron su cadáver, entregándole á los mayores ultrajes y le hicieron pedazos.»—(*Víctor Cousin*).

A aquella memorable hecatombe pudo escapar Ambrosio Pareo, físico del rey, escondido por éste en su propia cámara, y otro hombre, también notable, porque fué artista, físico, químico, agrónomo, naturalista y filósofo; creó la paleontología, demostrando que los fósiles eran restos de seres que habían existido, y fué el inventor de la porcelana, en cuyos ensayos llegó un día á quemar sus propios muebles por faltarle combustible. Este hombre, que emitió tan atrevidas opiniones en sus obras y explicaciones es Bernardo Palissy, que murió en 1589 encerrado en La Bastilla.

En España también hemos tenido espectáculos parecidos y aun más vistosos.

«...La santa matanza de hebreos de 1391, en la cual los sevillanos degollaron 4.000, después de robarles; los cordobeses asesinaron á 2.000, buscándoles el oro en las tripas; en la Mancha no quedó un judío para un remedio; en Valencia, por no ser menos, hubo un

día de matanza y saco en Aljama, el 9 de Julio de 1391; en Barcelona la sangre inundó las calles, é iguales desastres é iniquidades se reprodujeron en toda la corona de Aragón... En Palma de Mallorca, matando á 300 hebreos, pasaron á sangre y fuego á los cristianos sospechosos...»—(*Escuder. Plus-Ultra*, pág. 77).

¿Qué valenciano ignora aquel célebre milagro de San Vicente Ferrer, cuando después de un elocuente sermón se pasó á cuchillo un gran número de infieles?

La intolerancia ha dictado aquella frase que todos hemos oído hasta la saciedad, y que tan bien interpreta mi amigo J. H. Ardieta:

*...et gentes paganorum et hereticorum destera tua potæntie conterantur...*

En 1492 se promulgó un decreto obligando á salir de la nación á todos los judíos, cualquiera que fuese su edad y sexo, bajo pena de muerte y confiscación de bienes á los que no obedecieran en el término de cuatro meses.

Casi todos los judíos vendieron cuanto poseían y salieron de España más de 800.000 en el mismo momento que la conquista de Granada arrojaba al Africa un número inmenso de moros.

Los que para poder residir en su patria, se habían bautizado, eran cristianos tibios, pero se calentaron con las llamas de la Inquisición.

Cuando Málaga fué tomada á los moros, el Santo Oficio mató á muchos judíos, clavándoles cañas agudas, martirio cruel reservado para los regicidas.

Envía Felipe II á Inglaterra la armada Invencible

con 170 frailes, pero sin un piloto práctico, para reducir á los ingleses al gremio de Roma; son degollados públicamente en Bruselas los condes de Horn y de Egmon, que se sublevan contra el establecimiento de la Inquisición; 40.000 familias pierden su fortuna ó su vida por defender su libertad religiosa, y como consecuencia del celo católico de aquel rey se pierde la armada, se pierden los Países Bajos y se pierde nuestro buen concepto y reputación.

«El rey Felipe III, pareciéndole más atendibles las razones de religión que las de Estado, decretó primero por la pragmática expedida en Segovia á 4 de Agosto de 1609 la expulsión de los moriscos del reino de Valencia, extendiéndose, sin levantar mano, á todos los residentes en los demás puntos de España, siendo embarcados y conducidos á las costas de Africa.»—  
(*J. de Castro*).

El modo cómo se llevó á cabo esta medida es lo que hay que ver en los historiadores imparciales y comparar el número de moriscos que había en España con el que llegó á las costas africanas y la riqueza que exportaron.

Es digno de llamar la atención la aversión que tienen ciertas personas y ciertas instituciones á los libros.

Por esto, siempre que pueden, rompen ó queman un libro que les es contrario y otras veces destruyen una biblioteca, como sucedió con la riquísima de Alejandría, ó se establece una censura rigurosa para que no se publique ningún libro que denuncie los abusos y errores.

Esta conducta es contraproducente, pues demuestra la falta de argumentos para impugnar lo que sostiene ó defiende el adversario.

—

«Cuando Amrú, el lugarteniente del califa Omar, conquistó el Egipto y lo anexionó al imperio sarraceno, encontró en Alejandría á un gramático griego llamado Juan y apellidado *Filopono* ó amante del trabajo. Valiéndose de la amistad que se había formado entre ellos, solicitó el griego que le fuesen regalados los restos de la gran biblioteca que se había salvado de las injurias de la guerra, del tiempo y del fanatismo.

Amrú, por lo tanto, escribió al califa pidiéndole autorización y éste contestó:

«Si los libros están conformes con el Corán, que es la palabra de Dios, son inútiles. Si sucede lo contrario son perniciosos. Destruyanse, pues.»

En su consecuencia se distribuyeron entre los baños de Alejandría y se dice que fueron necesarios seis meses para que el fuego los consumiera. — (*Draper*).

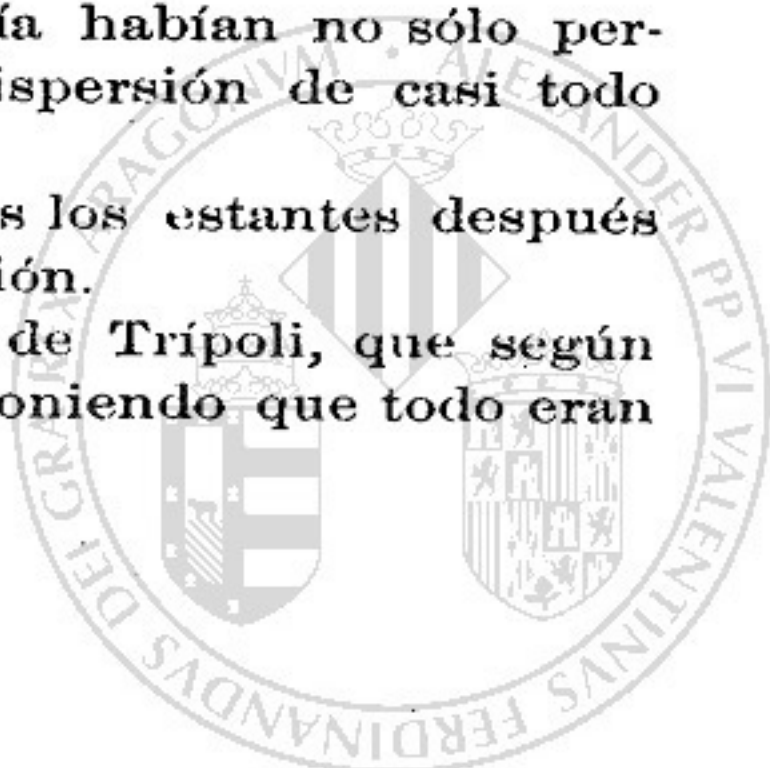
Julio César había quemado más de la mitad de aquella biblioteca.

Los patriarcas de Alejandría habían no sólo permitido sino inspeccionado la dispersión de casi todo el resto.

Osorio afirma que vió vacíos los estantes después que Teófilo solicitó su destrucción.

Los cruzados quemaron la de Trípoli, que según dicen era muy numerosa, suponiendo que todo eran libros mahometanos.

—



El cardenal Jiménez de C. entregó al fuego en la plaza de Granada 80.000 manuscritos árabes, siendo muchos de ellos traducciones de los autores clásicos.

En el siglo X, habiendo usurpado Almanzor el califato de Haken II y apoyándose en las pretensiones fanáticas del vulgo, que se pronunciaba contra la instrucción, hizo buscar en la biblioteca de aquel califa, que contenía 400.000 volúmenes, magníficamente encuadernados, todos los libros de filosofía y ciencias y los quemó en la plaza pública.

Los judíos persiguieron á Maimonides por apóstata de la fe de Abraham, porque abrazó las ideas de Averroes, negando la posibilidad de la creación y prescindido de la intervención divina en el gobierno del universo.

Sus escritos fueron quemados por las sinagogas de Mompeller, Barcelona y Toledo.

En 1559, el papa Paulo IV instituyó la *Congregación del Índice expurgatorio*, para examinar los libros y manuscritos que se publicaban y autorizar su lectura ó prohibirla, corregir los que lo permitieran para ponerlos en armonía con las doctrinas de la Iglesia, y conceder privilegios para leer los prohibidos á ciertas personas.

Esta congregación tiene una jurisdicción mayor que la Inquisición. Al principio señaló aquellas obras sospechosas; pero después decretó que toda obra no autorizada estaba prohibida; medida audaz para impedir que llegase al pueblo ningún conocimiento, excepto los adecuados á los fines de la Iglesia.

Los libros eran revisados por sacerdotes que bo-

rraban con tinta negra todas las palabras y conceptos que les convenía, como puede verse y yo lo he visto en la primera edición de D.<sup>a</sup> Oliva Sabuco.

Los traductores quitaban y modificaban el texto á su placer y así lo advierte el prior D. B. Zapata, que tradujo la Historia Eclesiástica de Macquer. Estos y mil hechos comprobados prueban el afán que tenían porque no se instruyese el pueblo.

—  
Torquemada tenía gran aversión á los libros.

«En 1490 comenzó por hacer quemar varias biblias hebreas en un auto de fe que tuvo lugar en Salamanca, so pretexto de que estaban infestadas de errores del judaismo. Luego después celebró otro auto de fe en que fueron quemados más de 6.000 volúmenes, que los censores del consejo de la Inquisición habían declarado perniciosos, y entre los cuales se encontraban muchas obras estimables cuyo solo defecto era el de no ser comprendidas. A tanto llegó la insolencia de Torquemada, que juró la destrucción de toda la biblioteca de D. Enrique de Aragón, príncipe real, comprendiendo así en su vandálica proscripción la literatura, ciencias y artes, con la teología y prácticas supersticiosas de la hechicería.»—(*L. Gallois*, pág. 74).

—  
Para demostrar la repugnancia de los antiguos á toda innovación, á toda noticia nueva, á la publicación de un libro útil, voy á poner un ejemplo.

Solano de Luque fué uno de los médicos más inteligentes de su época y más conocido de los extranjeros que de sus propios paisanos. Nació en Montilla el año 1685 y estudió en Granada.

Habiéndose dedicado con toda asiduidad al estudio del pulso y descubierto lo que se llama pulsos índices, trató de dar á la prensa su obra inmortal titulada *Lapis Lydos Appollinis*, pero las trabas que se pusieron para permitirle la impresión fueron tantas, que detuvieron por espacio de diez años la publicación de aquel libro, que tuvo lugar el año 1731.

He aquí los requisitos que se le exigieron:

Censura del Dr. Martín, médico de cámara.

Licencia del Consejo, firmada por el escribano.

Censura y aprobación del muy R. P. de la Compañía de Jesús.

Licencia del ordinario, inquisidor y vicario de Madrid.

Parecer y aprobación del muy R. P. exprocurador general de la orden Carmelitana en la Chancillería de Granada.

Censura de la Regia Sociedad Físico-Médica Hispalensis, por el socio consultor.

Aprobación del presidente y secretario de esta misma sociedad.

Tasa de la obra á seis maravedís cada pliego, firmada por el escribano del Consejo.

Consíderese cuánta paciencia había menester un autor para decidirse á dar al público el resultado de sus largos y constantes trabajos para facilitar la instrucción de los demás y utilizar dichos trabajos; y por otra parte cuánto temía la Iglesia á que sus enemigos propagasen ideas que no podían impugnar.

Parece lo más natural y justo que al publicarse un error se apresurasen á rebatirlo esos hombres que, consagrados al estudio de la Teología y de las Sagra-

das Escrituras, tienen obligación de hacerlo, pero con razonamientos, no como lo hacían, valiéndose de amenazas, intrigas, multas, tormentos, martirios y hasta con la muerte.

Se me objetará que en aquella época de barbarie no era posible otra cosa.

No; las tendencias del catolicismo se han demostrado palmariamente en el Concilio ecuménico de 1869, en el cual se dice: «Sea anatema:

Quien niegue el único Dios verdadero, Creador y Señor de todas las cosas visibles é invisibles.

Quien afirme sin rubor que solo existe materia.

Quien diga que la sustancia ó esencia de Dios y de todas las cosas es único é igual.

Quien diga que las cosas finitas, corporales y espirituales, ó á lo menos las cosas espirituales, son emanación de la sustancia divina, ó que la divina esencia por manifestación ó desarrollo de sí misma viene á ser todas las cosas.

Quien no reconozca que el mundo y todas las cosas que contiene fueron producidas por Dios y sacadas de la nada.

Quien diga que el hombre puede y debe por sus propios esfuerzos y por progresos constantes llegar al cabo á la posesión de toda verdad y virtud.

Quien rehuse aceptar como sagrados y canónicos los libros de la Sagrada Escritura, en todas sus partes, según fueron enumerados por el santo Concilio de Trento, ó niegue que son inspirados por Dios.

Quien diga que la razón es tan sabia é independiente, que Dios no puede pedirle la fe.



Quien diga que la revelación divina no puede hacerse creíble por pruebas exteriores.

Quien diga que no pueden hacerse milagros ó que nunca pueden conocerse con certeza, y que el origen divino del cristianismo no puede probarse por ellos.

Quien diga que la revelación divina no incluye misterios, sino que todos los dogmas de la fe pueden comprenderse y demostrarse por la razón debidamente cultivada.

Quien diga que la ciencia humana debe proseguirse con tal espíritu de libertad, que puedan considerarse sus afirmaciones como verdaderas, aun cuando se opongan á la verdad revelada.

Quien diga que llegará un tiempo en el progreso de las ciencias en que las doctrinas enseñadas por la Iglesia deban tomarse en otro sentido que aquel que la Iglesia les dió y les da todavía.»

—  
La Iglesia romana obra bajo un supuesto mandato divino, especial y exclusivamente entregado á ella.

En virtud de esta grande autoridad requiere que todos los hombres resignen sus convicciones intelectuales y que todas las naciones le subordinen su poder civil.

Pero una pretensión tan exigente, como dice Draper, debe apoyarse en los testimonios más decisivos é inatacables, en pruebas directas, claras, terminantes. La Iglesia no las da y exige que sean aceptados sus principios como artículos de fe. Desprecia la razón y sin embargo se somete á sus argumentos.

Al menos Wiclef decía: «Dios no obliga al hombre á creer lo que no puede comprenderse.»

## LA INQUISICIÓN

La Inquisición no podía nacer más que en las tinieblas de la ignorancia y del fango de la Edad media. Su conducta no desmiente su origen.

*Mons. Gregorio (obispo de Blois)*

La palabra del poeta y del pensador volverá superfluo los sermones: las salas de teatro, de concierto y de conferencias reemplazarán las bóvedas de los templos.

*Max Nordau.*

Las causas de los conflictos científico-religiosos no se anidan en la región serena de las ideas, donde gobierna la verdad, sino que se arrastra á los pies de esos falsos ídolos que se llaman interés, ignorancia ó pasión.

*Peregrín Casanova.*

**A**PENAS los cristianos dejaron de ser perseguidos, se convirtieron en perseguidores.

Era la época de la invasión de los bárbaros, que sobre las ruínas del imperio romano se extendieron por todo lo restante de Europa, constituyendo diversas naciones.

En tanto la Iglesia católica también se iba organizando, á pesar de las innumerables sectas disidentes que en los primeros siglos aparecieron, como son: los gnósticos, los nicolaitas, los arrianos, los apolinarios,

los nestorianos, los monotelistas, los iconoclastas, los montanistas, los pelagienses, los maniqueos, los donatistas, los priscilianistas, los macedonios, etc.

La Iglesia castigaba solamente con la excomunión, cuando por la persuasión no podía atraerse los miembros disidentes; mas los papas y obispos del siglo IV creyeron de su deber extirpar las herejías y comenaron á imitar la conducta que tanto reprendieron á los sacerdotes paganos. Aprovechándose después de su ascendiente con los emperadores recién convertidos al cristianismo, recabaron de Constantino y sus sucesores que estableciese leyes civiles contra los herejes, castigándoles con multas ó con penas corporales, como nota de infamia, privación de honores y empleos, confiscación de bienes, prohibición de testar y de gozar herencias. Más tarde ya se recurrió al destierro y á los azotes y se impuso la pena de muerte á los maniqueos, con la excusa de haber ocasionado trastornos en Roma.

En el cuarto Concilio de Toledo, de acuerdo con el rey Sisenando, se decretó que los herejes quedasen á disposición del obispo, que podía excomulgarlos, azotarlos, etc.

Gregorio III fué el primer papa que tomó el poder temporal y dispuso de la corona de los reyes, adquiriendo desde entonces tal preponderancia la autoridad eclesiástica y el fanatismo, que el abate Teófono creía que el quemar los herejes estaba conforme con el espíritu del Evangelio.

Trece obispos y algunos abades reunidos condenaron á prisión y á recibir públicamente cien azotes al monje de San Benito, Gotescal.

A principios del siglo XI fueron condenados por un Concilio, á ser quemados algunos herejes que aparecieron en Orleáns y otros puntos de Francia.

Fueron las primeras hogueras que encendió la Iglesia católica.

—

Hasta el principio del siglo IX no hubo cambio en la constitución de la Iglesia, que era republicana; mas hacia el año 845 se elaboraron las famosas Decretales de Isidoro, que fueron colocadas al mismo nivel de las Escrituras, y se supuso que los papas habían siempre sido los legisladores absolutos de la Iglesia.

«Se afirmó y cada día con más insistencia: Que toda la Iglesia es propiedad del papa, quien puede hacer de ella lo que más le plazca. Que lo que en otros es simonía, en él no lo es. Que es superior á toda ley y no puede ser residenciado por nadie. Que todo el que le desobedezca debe sufrir la muerte. Que todo hombre bautizado es súbdito suyo y debe seguir así toda su vida, quiera ó no quiera.»—(*Draper*).

—

En el Concilio de Verona (1184) se tomaron serias disposiciones contra los albigenses, una secta que apareció en Francia, de hombres sencillos y fanáticos que se reunían y conversaban sobre los abusos del clero.

El papa Inocencio III se propuso exterminar aquella secta y publicó que todos aquellos que contribuyesen con su influencia ó con su hacienda á la ruína de los herejes, ganarían indulgencias: por lo cual se puso en pie de guerra un ejército poderoso, se entabló una lucha encarnizada, fraticida, que duró veinte años y costó más hombres, sangre y oro de lo que habría

sido menester para conquistar un vasto imperio.»—  
(*Gallois*, pág. 102).

Por más que el papa Inocencio III introdujo inquisidores permanentes dependientes de los obispos puede asegurarse que en Francia no tuvo lugar el establecimiento de un tribunal permanente de Inquisición hasta 1208 y á instancias del célebre español, fraile agustino, Domingo de Guzmán. El papa Honorio III autorizó la propagación de la orden y enseguida vemos á los dominicos establecerse por Italia y España; pero en ésta no se estableció la Inquisición hasta 1232.

En 1484, Torquemada, ante una junta de inquisidores en Sevilla, decretó las primeras leyes de la Inquisición.

En este código, compuesto de 28 artículos, se consignaba lo siguiente:

Se imponían penas pecuniarias á los que habían hecho confesión voluntaria.

El penitente que se presentase después del tiempo de gracia no se eximía de la confiscación de sus bienes.

El reconciliado tenía la obligación de precisar el tiempo en que había caído en la herejía, para saber la porción de bienes que pertenecía al fisco.

Si un hereje encerrado en las prisiones secretas del Santo Oficio pedía, arrepentido, la absolución se le concedía, pero con calabozo perpetuo.

Se autorizaba á los inquisidores á condenar á relajación á los que al parecer fingían el arrepentimiento. (La vida de un hombre dependía de la opinión de un inquisidor).

Los que se alababan de haber ocultado crímenes en su confesión eran igualmente condenados á relajación.

Si el acusado convicto persistía en negar era condenado como impenitente (lo cual llevó al suplicio muchas víctimas porque se suponían convictos).

Cada vez que existía una semi-prueba contra el acusado que negaba su crimen se le sometía al tormento. Si en éste confesábase culpable y confirmaba luego su confesión era condenado como convicto y si se retractaba tenía que sufrir otra vez el tormento.

Se prohibía comunicar á los acusados la copia completa de las declaraciones de los testigos.

Los inquisidores estaban siempre presentes al tormento para escribir las declaraciones del acusado y podían interrogar por sí y ante sí á los testigos.

Se condenaba como hereje convicto á cualquiera acusado que no compareciese á la citación.

Probado por los libros ó por la conducta observada, que un sujeto, ya fallecido, había sido hereje se le condenaba como á tal, desenterrando su cadáver y se confiscaban todos sus bienes.

La jurisdicción de la Inquisición se extendía á los vasallos de los señores y éstos no podían poner obstáculo alguno.

Los hijos de los que habían perdido sus bienes por confiscación recibían, á título de limosna, una parte de dichos bienes.

—

Con semejantes leyes el acusado no podía defenderse debidamente, y los jueces, puestos en la alternativa de reconocer su inocencia ó sospechar de su

crimen, adoptaron siempre este último partido, pues no tenían necesidad de pruebas.

En 18 años que ejerció Torquemada su cometido perecieron en las llamas 10.220 personas. Se quemaron en efigie 6.860 y fueron condenadas á otras penas, á más de la confiscación de bienes, 97.371.

Entre los individuos quemados en efigie hubo á lo menos 4.000 que perecieron en los calabozos del Santo Oficio y cerca de 2.000 cuyos huesos habían sido exhumados; no queda por lo tanto más que un cortísimo número de los que escaparon de manos de la Inquisición. Resulta, pues, un total de 114.401 familias sumergidas en el oprobio y la miseria durante el ministerio inquisitorial de aquel fraile.

Todo esto despertó un general descontento y levantó enérgicas protestas al rey y al papa, y como no tuviesen resultado, los pueblos se aliaron contra la Inquisición.

En Zaragoza, los principales habitantes tramaron una conspiración contra el inquisidor Pedro Arbués, que se frustró.

Pero una noche fué sorprendido al pie del altar. No le valió la cota de malla. Dos días después, 17 Setiembre 1485, pereció de las heridas.

Esta muerte fué vengada de un modo espantoso.

Uno de los conjurados confesó en el tormento cuanto sabía, y en poco tiempo fueron inmoladas más de 200 personas por la más leve sospecha. Bastaba haber dado hospitalidad á un fugitivo para ser á lo menos condenado á la vergüenza de figurar en un auto de fe vestido con el disfraz ridículo llamado *Sambenito*. Los

principales autores del asesinato de Arbués fueron mutilados, después ahorcados, descuartizados y expuestos sus trozos en los caminos públicos.

Los inquisidores de las demás provincias se portaron del mismo modo, y tan excesivo rigor hizo emigrar á más de 100.000 familias y exportar muchos millones de duros en provecho de la corte romana, que seguía vendiendo bulas de absolución.

Como la Inquisición se apoderaba de los bienes de los condenados y de sus familias é imponía frecuentes y crecidas multas, se hizo poderosa; pero las dilapidaciones, la mala administración y el ejército de satélites y espías que mantenía, agotaba sus fondos. Pensaron entonces que los judíos guardaban mucho dinero y determinaron alejar las personas y quedarse con sus riquezas. De aquí la expulsión de la raza judía.

A consecuencia del rigor que desplegó el inquisidor general de Córdoba D. R. Lucero, se rebelaron los moriscos, dando graves inquietudes á los reyes católicos y éstos decretaron en 12 de Febrero de 1502 la expulsión en el término de tres meses, con lo cual pasaron al Africa gran número de familias.

La Inquisición diezmaba así á España por todos los medios posibles y le arrebató en pocos años más de tres millones de habitantes, y aun después el inquisidor Deza propuso al rey la expulsión de gran número de judíos extranjeros, que se habían instalado aquí.

Reinando Felipe III, el arzobispo de Valencia Juan de Ribera manifestó al rey que era imposible obtener la verdadera conversión de los moriscos del país, por la terquedad en que estaban y que era de temer que





turbasen algún día la tranquilidad, auxiliados por los moros de Africa. Por más que algunas personas expusieron al rey los motivos que había para que no se expulsasen, no lo consiguieron y antes de Setiembre de 1609, emigraron los de Valencia y al año siguiente los de las demás provincias, perdiendo España más de un millón de habitantes útiles y laboriosos.

—

Cuando las ideas de Lutero se extendían por Europa la Inquisición en España tomó enérgicas medidas para impedir la introducción de aquéllas, imponiendo á todo católico la obligación, so pena de pecado mortal y excomunión mayor, de declarar si conocía á alguien que proclamase doctrinas protestantes, ó que hubiese salido del reino para ir á abrazar el luteranismo.

Respecto á las costumbres de este cruel tribunal, la descripción de los tormentos y detalles que acompañaban á la instrucción del proceso y á la ejecución de las sentencias, remito al lector á que consulte con autores que han escrito sobre esta materia. No puedo aquí hacer más que seguir la historia de esa institución considerada como un poderoso elemento de retroceso para la civilización.

—

En España la Inquisición se enseñoreó cuanto quiso hasta el reinado de Felipe V inclusive, por que en éste se cuentan 792 autos de fe, en los que figuraron 11.480 individuos de ambos sexos, de los cuales fueron quemados vivos 1.600. Mas los progresos de la filosofía, el establecimiento de periódicos y academias que fomentaron la ilustración y las disposiciones del Concordato de 1737 contribuyeron á

mejorar la situación. Empezáronse á admitir como juiciosas gran número de ideas que la ignorancia y superstición habían acusado como impías y antirreligiosas y hasta en Roma se sostenían las ideas de Galileo.

Reinando Felipe VI, el Santo Oficio perdió mucho de su crueldad, y aunque no derogó su código inhumano, no lo aplicaba con tanta frecuencia; los acusados eran puestos en libertad después de haber cumplido una leve penitencia secreta. En 43 años que reinaron los dos hijos de Felipe, solo 14 fueron condenados á muerte. Doctrinas opuestas á las ideas ultramontanas empezaron á ser admitidas en España.

Reinando Carlos III (en 1769) fueron expulsados los jesuitas y como muchos de éstos, que no se contaban como jesuitas, seguían formando el personal de la Inquisición, persiguieron á los que habían contribuído á aquella medida, resultando que personas de alta clase se vieron en las garras de aquel tribunal acusados de filósofos y de jansenistas.

Carlos IV contribuyó á la ilustración del pueblo aconsejado por el marqués de la Ronda, y en 20 años de reinado se vieron aparecer hombres notables. Pero la revolución francesa asustó y obligó á tomar medidas de represión al ministerio español. Mandóse al Inquisidor general apoderarse de libros y periódicos franceses y se suprimieron las cátedras de derecho natural. Se delató al que simpatizaba con las ideas modernas y fueron denunciadas muchas personas, especialmente estudiantes que decían:

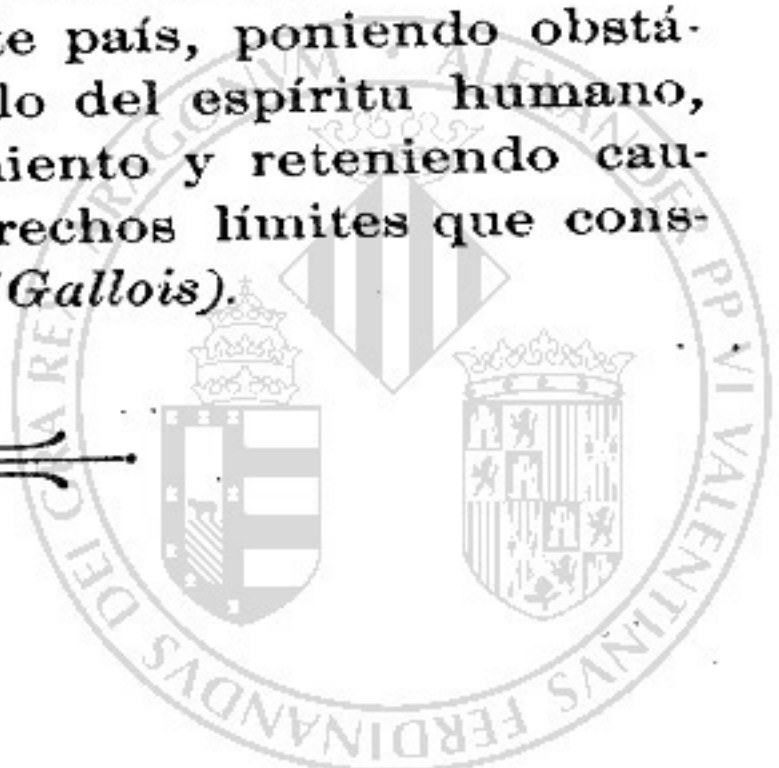
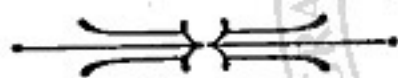
«Una vez abolida la santa hermandad, la posteri-

dad pondrá las crueldades de la Inquisición en el número de los efectos perniciosos, de los crímenes que la ignorancia enjendra, que la civilización destruye y que un buen gobierno puede hacer olvidar.»—(*Gallois*).

En 1805 la Inquisición de Zaragoza condenó á un cura que había emitido y defendido ideas ó proposiciones condenadas por la Iglesia, y habiendo muerto por enfermedad, en los calabozos, el consejo de la Suprema se opuso á que continuase el proceso y fuese quemado en estatua. Este fué, puede decirse, el último reo de muerte del Santo Oficio.

Cuando las tropas de Napoleón I invadieron la península la Inquisición estaba casi abolida. El emperador, sin embargo, en 4 de Diciembre de 1808, en Chamartín (Madrid), decretó la supresión, mandando hacer un auto de fe con muchos de los procesos que se guardaban archivados.

No faltó quien se opuso á estas medidas, pero «las Cortes de Cádiz creyeron deber á la nación española la supresión de una manera expresa y formal, de una bárbara institución que tan poderosamente contribuiera á todos los males de este país, poniendo obstáculos insuperables al desarrollo del espíritu humano, persiguiendo hasta el pensamiento y reteniendo cautiva la civilización en los estrechos límites que constantemente le impusiera.»—(*Gallois*).



## PROCESOS NOTABLES

---

Coronamos de flores la tumba de los grandes y aventamos las cenizas de los malvados, aun cuando el ser criminal ó héroe dependa de una condición del organismo.

*Tammeo.*

La masa suele ser plástica, sencilla, inestable, fácil de manejar, crédula, dúctil y maleable: el que la mete en el troquel de una fe cualquiera, la saca acuñada para siglos.

*J. Escuder. (Plus-Ultra).*

La religión por fuerza, no es religión; es necesario persuadir, no obligar.

*Lactancio (Libro III).*

**J**UAN HUSS, rector de la Universidad de Praga, había negado la autoridad del Papa y atacado los vicios del clero, adoptando las doctrinas de Juan Wicleff.

Obrando en todo de acuerdo con su discípulo Gerónimo de Praga, fueron ambos excomulgados por el papa Alejandro V.

Reunióse un concilio en Constanza.

Juan Huss, provisto de un salvo conducto del emperador, comparece en 6 de Julio de 1415 y no se retracta de sus opiniones. Pero el tribunal se apodera de su persona y lo degradan poniéndole una mitra de

papel con diablos pintados y un letrero que dice *Heresiarca*.

Entregado al magistrado de Constanza le hacen pasar, ridículamente disfrazado, por delante del palacio episcopal para que viese arder sus libros y le conducen al lugar del suplicio.

El reo, enfurecido, grita que no le condenan por hereje sino por injusticias de sus enemigos.

Puesto en el potro y preparada la hoguera, el elector Palatino y el mariscal del Imperio le exhortan á que se retracte, pero todo es en vano.

La hoguera se enciende y las llamas le sofocan.

Ningún filósofo, dice E. Silvio, sufrió jamás la muerte con tanta resignación y constancia.

Sus cenizas fueron arrojadas al Rhin.

De más está decir que Gerónimo de Praga sufrió igual suerte que su maestro.

«La doctrina de los hussitas tenía sectarios en Bohemia y la muerte de sus jefes exasperó de tal manera á los bohemios, que se sublevaron con el nombre de Taboritos al frente del intrépido Ziska, robando los monasterios, degollando á los sacerdotes y destruyendo los templos de los católicos.

Tres ejércitos enviados por Segismundo fueron derrotados y no se sometieron sino después de una amnistía general y de confirmar las concesiones que se habían hecho á los rebeldes.»—(F. de Castro).

En 1566, Antonio Palearis, sabio y célebre por sus escritos, fué también condenado al fuego por el papa Pío V (que había sido dominico inquisidor), por haber hablado mal de la Inquisición.

Igual suerte le cupo á Carsenechi, grande amigo de los Médicis, por confesar que había tenido amistad y trato con los herejes de Alemania.

Pío V fué el que mandó encerrar á las prostitutas para que no fuesen vistas de noche ni de día por la ciudad y prohibió el espectáculo de las fieras en el circo *como una cosa indigna de la piedad cristiana*. Ya veis si era *pío*.

Giordano Bruno, que nació en Italia siete años después de la muerte de Copérnico, fué religioso dominico, pero hombre reflexivo y estudioso. No tardó en convencerse de que donde quiera que iba hallaba el excepcionalismo oculto bajo la capa de la hipocresía y que no había que batallar contra la creencia de los hombres sino contra sus pretendidas creencias.

Consideraba el universo como infinito ó incommensurable, creía en la pluralidad de mundos habitados y en la redondez de la tierra y defendió el sistema de Copérnico. Dios era para él la grande unidad que se desarrollaba en el mundo y en la humanidad. Escribió obras notables que revelan su gran talento.

Como no se cuidaba de ocultar sus opiniones fué perseguido y obligado á refugiarse en Suiza, en Francia, en Inglaterra y en Alemania, y por fin en Venecia, donde en 1598 fué preso por la Inquisición y encerrado por seis años, sin libros, papeles, ni amigos.

Trasladado por orden de las autoridades eclesiásticas á las prisiones de la Inquisición en Roma, después de dos años fué presentado ante los jueces, declarado culpable y excomulgado.

No quiso retractarse y dijo á sus jueces:

—«Quizá teméis más dictar mi sentencia que yo escucharla.»

Fué entregado al brazo secular para ser castigado *tan misericordiosamente como fuera posible y sin derramar sangre...*

Y efectivamente, sin casi hacerle daño... fué quemado vivo el 16 de Febrero de 1600.

Draper, en su obra fechada en Nueva-York en Diciembre de 1873, termina esta historia diciendo:

«Tal vez se aproxima el día en que la posteridad ofrecerá una expiación por este gran crimen eclesiástico y una estatua á Bruno se descubrirá bajo la cúpula de San Pedro en Roma.»

El vaticinio se ha cumplido el día 9 de Junio de 1889.

Si Copérnico se libró de las garras de la Inquisición fué porque era hombre prudente, desconfiado. Comprendía la época en que vivía y opinaba que no es necesario entregarse al martirio. Como era canónigo conocía y temía á la Iglesia.

No fué así el toscano Galileo, cuyo celo por la ciencia y su entusiasmo por divulgar las verdades y portentosos descubrimientos que hiciera le ocasionaron serios disgustos.

Un fraile dominico atacó desde el púlpito á los copernicanos y particularmente á Galileo. En 1616 la Congregación del Indice prohibió sus libros y le amonestó secretamente, y el papa Urbano VIII lo entregó á la Inquisición.

El padre Lancio fué á buscarle y le llevó en su carroza al palacio del Santo Oficio.

Por el camino trabóse conversación sobre el movimiento de la tierra. Galileo le explicaba en qué consistía y las pruebas matemáticas en que estaba fundado, y el fraile manifestando grandes deseos de que disculpase el escándalo que esto había producido en toda Italia, añadía: *Terra autem in æternum stabit, quia terra autem in æternum stat.*»

Llegados al palacio, Galileo fué presentado al asesor monseñor Vitrici y después de un prolijo examen quedó preso. Algunos días después se le condujo á la iglesia de la Minerva delante de los cardenales y los preladados de la congregación para leerle la sentencia que contiene la prohibición de su libro y le condena á permanecer preso por orden de su Santidad. Además se le obligó á pronunciar de rodillas su retractación:

«Declaro que he sido juzgado por sospechoso de herejía por haber sostenido que el sol era el centro del mundo y se halla inmóvil y que la tierra no era el centro y se movía. Abjuro, maldigo y detesto los mencionados errores.»

Preso en su casa de Arcetri, cerca de Florencia, sus últimos años fueron angustiosos: se quedó ciego, perdió una de sus hijas y todo contribuyó á que su carácter se tornase taciturno y desagradable, hasta que murió en 8 de Enero de 1642.

El napolitano Vanini, estudió filosofía, teología y medicina, publicando algunas obras. Creía el mundo eterno y enseñaba que el movimiento en el universo no puede provenir de una voluntad inteligente, sino que procede de la ciencia misma de la materia. Viajó por Alemania, Países Bajos, Inglaterra y Francia. Fué



preso en Tolosa por la Inquisición y condenado como ateo (1619). Le cortaron la lengua, le ahorcaron y después fué quemado.

—

Tomás Campanella, que puede considerarse como el precursor de Bacon y Descartes, combatió la filosofía de Aristóteles. Era fraile dominico. Manifestó en todas partes un odio profundo á la tiranía y atacó las preocupaciones teológicas y filosóficas de su época.

Esto le valió el estar preso 27 años.

Su dilatado y atroz cautiverio conmovió al mismo papa Paulo V, que en vano solicitó el perdón.

El mismo Campanella nos cuenta sus martirios:

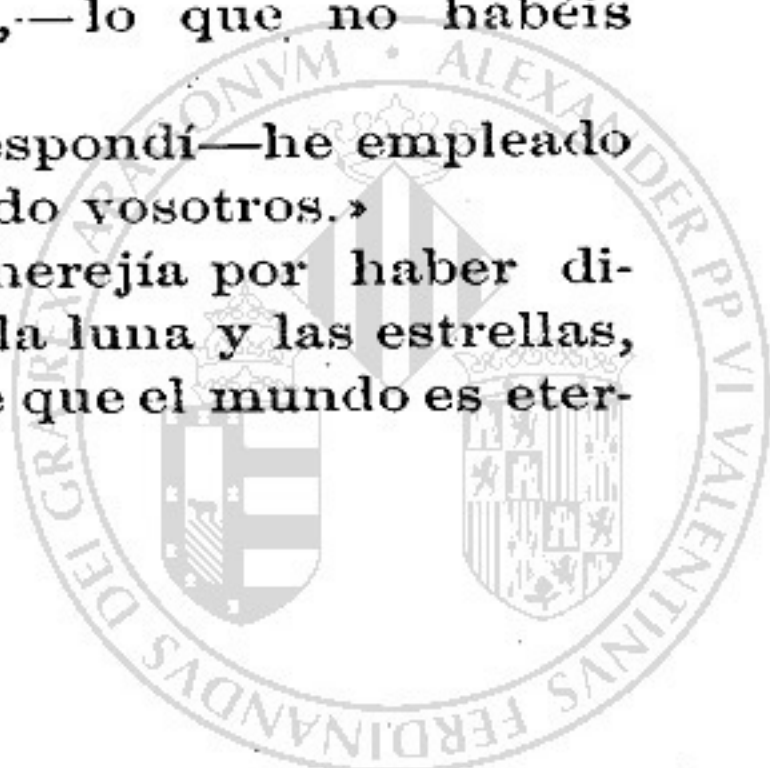
«He estado encerrado en cincuenta calabozos y sometido siete veces á los más horribles tormentos. La última vez duró la prueba 40 horas. Amarrado con cuerdas muy apretadas que me rompían los huesos; colgado con las manos detrás de la espalda, encima de una punta aguzada de madera, que me ha arrancado la décima sexta parte de mi carne y me ha hecho verter diez libras de sangre, curando por milagro. Después de seis meses de enfermedad me arrojaron en un subterráneo.

—¿Cómo sabéis—me decían,—lo que no habéis aprendido nunca?

—Para aprender lo que sé—respondí—he empleado más aceite que vino habéis bebido vosotros.»

Se le acusó de rebelión y de herejía por haber dicho que hay manchas en el sol, la luna y las estrellas, contra lo que dice Aristóteles de que el mundo es eterno é incorruptible.

—



Francisco López de Villalobos, nació en 1474; era hijo de un médico de Castilla y otros le creen nacido en Toledo; fué médico de cámara, escritor latino y español y poeta distinguido, alcanzando gran fama y crédito en Madrid, lo que no impidió que la Inquisición le encerrase en sus cárceles por 80 días.

En una carta que en Octubre de 1544 remitió al obispo de Plasencia (D. Cosme de Toledo), se leen estas frases:

«...fuí blanco de las críticas de los curiales del rey y aunque su médico, dí lugar á fábulas y rumores del vulgo... en términos de llamarme mago, dado á maleficios y encantador.

«...fuí preso por su mandato y metido en las cárceles inquisitoriales y custodiado con toda precaución, no sin grande dolor de mi querida esposa... Unos decían que yo era el demonio y el familiar fundaba su esperanza en el anillo que consigo llevaba; otros decían que yo tenía un demonio familiar que me dominaba para hacer malos oficios; otros decían que yo era adivino; otros, en fin, afirmaban que tenía el poder de ligar y desligar las mujeres y llevarlas conmigo de noche.»

A los 70 años de edad se retiró de Madrid, del mundo, lleno de amarguras y decepciones. Tubo que salir de Madrid y huir de la sociedad.

D. Fernando de Aragón, fué médico del papa León X, y lo hubiera pasado mal si este papa no hubiese expedido unos breves (Julio 1519) al tribunal de la Inquisición, inhibiéndoles de varias causas, y una de ellas la del citado médico.

D. Eugenio de Torralba, de un pueblo de la provincia de Cuenca, viajó por Italia y varias ciudades de Francia, España y Turquía; fué médico del cardenal Soderini y trató á los personajes más eminentes de Roma.

Se dió á la quiromancia que le preocupó, y le produjo alucinaciones. Entre varias cosas que dijo acertó con la del sitio y saqueo de Roma y la pérdida y derrota de D. García de Toledo.

En 1528 fué preso por la Inquisición de Cuenca, á la que confesó tener un familiar ó demonio. Le dieron tormento para que prestase detalles.

Estuvo preso tres años y condenado como hereje á hacer abjuración, á renunciar al convenio del demonio, á llevar el Sambenito y á vivir por algún tiempo en las cárceles de la Iglesia.

Hay quien duda si sería más que un loco un hombre extraordinario que tuvo que envolver con el manto de la locura su profundo saber y conocimiento de la política europea.

En 1557 se descubrió en Sevilla una secta protestante y fueron perseguidos y sentenciados muchos individuos. Entre ellos el médico D. Cristóbal Losada, el cual fué discípulo del doctor Egidio. Este tal tenía un amigo, de cuya hija se enamoró Losada, pero no quiso el padre dársela en matrimonio, sino á condición de que se hiciera protestante. Escondíanse éstos en cuevas, el doctor fué declarado pastor, pero descubierto por la Inquisición fué preso, y habiendo confesado ingénuamente su religión experimentó primero la acerbidad de la cárcel y de los tormentos, lue-

go la ignominia del triunfo y por último el suplicio de la hoguera.

Juan de Nicholas y Sacharles, nació en Cataluña en la segunda mitad del siglo XVI.

Profesó de fraile de San Jerónimo y fué bibliotecario del monasterio del Escorial, en donde habiendo leído un libro (*Dos tratados*) empezó á tener dudas sobre los dogmas del cristianismo.

A los 26 años de edad conocía el latín y el griego, retórica y poética, lógica y filosofía, estudió la teología y las Escrituras y se hizo médico.

Disgustado de la religión que profesaba huyó á Montpellier y se dedicó al ejercicio de la medicina.

Allí se agregó á una iglesia protestante.

Habiéndolo sabido su padre fué á Montpellier á disuadirlo y hacerle regresar á su país, mas no pudo conseguirlo.

Nicholas tuvo que huir á Inglaterra porque le amenazaban de muerte, y en Londres le aconteció lo siguiente:

Un sujeto desconocido le llevó una noche á una casa para que viese á una enferma. Allí cenaron: después salieron fingiendo aquél que le acompañaba para defenderle; mas cuando se vió en sitio solitario le acometió á puñaladas, dejándole por muerto.

Hubiese perecido si por casualidad el doctor Mayern, médico del rey, no le hubiese socorrido y curado.

¿Quién fué el asesino?

El mismo médico nos lo dá á entender. Era una

persona de bastante instrucción, pues cuando terminaron la cena dió las gracias en latín.

Diego Mateo López Zapata, nació en Murcia en 1666. Estudió filosofía en Valencia y medicina en Alcalá. Muy joven escribió un célebre libro refutando á otro de Gazola en que censuraba á los médicos españoles. Se granjeó gran fama y tras ésta la envidia.

Y sea por este ó por otro motivo la Inquisición se apoderó de él y le encerró en la cárcel de Cuenca, saliendo en Enero de 1725, mediante sentencia que dice:

«Diego M. López Zapata, natural de Murcia, de profesión médico en Madrid, de edad de 59 años, salió al auto con vela en la mano y Sambenito de media aspa; se le leyó su sentencia con méritos, abjuró la vehemente sospecha en Judaizante, de que resultó sospechoso y fué absuelto *ad cautelam*. Advertido, reprendido y conminado, y condenado en el perdimiento de la mitad de sus bienes y en un año de cárcel de penitencia, y que durante él fuese entregado á una persona docta y religiosa que lo instruyese y fortificase en los misterios de nuestra santa fe y confesarse y comulgarse las tres pascuas del año, y fuese desterrado de Cuenca y Madrid por tiempo de diez años y veinte leguas en contorno.»—(*Acuña*, pág. 51).

Pero Zapata volvió á Madrid con gran descontento de sus enemigos envidiosos y obtuvo del rey licencia para ejercer, y aún fundó en Sevilla la Real Sociedad Médico Química.

Murió antes de 1745 en que se publicó su obra póstuma *Ocaso*.

Poco antes de la Revolución Francesa fué preso en Madrid por los familiares del Santo Oficio, Juan Pérez, natural de aquella villa, acusado de haber dicho en algunas conversaciones particulares que no había demonios, ni espíritus capaces de apoderarse de las almas.

Comparecido ante el tribunal se expresó en estos términos:

—«Había experimentado tan gran número de desdichas en mi persona, en mi familia, en mis bienes y negocios, que en un momento de desesperación llamé al demonio para que me vengase de algunas personas que me habían ofendido, y como no se me apareció, por más que le llamaba, acudí á un pobre hombre que pasaba por brujo y que me llevó á casa de una mujer que dijo era más hábil que él en el arte de brujería.

»Esta mujer me aconsejó que fuese á las Vistillas de San Francisco por la noche y allí á grandes voces llamase á Lucifer, renegando de Dios y de la religión cristiana y ofreciéndole mi alma.

»Por tres noches consecutivas lo hice, pero no se me apareció el demonio.

»Entonces me aconsejó que me quitase el rosario, el escapulario y demás signos de cristiano que yo solía llevar encima; que con toda el alma renunciase á la ley de Dios para abrazar el partido de Lucifer, cuya divinidad y poder reconocía como superiores á Dios y que repitiese tres noches consecutivas la invocación en las colinas de las Vistillas.

»Lo hice así, pero no se me apareció ningún demonio.

»Me encargó que con mi propia sangre escribiese en un papel que me comprometía á entregar mi alma á Lucifer, como señor y soberano mío, y que, teniendo en la mano el papel, repitiese aquellas palabras.

»Lo hice tal como me lo mandó, pero siempre en vano.

»Entonces me hice la siguiente reflexión:

»Si no he visto á los demonios es porque no existen y el brujo y la bruja son unos embusteros, impostores y charlatanes.»

El acusado añadió, que aunque convencido de ello estaba pronto á detestar de buena fe el error y á recibir la absolución, haciendo la penitencia que le fuese impuesta.

Entonces, el tribunal declaró que las razones aducidas no probaban que no existían demonios, sino que éstos no habían comparecido al llamamiento y es porque á veces Dios lo prohíbe con el objeto de recompensar algunas obras buenas.

En su consecuencia, Juan Pérez fué condenado á un año de prisión; á confesar y comulgar mientras viviese, por las fiestas de Pascua, Navidad y Pentecostés, bajo la dirección de un sacerdote que se le daría por director espiritual; á rezar una parte de rosario y hacer actos de fe, esperanza y caridad, y de contrición todos los días, y á ser vigilado.—(Véase *Gallois*).

Entre los numerosos procesos intentados en el reinado de Carlos IV en España, es notable el del marsellés Miguel des Rieux, llamado el *Hombre de la naturaleza*.

Prendido como hereje fué encerrado en los calabozos del Santo Oficio en 1791.

Era un hombre instruído, que declaró de buena fe que la lectura de las obras de Voltaire y Rousseau y otros filósofos le habían hecho creer que no había religión más segura que la natural y que todas las demás eran invenciones de los hombres; que jamás se había propuesto en sus estudios otra cosa que hallar la verdad y que estaba pronto á dejar la religión natural para abrazar la católica, si alguien le probaba que estaba en el error.

Un obispo elocuente entabló con des Rieux discusiones razonadas que tuvieron por consecuencia la convicción y deseo de reconciliarse con la Iglesia, y como no se trataba de un hereje obstinado, el tribunal de la Inquisición consintió secretamente su perdón.

Una mañana fué el reo sorprendido al ver entrar en su calabozo varios familiares que le mandaron vestirse el Sambenito que le traían, dejarse atar una cuerda de retama é ir con un blandón de cera verde en la mano á oír la lectura de su sentencia en la sala de las audiencias.

El infeliz se horroriza ante aquel espectáculo, mas luego se irrita y exalta, no cediendo sino á la fuerza.

Apenas aparece á la puerta de la sala ve la numerosa concurrencia que le espera para presenciar el auto de fe; pierde su sangre fría y en un arrebatado de coraje contra la barbarie de los inquisidores les apostrofa de este modo:

—Si es verdad que la religión católica ordena hacer lo que vosotros hacéis, digo y repito que la detesto y



abomino, porque es imposible que sea verdadera la religión que deshonra á los hombres de buena fe.

Entonces lo cogieron y condujeron al calabozo, donde enfurecido no cesaba de pedir que lo llevaran á la hoguera. Por fin, agotadas sus fuerzas, y creyendo que tardaban sus verdugos, se tragó un pedazo de tela para asfixiarse mejor y se ahorcó.

—

Numerosos son los procesos notables de la Inquisición en España, en donde puede decirse extinguió todos los hombres á quienes la naturaleza dotó de más honradez y lealtad; de más actividad cerebral, dejando sólo los tontos ó los hipócritas. La preponderancia de las ideas místicas llegó á producir una epidemia de monomanías. Todos se creían poseídos del demonio y se sometían anonadados al tribunal, que se ensañaba con aquellos infelices vesánicos en vez de curarles. El mismo rey Carlos II fué uno de ellos. Los detalles de estos procedimientos judiciales en averiguación de la persona que diera el maleficio, del modo cómo entró en el cuerpo humano el espíritu satánico y los efectos que producía, cosas son que harían reir al hombre más serio y formal si en el fondo de este asunto no se viese con amargura profunda, con qué facilidad la inteligencia humana se desvía del camino de la verdad.

Terminaré esta serie con otro proceso que en Valencia, en estos últimos años se trajo á la memoria, á instancias de algunos entusiastas librepensadores; que dió motivo á la construcción de una artística y costosa plancha en bronce, que se intentó colocar en una calle á la que debía darse el nombre de Ripoll; y pro-

vocó sesiones en el Consistorio, en las que se despertó el espíritu de partido, teniendo al fin que apagarse aquel ardor y dejar las cosas como estaban.

Cayetano Ripoll Pla, nació en Solsona el 22 de Febrero de 1778; fué educado en Barcelona, estudió teología, fué miliciano nacional y por circunstancias especiales se vió obligado á establecerse el año 1823 en la huerta de Valencia, habitando una pobre barraca, camino de Pinedo (hoy alquería del Curro), en la que, á expensas de los vecinos de la partida del Perú, se había constituido una escuela de niños, dirigida por Ripoll, que además se dedicaba á ir por las casas de los labriegos dando lecciones de lectura y escritura.

Era el maestro alto y de buenas formas, de fisonomía inteligente y bondadosa. Llevaba barba negra y el cabello largo, á la romana, conforme lo llevaban algunos masones, por lo cual le llamaban el *Polserut* y se hizo sospechoso de librepensador.

Su fortuna y condición social pueden calcularse con decir que todos los días acudía á casa de una lavandera, Mariana Gabino Sánchez, que le proporcionaba un plato de sopas caliente, ó de arroz, que formaba la base de su alimentación, no probando, por delicadeza, la carne que algunas veces le ofrecía su bienhechora.

Su honradez y probidad eran bien conocidas: siempre estaba aconsejando á sus niños que no tomasen nada ajeno y no hicieran daño á nadie; pero que al entrar en la escuela no cantasen *Ave María Purísima*, sino que saludasen con un *Alabado sea Dios*.

Ripoll repugnaba asistir á la misa, y habiendo llegado á noticias de la autoridad eclesiástica, ésta orde-

nó al alcalde (*loc-tinent*) que, atado codo con codo, lo llevasen los días festivos á la iglesia.

Por esto, sin duda, el pobre maestro vivía en un completo aislamiento, pues sólo frecuentaba la mencionada casa y la de un tal José Vivó (el *Arroser*) que estaba situada junto al Valladar, y en donde solía pasar las veladas.

Allí se encontraba muy tranquilo Ripoll, cuando una noche, el 8 de Octubre de 1824, se presentó el alcalde de barrio con su ronda, y por orden de la Junta de la Fe, le prendieron y llevaron á la cárcel.

La Junta de la Fe era un tribunal puramente eclesiástico. Estaba ilegalmente constituída, pues representaba la Inquisición, abolida ya por las leyes, y el rey no tenía noticia de esto. Mas estaba presidida por el arzobispo D. Simón López, su fiscal era don Juan B. Falcó, su secretario D. José Royo, y actuaba como vocal el que fué inquisidor de Valencia don Miguel Torranzo.

Pues, á pesar de todo, Ripoll fué encerrado en las cárceles de San Narciso, donde permaneció veintidós meses, y por cierto que los primeros días debió sufrir hambre, según se cuenta.

«Lo que le valió primero á Ripoll la admiración de todos los presos fué la paciencia y la resignación con que sufrió el ayuno absoluto á que le condenó el tribunal de la Fe. No lo hicieron de propósito aquellos santos varones; pero como el tribunal no estaba públicamente reconocido y no tenía fondos, ni dispuso nada para que se atendiese al preso, nadie se ocupó de esto. Así pasaron los primeros días y aquel infeliz hubiera muerto de hambre, porque los que se preparaban el

placer de ahorcarle no pensaron en que para esto era preciso prolongarle la vida.

»El alcaide y los presos, cuando lo supieron, se movieron á piedad y le dieron lo necesario hasta que pudo participar del rancho de los demás. Después, como él era muy sobrio y estaba acostumbrado á dar parte de su comida á los pobres, repartía con los presos su ración, como pudiera repartirla un santo anacoreta, dándosela entera un día y no comiendo él más que pan.

»Pero el pan que les daba todos los días era el de la instrucción, enseñándoles á leer y escribir y las nociones más elementales de moral cristiana.

»Que él lo intentara se comprende, pero que lo consiguiera, tratando con malhechores sumidos en la ignorancia y en los vicios, es acaso la prueba mayor que puede darse del poder irresistible de la virtud y la inteligencia.»—(S. Olózaga, *Estudios sobre elocuencia, política, etc.*)

Ripoll, durante su larga permanencia, en medio de criminales que le respetaban y querían, y visitado por clérigos y personas importunas, que le hacían mil extravagantes reflexiones, dió á conocer su resignación y virtudes.

El arzobispo López, se empeñó en hacerle besar unas estampitas cuando ya estaba en la capilla de los sentenciados á muerte.

—¿De modo que usted no cree?—le dijo el prelado al ver su tenacidad.

—No creo—contestó Ripoll,—más que en la existencia de un Sér Supremo.

El arzobispo salió despechado de la capilla.

En la mañana del día 31 de Julio de 1826, vistieron al maestro con hopa negra, y como el verdugo le hacía daño al atarle con toda su fuerza las muñecas, le dijo:

—Por Dios, hermano, no tan fuerte.

Y el bárbaro le respondió:

—Más mereces, perro.

Montado en una burra, salió por las calles de Serranos, Caballeros y Bolsería, en las que se habían cubierto todos los retablos de santos y quitado las cruces, y llegado al Mercado, al sitio donde estaba la horca, que no se quitaba nunca, se le acercó un sacerdote y le dijo:

—Aun es tiempo para salvar su cuerpo y su alma.

—Que se cumpla la sentencia—contestó con entereza el maestro.

Subió la escalera y en el último peldaño se detuvo un momento, miró al cielo y dirigiéndose al verdugo:

—Ahora cumple con tu deber—le dice, y su cuerpo se lanzó al espacio...

Murió casi instantáneamente, quedándose con el rostro pálido y natural, contra lo que esperaban aquellos centenares de frailes y estúpidos que presenciaban aquella repugnante é inhumana escena... aquel asesinato.

Debajo de la horca habían colocado un tonel cubierto con pinturas que representaban entre llamas sapos y culebras. Allí metieron el cadáver y después lo arrojaron al Turia, donde permaneció todo el día, y los hermanos de la Paz y Caridad se lo llevaron y le dieron sepultura en el barranco de Carraxet.

¿Cuál fué el crimen de Ripoll?

Yo creo que el criminal no era el maestro sino la

Junta de la Fe; lo era la sala del crimen, que nunca mejor podía ostentar este nombre, puesto que le dieron el proceso hecho y viciosamente tramitado, le exigieron una condena y tuvo la cobardía de formular el fallo á todas luces injusto; y por fin, criminal era aquel grupo de espectadores que sancionaba con su presencia y sin protesta la ejecución de un verdadero crimen.

Por eso la Europa indignada se levantó contra tan escandaloso hecho, y el hipócrita rey Fernando VII se disculpaba con la Junta de la Fe.

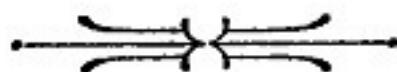
A Ripoll no se le oyó, ni admitió escrito de defensa, ni se le nombró abogado que lo hiciese. Animados de santo celo, aquellos señores se creyeron dispensados de prolongar la tramitación y se dieron gran prisa á terminarla. El 3 de Junio recibió los autos la sala; el 5 pasó al fiscal; el 8 dió su dictamen y pidió la fe de bautismo; el 12 se aprobó el dictamen; el 24 el alguacil presentó diez testigos que habían oído decir algo sobre las creencias del maestro; el 21 de Julio llegó la fe de bautismo; el 22 pasaron los autos al relator; el 27 se vieron y se dictó auto al fiscal; el 28 presentó el fiscal su dictamen, y el 29 se dictó sentencia conforme con este dictamen, en el que se leen estas palabras:

*«Una ley de Partida dice: «la heregía es grave delito, pues viene de él grande daño á la tierra, ca los hereges se trabajan siempre en corromper voluntades de los homes et de los poner en error.»—E si por ventura no se quisieren quitar de su porfía débenlos juzgar por hereges y darlos después á los juezes seglares et ellos débenles dar la pena (Partida 7.<sup>a</sup>)—El cristiano que se tornase judío mandamos que lo maten por ello, bien así como si se tor-*

*nase herege.—Debe ejecutarse en fuego de manera que muera.»*

Inspirado con estos textos dictados por el más obcecado fanatismo, el Sr. Calabuig, fiscal de S. M., pidió la pena de muerte, en vista de que Cayetano Ripoll resultó convicto de herejía, «pues habiendo nacido en el seno de la religión católica, de padres cristianos y sido bautizado, se aparta de su creencia y niega con la mayor terquedad y audacia sus principales artículos.»

Ya sabéis, pues, cual fué el crimen de Ripoll: la sinceridad.—(Véase *La Antorcha Valentina*, núm. 227).



## LAS CIENCIAS

---

Las ciencias y las artes han ilustrado las naciones tanto como las virtudes de sus héroes.

*Lakanal.*

Si supiesen los hombres qué cosa es saber, verían cómo vale más lo poco que sabe el sabio que lo mucho que tiene el rico.

*Marco Aurelio.*

Los preceptores de la sabiduría son los verdaderos luminares y legisladores del mundo, que sin su apoyo se sumergiría de nuevo en la ignorancia y la barbarie.

*Al-Mamun (califa de Bagdad).*

**G**RANDE, inmenso es el número de conocimientos que atesora la humanidad.

Después de largos siglos y á costa de continuados trabajos, de obstinadas luchas, de multiplicadas tentativas, de arriesgadas experiencias, de penosos viajes, de pacientes observaciones y, en fin, después de poner todos cuantos medios ha podido inventar la inteligencia del hombre, hemos llegado á saber un poco lo que es el mundo en que vivimos, y lo que es nuestra propia persona (el microcosmos).

Si quisiéramos hacer un inventario general, pasar



en revista todo ese conjunto de datos que constituyen el saber humano, formaríamos una extensa biblioteca, aprovechando la circunstancia de poder fijar sobre el papel las ideas, pero aun así, ¿sería completa esa biblioteca?

Y puesto que no es posible reunir ese número prodigioso de detalles y minuciosidades que brota á cada instante de todo cerebro inteligente; puesto que no es posible aglomerar los datos diseminados por toda la superficie de la tierra habitada, ni transportar á la época actual todo el saber de la antigüedad, mucho quizá perdido para siempre, contentémonos con agrupar los conocimientos que podamos reunir y que tengan cierta analogía, por su índole y naturaleza.

Habremos formado las ciencias.

Pero así como un conjunto ó acumulación de materiales, de cualquier modo puestos, no forman un edificio si estos materiales no se hallan colocados convenientemente y obedeciendo á un plan preconcebido, así también un conjunto de datos ó conocimientos coleccionados al azar, sin orden ni concierto, no constituirán jamás una ciencia; pues en la forma y distribución ordenada, en el encadenamiento lógico de los principios, en el conjunto armónico de los conocimientos, consistirá la ciencia: bien entendido que los errores y noticias falsas, los embrollos y contradicciones, las inverosimilitudes y los absurdos jamás contribuirán á formar las ciencias, antes al contrario, como elemento perturbador, conspirarán á transtornar nuestras facultades intelectuales, á robar al hombre su más preciosa joya, á anonadarle, rebajando su condición para convertirle en bruto.

Escollo es este que hay que vencer: purgar á la ciencia de errores. Y para ello, siguiendo los consejos de Francisco Bacon, es preciso adoptar un riguroso procedimiento de estudio, porque «sólo hay ciencia en el conocimiento cierto y evidente del objeto necesario adquirido por medio de la demostración.»—*(Aristóteles)*.

«La ciencia nació con el hombre y se desenvolvió con las sociedades humanas; no es una función individual, es una función social que constituye el alma de la humanidad.»—*(Odón de Buen)*.

«La ciencia se crea, pero nunca está creada.»—*(Carnoy)*.

Las necesidades han creado las artes; las artes han producido las ciencias. Estas, desde el principio han progresado todas juntas, y durante su progreso ha habido una acción y reacción continua entre ellas; progreso de los hechos concretos á los hechos abstractos, y enseguida aplicación de los hechos abstractos á nuevos hechos concretos. Se han hecho aplicaciones de los principios científicos y se han creado nuevas artes y modificado las costumbres y la manera de vivir en sociedad.

La mayor parte de los descubrimientos han sido debidos á la casualidad, pero han recaído en personas dotadas de gran talento. «La casualidad no sonríe á quien la desea sino al que la merece.»—*(Duclaux)*.

«Apresurémonos, pues, á declarar que no hay recetas para hacer descubrimientos.»—*(S. Ramón Cajal)*.

«La ciencia es un conocimiento perfecto, actual ó explícito y cierto de alguna verdad ó proposición.»—*(Tomás de Aquino)*.

«Por ciencia entiendo el simbolismo artificial necesario para expresar las leyes y las propiedades del mundo, distinto de las apariencias actuales de las cosas que apreciamos á simple vista.»—(*A. Bain*).

«Las ciencias se apoyan en fundamentos incommovibles, en principios evidentísimos y en perennes bases que durarán lo que dure el hombre.»—(*Padre Zacarías Martínez*).

«Las ciencias, sean cuales fueren, siempre se formarán de hechos y de principios: aquéllos nos los dan la observación y la experiencia con el ejercicio de los sentidos y las facultades perceptivas, y éstos con el de las reflectivas. De ese círculo no se saldrá jamás, como nunca se ha salido.

Las industrias, sean cuales fueren, siempre se ejercerán con la fuerza física y la aplicación de varias materias y de los agentes naturales que sean fuerzas ó motores. Las aplicaciones variarán hasta el infinito: pero las facultades y los medios de realizarlas siempre serán las mismas en el fondo.»—(*P. Mata*).

No comprendiendo entre las ciencias, las profesiones y las artes, que son un conjunto de conocimientos tomados de varias ciencias y con un objeto práctico, es decir, para llenar ciertas y determinadas necesidades de la vida, consideraré las ciencias en abstracto y haré una ligera enumeración de las principales.

En realidad no debía haber más que una ciencia, pues todas ellas conspiran á un mismo fin: á la investigación y posesión de la verdad, al conocimiento del mundo. Pero la verdad tiene diferentes fases, diferentes puntos de vista; puede ser conocida por diferentes

medios, y esto constituye el carácter especial de cada ciencia y nos obliga á clasificarlas.

Además, hay que considerar que la verdad no se ha manifestado siempre de un modo instantáneo ó rápido, sino más bien con lentitud y trabajosamente.

«La ciencia de la Naturaleza tiende á la unidad: la época científica en que vivimos puede llamarse *de la gran síntesis*.»—(*Odón de Buen*).

«Si la unidad de la ciencia supone la unidad ideal del objeto del conocimiento, la diversidad de las ciencias supone á su vez la diversidad real de las especies de objetos cognoscibles.

El objeto de la ciencia es material, la cosa en que la ciencia se ocupa; ó es formal, la razón ó el aspecto bajo el cual la ciencia considera la cosa. De aquí se deduce que un mismo objeto podrá ser objeto de varias ciencias; y por el contrario, muchos objetos materiales podrán pertenecer á una misma ciencia.»—(*P. Vicent*).

Una ciencia se distingue de otra por su objeto formal.

Las consideraciones que preceden nos hacen comprender lo difícil que es clasificar las ciencias y marcarlas su propio terreno.

«Los que quieren fijar límites á las ciencias naturales, no saben lo que se dicen, porque una ciencia no tiene más límites que los que se traza á sí misma.»—(*L. Büchner*).

Las ciencias se han clasificado de diferentes modos, según que se ha tomado por base de la clasificación el objeto del estudio, ó el procedimiento emplea-

do para el estudio, ó el carácter, la naturaleza ó índole del asunto que va á estudiarse.

Se han dividido las ciencias en

1.º *Ciencias antropológicas*: Las que tratan del hombre. Fisiología, Psicología, Lógica, Filosofía, Metafísica, Literatura, Ciencias médicas, Ciencias sociales.

2.º *Ciencias cosmológicas*: Las que tratan del universo. Física, Química, Historia natural, Astronomía, Matemáticas, Ciencias técnicas ó aplicadas, como la Agricultura, Arquitectura, Minería, etc.

3.º *Teología*: Que no contiene más que un objeto de estudio, que es Dios.

Roberty hace cuatro grupos de las ciencias, que son los siguientes:

1.º *Ciencias intuitivas*: Las Matemáticas.

2.º *Ciencias de pura observación*: La Mecánica.

3.º *Ciencias de observación por experimentación*: La Física y la Química.

4.º *Ciencias de observación y estudio por comparación y clasificación*, ciencias descriptivas: Historia natural, Biología, Sociología.

H. Spenzer, clasifica las ciencias de este modo:

1.º *Ciencias abstractas*: Las Matemáticas y la Lógica. Tratan de las formas bajo las cuales los fenómenos se nos presentan. Son, como si dijéramos, la educación del raciocinio.

2.º *Ciencias abstracto-concretas*: La Mecánica, la Física y la Química. Tratan de los fenómenos estudiados en sus elementos. Son, como si dijéramos, la educación de los sentidos.

3.º *Ciencias concretas*: La Astronomía, Geología, Biología, Psicología, Sociología. Estudian un sér ó una

colección de seres análogos, tratan de los fenómenos estudiados en su conjunto. Son, como si dijéramos, aplicaciones de los anteriores.

Si en vez de hacer una clasificación por grupos, que se dividen y subdividen, hiciéramos una seriación gradual y sucesiva, veríamos un tránsito suave y natural de una ciencia á la que le sucede. Encontraríamos también una dependencia constante y una tendencia marcada de lo abstracto á lo concreto.

Esto es lo que ha hecho Augusto Comte, que divide las ciencias en abstractas y concretas.

Puede establecerse una gerarquía entre las ciencias cuyo principio fundamental es la generalidad decreciente y la complejidad creciente.

Por eso la primera ciencia (matemáticas) es la más general y la menos compleja. Y la última es la más compleja y la menos general.

Resulta, además, que si la primera ciencia, en virtud de su extremada simplicidad, no tiene necesidad de apoyarse en otras, las demás ciencias tienen necesidad para su desarrollo de principios fundamentales, que formen sus antecedentes; y así, una ciencia consecuente tiene siempre necesidad, para desarrollarse, de una ciencia antecedente.

Las Matemáticas, la Mecánica, la Astronomía, la Física, la Química y la Biología forman esta serie en cadena de ciencias, y para completarla Comte, á la Biología enlaza la Sociología, y con esta ciencia, modernamente creada, ha podido formar el ciclo completo del saber humano y construir el de las ideas generales ó filosóficas.

«Así, formado el edificio, comprende el conjunto de todas las leyes y fenómenos que son accesibles á nuestro estudio y observación, á excepción de los fenómenos de la historia y de las sociedades. La Sociología llena este vacío.

La historia, tal como se ha descrito, más bien que ciencia es un grupo de datos. Mientras no se demuestre cómo los acontecimientos se enlazan unos á otros, y por qué, y cómo derivan unos de otros para transformar las sociedades, no tendremos una verdadera teoría científica.

Empieza esta teoría con A. Comte cuando estableció que las sociedades se desarrollan siguiendo un sistema de concepciones primitivamente teológicas, después metafísicas y finalmente positivas; y que á medida que estas grandes concepciones se suceden unas á otras por modificaciones graduales, el estado social camina sucesivamente desde el salvajismo primitivo al régimen de castas, después á la organización greco-romana, después al sistema católico-feudal y, en fin, á la revolución moderna que prepara un nuevo orden de cosas en relación al estado cada vez más positivo de nociones generales.»—(*Littré*).

Es indudable que las clasificaciones han prestado grandes servicios á las ciencias y que cuando éstas abrazan multitud de objetos, es preciso valerse de un procedimiento cualquiera para la enumeración y estudio de los seres ó entidades comprendidas y es muy conveniente valerse de clasificaciones naturales, en las que basta saber el lugar que ocupa la entidad para darle los atributos que le corresponden.

Pero la naturaleza no ha querido las clasificaciones

y los artificios, tan solo ansiados por la mente humana, que siendo limitada tiene necesidad de estos medios para facilitar el estudio; y al aplicar á la práctica el procedimiento, se tropieza con dificultades, que estriban principalmente en que los seres clasificados no todos presentan caracteres marcados que indiquen el grupo á que pertenecen.

Parecía muy fácil clasificar los animales y se ha visto que los hay tan raros (para nosotros), que presentan caracteres de dos grupos. Cuando la paleontología vino á descubrir nuevas especies se vió que de un grupo á otro la naturaleza ha pasado sucesiva y gradualmente.

Si aplicamos este criterio, puramente evolucionista, á la clasificación de las ciencias veremos que de una á otra puede pasarse suavemente y que no son las ciencias entidades aisladas, independientes, sino partes de un todo, indeterminado.

Entonces haremos una serie en vez de una clasificación con divisiones y subdivisiones de mayor á menor, como se hace en la Historia natural, por tipos, clases, órdenes, familias, géneros, especies y variedades.

Hagamos primeramente dos grandes grupos: uno de las ciencias físicas, ó ciencias propiamente naturales, y otro de las ciencias morales, las que se refieren á los actos humanos.

Al estudiar cada uno de estos grupos científicos observaremos que los datos, hechos, principios, leyes y nociones que constituyen las ciencias, son comunes algunos de ellos á varias ciencias, que se enlazan entre sí, auxiliándose mutuamente; que otros tienen cierta





dependencia, hilación ó encadenamiento; y que algunos conocimientos guardan una prelación marcada, que es preciso colocarlos en cierto orden, de modo que vayan apareciendo sucesivamente y en tiempo oportuno, para su comprensión.

—  
*Primer grupo.*—CIENCIAS FÍSICAS.

Estudian los seres naturales tal como ellos son en sí; sus propiedades físicas, sus formas, su composición, y los fenómenos á que dan lugar desde el punto de vista físico.

Como estas ciencias no pueden estudiarse sin observar, pesar, medir, comparar y calcular, tienen por estudio preliminar las Matemáticas, que son como el lenguaje y la base de todas las ciencias físicas.

Las Matemáticas no necesitan otra ciencia en que apoyarse; pero no son tan espontáneas como á primera vista parece.

Si las leyes de la inteligencia se muestran, según las circunstancias, necesarias en algún modo es porque son análogas á las leyes de la naturaleza y dependientes de ciertas relaciones fijas. Por eso las Matemáticas están basadas en relaciones reales, palpables, objetivos, sin las que serían imposibles sus leyes. Y esta es la razón por la que la mayor parte de los matemáticos modernos cuentan á las Matemáticas en el número de las ciencias naturales y no en el de las filosóficas ó especulativas.

Las ideas de espacio, magnitud, extensión, altura, latitud y profundidad provienen de la experiencia de los sentidos y no existirían sin la percepción.

Si la matemática puede llamarse la lógica de la can-

tividad, la lógica merece, como quiere Brochard, ser llamada la matemática de la cualidad.

«La lógica, ciencia y arte, se distingue de las demás ciencias, porque en lugar de investigar, como las otras, la realidad de las cosas, tiene por objeto las leyes formales del pensamiento ó agente investigador, independiente de la realidad, á cuya investigación se aplica.

»De suerte que la lógica no es una ciencia real sino instrumental.

»Su objeto propio es el orden á que deben sujetarse los actos de nuestra razón, para que nos conduzcan al conocimiento de la verdad.

»He aquí porqué la lógica difiere de todas las demás ciencias y es su obligada antecesora.»—(*P. Antonio Vicent. Estudios Biológicos*).

«Las ciencias generales ó abstractas (Comte, Bain) explican á menudo los fenómenos de las ciencias complicadas y concretas.

»Una seriación jerárquica bien entendida de los conocimientos humanos representa un verdadero árbol genealógico.

»La lógica y las matemáticas asisten y cuasi generan á la física y la química, y éstas á su vez explican, y en parte producen, la biología y sus diferentes ramificaciones.»—(*S. Ramón Cajal*).

Las ciencias que se llaman físicas ó naturales son las siguientes:

1.º *Matemáticas*, que comprende la Aritmética, Álgebra y Geometría.

2.º Tras de las Matemáticas viene su aplicación más sencilla, la Mecánica, que estudia las fuerzas, pres-

cindiendo hasta cierto punto de los cuerpos en que se revelan. La primera aplicación que se hace á la realidad objetiva de las fuerzas es en la Astronomía.

3.º *Astronomía*, que se divide en Astronomía sideral y Astronomía planetaria ó de nuestro sistema solar.

4.º *Física*, que comprende la Mecánica (de sólidos, líquidos y gases), el estudio de las fuerzas moleculares y el del calor, luz, electricidad y magnetismo.

5.º *Química*, que se divide en inorgánica y orgánica. Hay también la Química biológica.

6.º *Mineralogía*, que forma parte de la Historia natural, pero como es el estudio de los seres inorgánicos, debe estudiarse después de la Física y Química y separada del estudio que sigue y al que debe preceder.

7.º *Geología*, es el estudio de la tierra considerada como cuerpo celeste y como un sér natural. Debe comprender la Geografía física y la Meteorología, que se halla en los tratados de Física y el estudio de la composición, disposición, historia y propiedades de las capas terrestres, etc.

8.º *Biología* ó estudio de los seres vivos. Comprende dos ciencias:

1.º La Botánica ó tratado de las plantas, en donde se estudia su anatomía, mejor dicho, morfología, su fisiología, su patología y distribución geográfica, y

2.º La Zoología que se ocupa de la morfología, fisiología, patología, etc., de los animales.

También debe agregársele á este grupo la Paleontología, ó estudio de los seres que han vivido en épocas remotas y cuyas especies ya no existen.

9.º *Antropología*. Es una rama de la Zoología; el

estudio del hombre considerado como un sér animado. En razón á la importancia que tiene para nosotros este estudio y de su extensión, debe formar una ciencia aparte y debe tener como precedentes las demás ciencias.

10. Al estudiar al hombre nos encontramos que una de las funciones más notables es la que tiene por asiento el cerebro. Nace de aquí la *Psicología* y la *Lógica* que estudian el alma y las propiedades del entendimiento humano.

El grupo de ciencias naturales ó físicas comprende las verdaderas ciencias; las más útiles al hombre; las que dan origen á las artes: forman una serie de conocimientos encadenados y proceden de lo abstracto á lo concreto, de lo simple á lo complicado, de lo conocido á lo desconocido.

—  
*Segundo grupo.*—CIENCIAS MORALES.

Estas son:

1.º *Lingüística*, estudio del idioma ó lenguaje. Comprende el arte de hablar y escribir el lenguaje patrio y el de los pueblos diferentes, tanto los modernos como los antiguos. La Retórica, la Filología, la Gramática general, que se estudia en la Lógica.

2.º *Historia*. Arqueología, Prehistoria.

3.º *Geografía política*, conocimiento de los diferentes estados en que actualmente se halla dividido el mundo, de los usos, costumbres, gobierno, riqueza, etc.

4.º *Estadística*. Aplicación de las Matemáticas á los actos humanos, ó fenómenos de la vida en el terreno de la medicina, de la higiene, de la política, de la economía, etc.

5.º *Economía política.* Ciencia que se ocupa de la producción, distribución y consumo de la riqueza pública.

6.º *Política y administración pública.* Son ciencias y artes que se ocupan de las reglas y principios para el régimen y gobierno de las naciones y de los medios y manera de subvenir á sus necesidades.

7.º *Derecho y Legislación.*

8.º *Moral.* Reglas y principios que rigen en el trato con nuestros semejantes.

9.º *Religiones.* Nociones sobre el modo y forma con que los diferentes pueblos adoran al Sér Supremo y especialmente en nuestro país.

10. *Teología ó Teodicea.* (tratado de Dios), natural y revelada.

Aquí terminan las ciencias morales. El espíritu humano no se ha contentado con rendir homenaje de agradecimiento, sumisión y respeto á un Sér Omnipotente é infinito, ha querido también conocerlo, estudiarlo, contemplarlo; ha creado la Teodicea, que es el conocimiento de Dios, de sus atributos y perfecciones.

De aquí no ha podido pasar. Las aspiraciones humanas no pueden ser mayores. ¡Han tropezado con el infinito!

La curiosidad del hombre, el deseo de saber más, el ánsia de saberlo todo, y hasta de saber más de lo que existe, ha tenido que detenerse ante el abismo!...

¡Pobre humanidad! ¡No quiere medir sus fuerzas!  
¡No quiere comprender su escaso poder!

—  
En la serie de ciencias morales hemos visto proceder de lo conocido á lo desconocido y hemos termina-

do en lo más abstracto que imaginar se pueda, en el estudio de lo inconmensurable, lo incognoscible.

Se da la mano este extremo con el principio que son las Matemáticas, y así todas las ciencias formarían un círculo, que podríamos llamar *círculo del saber*, recordando aquella imagen de la serpiente mordiéndose la cola, con lo cual los antiguos representaban emblemáticamente el infinito.

Pero las dos series de ciencias que hemos enumerado figuran dos serpientes que se muerden la cola una á otra. Forman un círculo compuesto de dos partes ó porciones, que se tocan mutuamente. Por eso las últimas ciencias físicas participan del carácter de las morales, que se refieren á los actos del hombre, carácter distintivo del segundo grupo y fundamental de esta clasificación.

Los actos del hombre empiezan á estudiarse en su lenguaje, que es lo primero que necesita para obrar, comunicar sus pensamientos: después en sus costumbres y sus hechos actuales y pasados y hasta en su porvenir.

Nada he dicho de la Filosofía. No la he señalado lugar entre las ciencias físicas ni morales. La filosofía no es ciencia como las demás: supone el conocimiento de todas, depende de todas y á todas apoya, une, enlaza y vigoriza. Débese colocar en el centro del círculo del saber, como el sol resplandeciente que arrastra á todos los planetas y á todos da luz, calor, movimiento y vida.

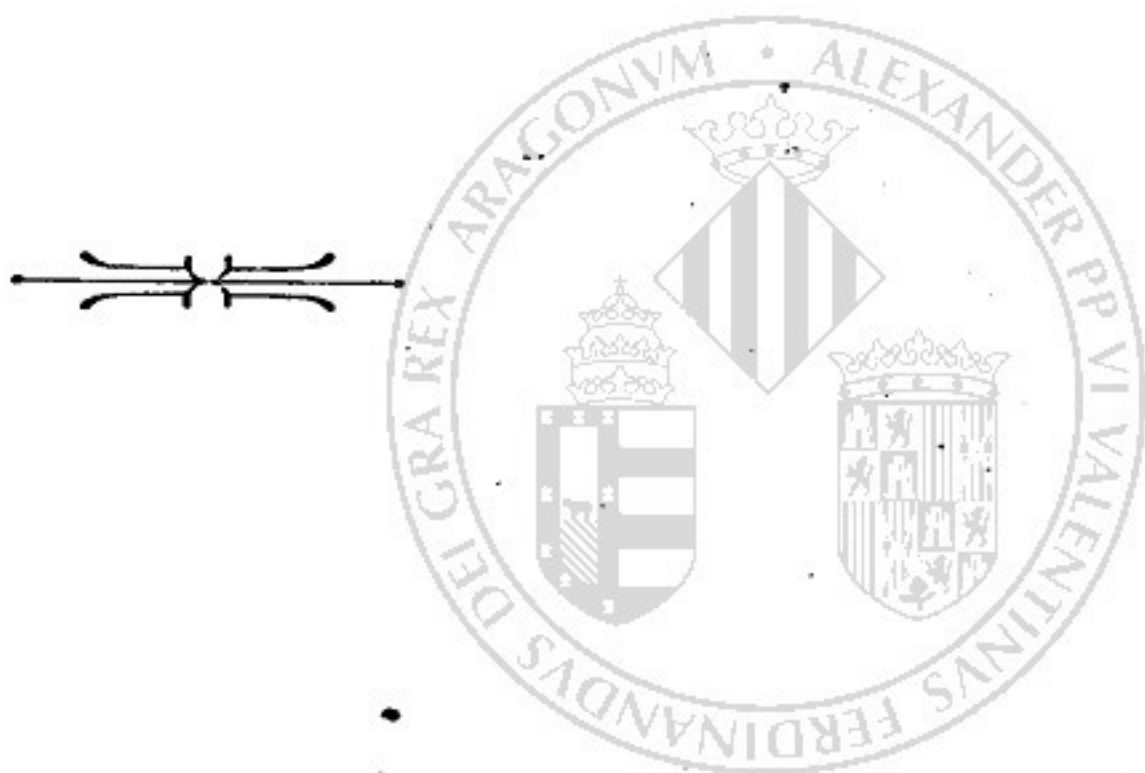
Para un entendimiento superior que conociera todas las relaciones misteriosas que engranan los fenómenos del Universo, en vez de ciencias contempla-

ría *una sola ciencia*. Las fronteras que parecen separar nuestros conocimientos, el andamiaje formal de nuestras clasificaciones, el desmenuzamiento analítico de las cosas imprescindibles á nuestro entendimiento, que solo puede considerar la realidad sucesivamente y como por facetas, desaparecerían como por encanto y la ciencia se presentaría á sus ojos como gigantesco árbol, cuyas ramas estuvieran representadas por las ciencias particulares y el tronco por el principio ó principios en que se fundan.

El hombre del porvenir podrá contemplar el ramaje entero del árbol, ó mejor la *Esencia*, múltiple é infinita en los fenómenos, una en sus principios.

«El método experimental investiga las causas segundas por las cuales puede descubrir las leyes que no son más que los medios de acción ó de manifestación de la causa primera y tan inmutables como ella, constituyendo las leyes inviolables de la naturaleza y las bases inquebrantables de la ciencia.»—(*Cl. Bernard*).

«Es indudable que existe para el desenvolvimiento de la ciencia un árbol genealógico, como ha existido en el proceso de la evolución orgánica.»—(*Odón de Buen*).



## ¿QUÉ ES FILOSOFÍA?

Necesitamos hechos y una filosofía positiva basada en la naturaleza y la razón.

*Tuttle.*

La filosofía es la negación de la fe católica.

*F. Garrido.*

Los enciclopedistas de hoy son en realidad especialistas de la filosofía, de las ciencias y de las artes.

*S. Ramón Cajal.*

**F**ILÓSOFO llamaban en la antigüedad al que se dedicaba á las ciencias. Sócrates generalizó esta palabra, que significa *amante del saber*, pero en el día le damos otro sentido. Filosofía es la ciencia universal ó ciencia del yo, del hombre, ó ciencia de las causas ó razones supremas.

Según D. Manuel Polo, podemos definir la filosofía diciendo que es la ciencia de las últimas causas ó razones de las cosas, por la luz natural conocida. Su *objeto* científico son las causas ó razones supremas; su *fin* la explicación racional de los hechos y la investigación, tanto de las causas que los producen como de las leyes que los regulan; y su *método* adecuado y propio, el analítico sintético.

Divide la filosofía en 1.<sup>a</sup> *Objetiva*, que comprende



la Ontología, la Teodicea y la Cosmología; y 2.<sup>a</sup> *Subjuntiva*, que comprende la Psicología, la Lógica y la Ética.

Los filósofos se proponen el estudio racional, no el experimental ó empírico, de las cosas creadas, bien consideradas en sí mismas, bien tomando al hombre como punto de partida, para estudiarle en sus relaciones con los demás seres, ó bien elevándose desde luego á los primeros principios para descender después á explicar todo lo existente.

«Las ciencias experimentales por su misma naturaleza son incompletas: no nos dan á conocer las últimas y altísimas razones de las cosas, objeto propio y exclusivo de la Filosofía, y especialmente de la Metafísica, y hacia la cual converjen todas las ciencias positivas.»

«La Metafísica ó Filosofía real tiene por objeto las cosas inmateriales y las que, siendo corpóreas, el entendimiento contempla por abstracción, sin materia.»  
—(*P. Ant. Vicent*).

Pero la Metafísica debe estudiarse necesariamente antes que la Filosofía.

La explicación del concepto, del ser, la de las propiedades comunes á todos los seres y la de las categorías ó géneros supremos á que se reducen todos los seres, todos los entes reales finitos, esto es la Ontología, es como los preliminares de la Filosofía.

Descartes la define: Ciencia de los primeros principios y de las primeras verdades.

Kant, ciencia necesaria de las leyes y de las causas de la actividad primitiva, ó sea de la espontaneidad de la razón.

Borda, ciencia de nuestros medios de conocer.

Así es, que cada autor la define á su modo, y hay tantas definiciones, que en Alemania se han coleccionado y publicado un tomo según atestigua el catedrático D. M. Polo Peyrolón.

«El estudio de los detalles agota las fuerzas intelectuales de los observadores modernos; rara vez se elevan á las causas, y de ahí el que no sean mejores filósofos, aunque sepan más que los antiguos.»—  
(*P. Zacarías Martínez*).

El profesor Ahrens, define la filosofía: «La ciencia que, estudiando la razón de todas las cosas, determina también el objeto de la vida humana y explana los principios que deben presidir á nuestra conducta y á la organización social. Relativamente al hombre es la ciencia de su destino.»

Se ve, pues, cómo coinciden en el fondo las definiciones dadas por autores cuyas tendencias son tan diferentes, y cómo el estudio de la filosofía no constituye un mero entretenimiento, un pasatiempo insustancial, frívolo, según se cree por muchos que no se toman la molestia de averiguar lo que es la filosofía. Es, al contrario, la base de todo conocimiento humano, de toda aplicación útil, y la que comunica el carácter distintivo á los trabajos del hombre.

«Si la filosofía quiere ser la ciencia de la realidad, no puede marchar más que por el camino de las ciencias naturales, ni ha de buscar los objetos de sus investigaciones y conocimientos sino en la experiencia. Entonces llegará á ser no sólo en su contenido, sino también en su método, ciencia natural, difiriendo de esta última sólo en el fin, en tanto que casi todas las

escuelas filosóficas se proponen un objeto trascendental, la investigación del plan del universo, ó el conocimiento de lo absoluto.

»El estudio de la naturaleza sólo se propone objetos concretos y mira como supremo fin de sus esfuerzos el conocimiento de la *ciencia de la individualidad*. Siempre ha sido estéril la tendencia prematura á conocer lo abstracto y lo absoluto.»—(*Virchow*).

«El papel de la filosofía es vivir en buenas relaciones con las ciencias particulares: ella les toma lo que le es necesario, la base de la experiencia y les comunica lo que ellas necesitan, la armonía general de los conocimientos.»—(*Bain*).

Al lado de la opinión de tan ilustrados catedráticos voy á permitirme exponer la mía.

Cada ciencia en particular se compone de un conjunto de conocimientos ordenados, metodizados y referentes al objeto que informa aquel estudio; pero la interpretación que debe darse á los fenómenos estudiados, el conocimiento de las leyes que presiden á los hechos observados, constituye la filosofía de aquella ciencia.

Así es que entre la historia y la filosofía de la historia hay la diferencia de que en la primera sólo se estudia el hecho, aun cuando se estudien varios acontecimientos sucesivos y encadenados entre sí, pero sin pasar de ahí; en tanto que si comparamos la historia de varias naciones y observamos la marcha que la humanidad ha seguido, cómo y bajo qué condiciones los pueblos nacen, se desarrollan, entran en un período de vigor y preponderancia, y después decaen y sucumben y son absorbidos por otra raza

más vigorosa, entonces hacemos la filosofía de la historia.

Si estudiamos un número, más ó menos considerable, de seres orgánicos ó inorgánicos unos después de otros y bajo un orden artificial cualquiera, hemos constituido la ciencia llamada *Historia Natural*; pero si los diversos seres de la creación son estudiados comparando las afinidades, sus semejanzas y diferencias, y agrupándolos por especies, géneros, familias, órdenes y clases, como lo hizo Cuvier, determinando la manera cómo la vida ha ido tomando forma, desarrollándose poco á poco, preparando de este modo los trabajos de Darwin, que nos dió la teoría del transformismo y la explicación racional de la evolución del mundo orgánico, ó sea la creación de los seres vivos, entonces adivinamos lo que no hemos visto y comprendemos lo que antes no podíamos explicar: lo razonamos y *todo lo razonado es filosófico*.

Entiendo yo que hay una filosofía *particular* para cada una de las ramas del saber humano, pero hay otra filosofía que debemos llamar *general* y que se refiere al destino del hombre en la creación; y ésta que es la verdadera filosofía, tiene por base todo el saber humano, pues todo se necesita para resolver este problema que puede llamarse el *gran problema*.

Me parece, que lo que se entiende generalmente en el día por filosofía, es un conjunto de palabras que expresando conceptos incompletos, abstractos, alambicados, que no tienen existencia en el mundo real, sino en la imaginación de ciertos hombres aficionados á soñar despiertos, más bien perturban el ánimo, que enseñan y satisfacen.

Y no es esta mi opinión sola.

Büchner dice: «Lo que generalmente se llama profundidad de espíritu alemán, nos ha parecido siempre más bien embrollo de ideas, que verdadera profundidad espiritual.

»Se ha aconsejado muchas veces, no sin razón, traducir las obras filosóficas de los alemanes á una lengua extranjera para desembarazarlas de todo farrago inútil é ininteligible. Si así se hiciera, ciertamente que no pasarían por el tamiz la mayor parte. Nada es tan repugnante como ver á esa filosofía darse importancia de profunda erudición y vanagloriarse de sus huecas teorías.»

La palabra filosofía, no refiriéndose á una ciencia determinada, debe significar en mi concepto, la ciencia que trata de explicar el origen de la raza humana, su destino actual, el porvenir que le está reservado.

Su objeto no es puramente especulativo, no es simplemente la investigación de la razón de las cosas.

«En la vida ordinaria, el conocimiento de las cosas sólo tiene valor en cuanto es útil: así parece haberlo querido la naturaleza, nuestra gran maestra, dándonos la inteligencia como la luz de nuestras acciones y el instrumento de nuestra felicidad.»—(*Proudhon. Filosofía Popular*).

La cuestión no es de aquellas que pueden ahogarse en un diluvio de frases sin sentido, incomprensibles, abstractas, como ordinariamente se hace y de donde ha nacido el descrédito de estos estudios; por el contrario, es altamente utilitaria, conviene en gran manera á la humanidad que se averigüe qué papel juega el hombre en esta vida, y qué relación tiene con los

demás hombres que viven con él, formando la sociedad.

Y como vivir no es solo comer y llenar las pocas necesidades que tienen los animales; porque el hombre, aunque sér vivo y perteneciente á la escala zoológica, tiene multitud de necesidades nacidas de la preponderancia de su cerebro y han de satisfacerse sus aspiraciones y deseos, debemos procurar el mayor número de condiciones para el logro de nuestra dicha y felicidad.

«Así el objeto de la filosofía es enseñar al hombre á pensar por sí mismo, á razonar con método, á formarse ideas exactas de las cosas, á encontrar la verdad, con el fin de dirigir su vida, merecer por su conducta la estimación de sus semejantes y la suya propia y conseguir la paz del corazón, el bienestar del cuerpo y la tranquilidad de espíritu.»—(*Proudhon*).

A pesar de haber dado diferentes definiciones de la filosofía y de haber recordado sentencias y aforismos de eximios escritores expresando el concepto que les merece aquella ciencia, voy á exponer mi opinión particular sobre este asunto y voy á valerme de un símil para demostrarla gráficamente, haciéndola así más fácilmente comprensible.

Nada he dicho sobre las relaciones que tiene la filosofía con las demás ciencias y sobre su importancia relativa, ni tampoco sobre la influencia que ejerce no sólo en las demás ramas del saber humano sino en la constitución de la sociedad, en las leyes y costumbres y en último resultado en el bienestar general. Es necesario para comprender todo esto saber de antemano

qué es filosofía, y aunque algo he dicho, seguramente que algo me ha faltado decir para dejar en el ánimo del lector el concepto completo, tal como yo lo considero y tal como se desprende de la alegoría que con el nombre de *árbol del saber* voy á describir á continuación.

Odón de Buen dice, que la filosofía, atendiendo á su origen debía creerse que era el tronco del árbol de la ciencia, y añade:

«Y por la índole de los datos que suministra á todo otro linaje de estudios, más que tronco debía creérsele la raíz del árbol de la ciencia, pues analiza los hechos y convirtiéndolos en materia científica asimilable, los esparce por todas las ramas, dándoles vida y permitiendo la labor particular de cada una.»

Por más variedad que tengan los conocimientos humanos, todos forman una unidad y todos reconocen un mismo origen.

Por eso están bien representados por un árbol, un ser orgánico compuesto de diferentes partes, como son las raíces, el tronco, las ramas y los frutos. Todos estos órganos se nutren con la misma savia, y esta savia ó elementos nutritivos los toma del suelo sobre que descansa, tienen el mismo origen.

El árbol del saber se halla sobre un terreno firme: es el Universo.

Sus raíces penetran en este suelo fecundo, para absorber la savia de la verdad, no siempre pura, no sin que algunas veces se halle envenenada por el error. Cada raíz representa una ciencia particular, una rama del saber humano, obtenida por la observación directa de la naturaleza, las ciencias positivas. Son las cien-

cias naturales la mecánica, física, química y la astronomía, geología, mineralogía, botánica, zoología, antropología; ciencias que estudian los seres naturales, incluso el hombre, comparándolos unos con otros, para distinguirlos y apreciar sus semejanzas y diferencias, sus propiedades y condiciones particulares; y los clasifica para comprenderlos.

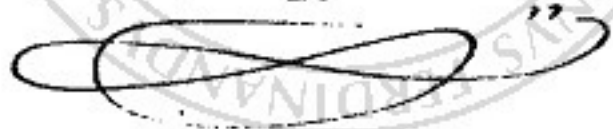
Todas estas raíces forman el tronco del árbol que se levanta erguido y majestuoso sobre la superficie, dominando y exhibiéndose como dando muestra de la actividad incesante de las raíces, ocultas en el terreno. Este tronco es la filosofía.

Sin ciencias positivas no hay filosofía, como sin raíces no hay tronco de árbol; porque no podría sostenerse, ni recibir alimento, ni cumplir su destino, que es dar las ramas que producen las flores y los frutos, después que han producido las hojas.

Pero la filosofía debe también llenar su objeto. No existe solo por hacer una ciencia ó tratado escrito para formar un tomo de una biblioteca. Existe porque es necesaria y porque da origen á las ciencias sociales, ciencias de aplicación y en general á las profesiones.

Son estas ramas del saber consecutivas, deductivas. No podrían existir sin una base en qué apoyarse, sin un principio científico que las informe, sin un espíritu que les comunique vida y vigor, sin algo que las haga necesarias y útiles.

La historia razonada, la estadística, la economía, la administración, la política, el derecho, la moral y la religión son las ciencias sociales que emergen de la filosofía; como las profesiones, que no son más que





aplicaciones de variados conocimientos científicos coleccionados con un objeto especial, útil y práctico.

Y así, por más que desde el origen histórico de las sociedades han existido profesiones y ha habido necesidad de crear la ciencia del derecho y la legislación; de fundar el arte de curar y de preservarnos la salud; de establecer el modo y forma de adorar á Dios; de dar una interpretación á los fenómenos físicos y de explicarse la formación del Universo, el objeto ó fin de la creación y el destino humano, estas explicaciones han sido inverosímiles, aquel culto fantástico, aquellas leyes injustas é inhumanas, aquella medicina extravagante. Y todo el conjunto del saber que constituía el patrimonio de aquellos pueblos de remotas épocas, hoy lo vemos ridículo y absurdo; porque en nuestro actual inventario contamos con poderosos elementos que aquéllos desconocieron.

Esta es, pues, la filosofía. El conjunto de teorías con las cuales podemos darnos razón de lo que hacemos, podemos interpretar los fenómenos naturales y podemos resolver el gran problema del destino humano, que ha de servir de apoyo á toda concepción sobre la organización social.

Por eso habrá tantas doctrinas cuantos sean los puntos de partida y los procedimientos que se han empleado: la Revelación y la Ciencia.

Podría suponerse que para dedicarse á una profesión ó arte, mecánica ó liberal, era necesario empezar por los más rudimentarios conocimientos, estudiar filosofía y después el ramo de aplicación á que pertenece aquella profesión, lo cual no sería malo sino enojoso, prolijo; pero no sucede así en el mundo real en que

vivimos, porque aprendemos las profesiones por imitación, transmitidos los conocimientos prácticos directamente de los maestros.

Nadie me negará que por sencillo que sea un arte está fundado en principios científicos; pero en los trabajos complicados hay que distinguir la dirección de la obra y la realización.

El ingeniero es uno, el obrero es otro. Concibe, inventa, explica el procedimiento, dispone y manda el ingeniero; obedece, trabaja, ejecuta, pone en práctica, realiza y completa el obrero.

El número de los que se dan razón de lo que hacen es muy reducido; el número de los que obran por imitación y los que trabajan manualmente es muy dilatado. No hace falta que todos sean sabios, y así se ve que los inventores, los que modifican las costumbres, los que hacen variar su modo de ser al pueblo, los que lo dirigen y gobiernan, son contados en el mundo.

Por eso son también escasos los filósofos.

Además hay otra causa poderosa á la que se debe el retraso de la filosofía. Es esta una ciencia eminentemente sintética, deductiva. Necesita establecerse sobre ancha base, y que esta base sea sólida. Sin un caudal numeroso de conocimientos no es posible deducir. Y si estos conocimientos no son verdaderos, si no son tomados de la observación y de la experiencia, no sacaremos sino consecuencias falsas.

¿Cómo pues, aquellos ilustres varones, cuyo talento no les niego, pero cuya erudición en las ciencias naturales debió forzosamente ser muy escasa, cómo habían de formar un concepto completo y verdade-

ro de lo que es el hombre y de su destino en este mundo?

Esto es imposible.

La historia nos revela claramente que nuestra ilustración es muy reciente, y nos enseña también que durante el desarrollo de los pueblos, éstos han estado sometidos á causas poderosas que han impedido la libre emisión del pensamiento y el estudio de la naturaleza. La influencia que han ejercido las ideas filosóficas en las costumbres, en el bienestar de las sociedades\* y en la constitución política es sobrado manifiesta para que me entretenga en demostrarlo.

Imposible es dar leyes, dirigir la sociedad, sentar las bases de la moral, instituir un culto, juzgar la conducta de los hombres; en una palabra, saber lo que se hace y lo que se dice, y el fundamento de nuestras opiniones, sin saber previamente lo que es el hombre, lo que es el universo que nos rodea y las relaciones que median entre el hombre y el mundo.

Todo lo que se piense, se diga y se haga sin estas condiciones debemos considerarlo como prematuro, provisional y susceptible de ser modificado y perfeccionado con el tiempo.

Si se conociera el alcance y trascendencia de esta sencilla y clara verdad se buscaría con más afán el fundamento de nuestras opiniones y no haríamos una oposición sistemática y obstinada á los sistemas filosóficos basados en el estudio empírico de la naturaleza, pues al fin y al cabo la verdad ha de triunfar.



## EL EVOLUCIONISMO

El presente es hijo del pasado, padre del porvenir.

*Leibnitz.*

Si el buscar las condiciones materiales de las operaciones mentales, es ser materialista, todas las teorías del espíritu deben ser materialistas ó insuficientes.

*Jhon Stuard Mill.*

No existe otra alternativa: quien no admite la evolución secular de la materia, tiene que admitir el *milagro*, hipótesis necesaria que no puede destruirse ni con argumentos *á priori*, ni con experimentos de laboratorio.

*Soury.*

EN un libro como este, de vulgarización y de simple exposición de hechos, que solo tiene por objeto suministrar materiales de erudición que sirvan de argumentos en la controversia de ambas escuelas filosóficas (espiritualista y materialista), no me parece oportuno entablar polémicas y discurrir sutilezas de argucia para combatir ó defender una ú otra opinión; mas no puedo pasar en silencio, siquiera sea breve y sucintamente, la exposición de un sistema filosófico que, en nuestro siglo, se ha dado á conocer en el mundo científico: es la evolución.

Aplicada á la historia, á la política, á la moral, á las lenguas, á todas las ciencias sociológicas, como á las físicas y especialmente á la biología, esta teoría ha tenido adversarios tan acérrimos; se le ha hecho una guerra tan cruda, apelando á todas las armas, hasta el ridículo y la calumnia, que solo esto bastaría á demostrar su excelencia y el pánico que en las huestes del espiritualismo ha producido.

El Dr. Martínez dice:

«Bien lacónica es la frase que comprendiendo todos sus disparatados principios en el siguiente lema del transformismo (capítulo I de la Psicología celular de nuestro Dr. D. A. Hernández Fajarnés): *Dios es un mito y el hombre es un mico...*»

«Un poeta francés ha dicho: *El nido no ha podido hacer al pájaro...*»

Podría contestársele al catedrático de la Central y más teólogo que médico, y sin que sea nuestro ánimo ofenderle:

Que Dios nadie sabe lo que es:

Que el hombre no es un mico, ni nadie ha dicho que lo sea; y

Que el Universo no es un nido, sino el todo, dotado de un poder creador, infinito y perdurable.

Verdad es que el entusiasmo y la precipitación en sacar consecuencias conducen al descrédito de una teoría científica, y que cuando los hombres se esfuerzan en acomodar los hechos á su modo de ver y no logran una explicación satisfactoria, se sufre una decepción y se desacredita la hipótesis. Pero después de este revés si hay algo de verdad, nuevos experimentos, nuevas observaciones, nuevas vías abiertas á la

investigación obligan á modificar el concepto, y de aquellas ruínas se levanta un nuevo y arrogante edificio. La hipótesis se convierte en tesis: la ciencia ha ensanchado sus dominios.

Carlos Darwin, que nació en 1809 en Sherwsbury (Inglaterra), recogiendo las observaciones y la inspiración de otros naturalistas, como Lyell, Lamark, Goethe, Buffon y hasta las de sus contrarios, como Cuvier, estudió pacientemente algunos fenómenos biológicos y dió al mundo su teoría de la evolución que, aplicada á las especies animales para explicar su aparición sobre la superficie de nuestro globo, se llama transformismo.

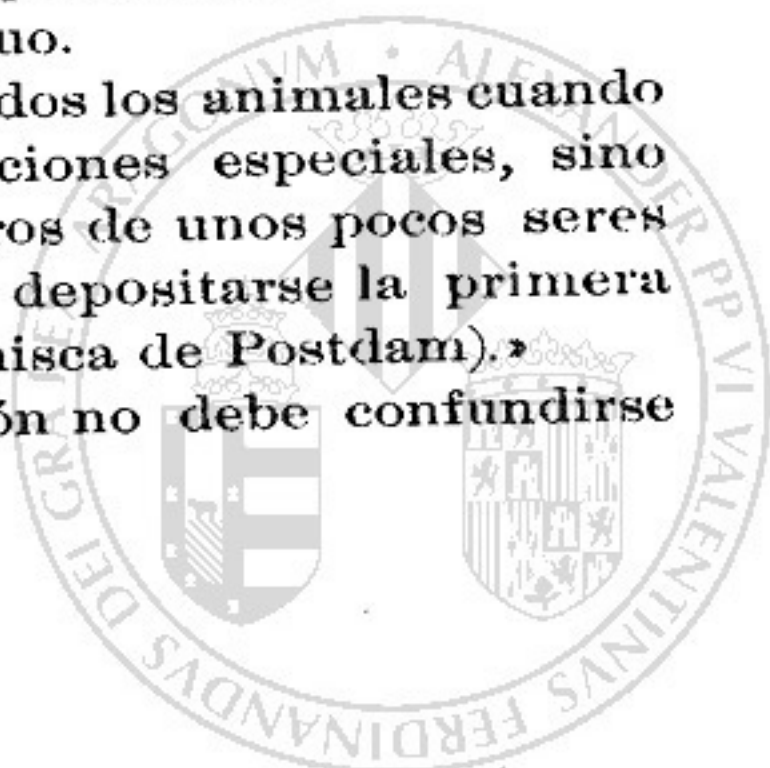
Y no se crea que el naturalista inglés llevó á la exajeración su pensamiento, y que atacó á la Iglesia católica. Nada de eso. Se contentó con citar hechos y hacer observaciones encaminadas á fijar los puntos en que se apoya la teoría. Fué demasiado tímido en sacar consecuencias.

En su libro *El origen de las especies*, dice:

«Para mí está más de acuerdo con lo que sabemos de las leyes impuestas á la materia por el Creador, que la producción y la extinción de los habitantes del mundo, pasados y presentes, hayan sido debidas á causas secundarias, como las que determinan el nacimiento y la muerte del individuo.

Parécenme ennoblecidos todos los animales cuando los considero, no como creaciones especiales, sino como descendientes y herederos de unos pocos seres que vivieron mucho antes de depositarse la primera capa del sistema cambrio (arenisca de Postdam).»

La doctrina de la evolución no debe confundirse en el darvinismo.



«Aquella se limita á hacer constar los cambios y transformaciones sucesivas de los seres vivientes, y el darvinismo quiere investigar ó investiga los procedimientos y las causas de tales transformaciones.»—  
(*Alberto Gaudry*).

El evolucionismo, sistema opuesto al creacionismo, está fundado en hechos cuya autenticidad, certeza y comprobabilidad son notorias para todo el que no esté preocupado ó comprometido á defender determinadas causas ó sectas.

Y no se aplica solo á un orden de ideas. Es más que todo esto una ley universal que se ve representada allí donde fijamos nuestra atención.

El adagio antiguo *natura non facit saltum* no significa otra cosa.

El desprendimiento de una gran masa, la detonación de un fulminante, los fenómenos de la tempestad, las erupciones del volcán, nos sorprenden y disgustan, nos espantan; mientras nadie se apercibe de la acción lenta del ácido carbónico de la atmósfera que descompone las rocas, las reduce á polvo y así son trasladadas á distancias enormes para levantar los terrenos y transformar las superficies de la tierra.

He aquí un ejemplo de evolución lenta.

Los cuerpos celestes sufren continuamente cambios que la astronomía ha comprobado y hoy se considera esta evolución como natural en la historia de los astros, distinguiendo en ellos edades como en nuestra propia vida.

La historia de la humanidad ¿no acredita las fases sucesivas por que ha pasado desde su principio hasta nuestros días? ¿No hemos visto y apuntado anterior-

mente el modo cómo se ha desarrollado y pasado la civilización en los pueblos?

A este propósito transcribí en el capítulo titulado «El mundo moderno,» un párrafo de una obra, *Un catecismo social en el siglo XIX*, debida á León XIII. No queramos ser más católicos que el papa. Al aceptar la evolución nada quitamos á Dios, no mermamos sus facultades. Explicamos solamente de una manera más racional y comprensible los fenómenos naturales en sus diferentes órdenes.

«La evolución de las ideas, de las religiones, de la industria y de las artes; en una palabra, de todos los elementos que entran en la constitución de una civilización, es tan regular y fatal como la de las formas diversas de una serie zoológica.»—(*Gustavo Le Bon*).

«En lugar de ver, como antes, un abismo (dice este autor) entre los pueblos que comían á sus padres viejos y los que prodigan cuidados á su vejez y van á llorar sobre sus tumbas; entre los que consideraban á las mujeres como animales inferiores, pertenencia de todos los individuos de la tribu, y los que las han rodeado de un culto caballeresco; entre los que hacían perecer á todos los hijos deformes y los que instalaban en magníficos hospicios á los idiotas é incurables, comprobamos los estrechos lazos que á través de las edades unen las ideas, las instituciones y las creencias más diferentes.»—(*Hist. de la Civ.*, por *C. Mendoza*).

Por eso la historia no se estudia ya como una colección de hechos, sino como una serie de acontecimientos que nos explican el desarrollo de la humanidad, nos enseñan á descifrarla y nos permiten comprenderla.



«Como el individuo, nace la nación sin su propio conocimiento y muere sin su propio consentimiento y á menudo contra su propia voluntad. La vida nacional no difiere en nada de la individual, excepto en que dura mucho más tiempo; pero ninguna nación se libra de su término inevitable. Todas ellas, si se considera bien su historia, muestran su época de niñez, de juventud, de madurez y de descenso, si sus fases de vida son completas.»—(*Draper*).

«Pero á ninguna ciencia, ni aun á la historia natural, se adapta la teoría de la evolución con tanta justicia como á la historia de las lenguas. Su aplicación ofrece una exactitud tan notable, que podría creerse que la teoría de la evolución ha nacido de la filología.»—(*E. Ferrière*).

«El lenguaje no es más que la forma más completa y acabada del movimiento de expresión.»—(*Wundt*).

«El problema de determinar el origen del lenguaje humano empieza á entrar en la esfera de la investigación científica.»—(*Humboldt*).

Observemos que ninguna lengua ha durado más de mil años; es decir, varían más que las razas humanas. Las lenguas tienen fósiles como los seres orgánicos. Los siglos son para ellas capas geológicas, puesto que mueren y desaparecen. Si las especies tienen sus variedades, las lenguas tienen sus dialectos que nacidos de una lengua madre deben sus diferencias al clima, á las costumbres, etc., y en un caso como en otro no reaparece nunca lo muerto.

Los pueblos que viven aislados conservan la pureza de su lengua: los que viajan y comercian con otros

pueblos distintos mezclan su lengua y la desfiguran. Las conquistas influyen visiblemente.

También en las lenguas, como en las especies animales, es difícil averiguar el origen y formación. La lingüística, como la paleontología, son ciencias modernas.

La clasificación de las lenguas es genealógica, y en cuanto al problema de si las lenguas derivan de una ó de varias lenguas primitivas, no puede todavía resolverse.

Si de las lenguas pasamos á la escritura veremos también que los signos ó letras de que se han valido los hombres para representar las palabras, y por consiguiente las ideas, han sido muy distintos, pero se han ido sucesivamente modificando.

En los tiempos primitivos el egipcio, como el chino, el americano, etc., pinta los objetos que quiere expresar, pero estas figuras tienen que reducirse de volumen y simplificarse convencionalmente. Así de la escritura geroglífica se pasa á la hierática, y de ésta á la demótica, más fácil de hacer.

La escritura egipcia de simbólica se convirtió en ideográfica: pasó después á silábica y por fin se hizo alfabética: progresión que aun cuando lógica y natural representa un esfuerzo continuado, persistente, enérgico.

Esta escritura era ya conocida en Egipto en los tiempos de la dinastía II.

El secreto del alfabeto se pierde en la oscuridad de los tiempos, si bien no se llevó á la perfección.

A los fenicios que lo aprendieron de Egipto se debe el haberlo convertido en sistema de escritura único y el haberlo enseñado.

«Salta á la vista la derivación del alfabeto egipcio al fenicio, como la del fenicio al usado por tantos pueblos semíticos, incluso el hebreo y al aceptado por los griegos y romanos, de quienes lo tomaron los pueblos neolatinos.»—(*Morayta*).

—  
Cuando el evolucionismo se aplica á la biología y especialmente á la aparición del hombre sobre la tierra, es cuando se combate con más insistencia por los creacionistas.

Los impugnadores de Hœckel emplean los argumentos siguientes:

Que la materia no produce la vida.

Que la escala zoológica queda interrumpida en muchos puntos, no habiéndose evidenciado la sucesión gradual de los eslabones que habían de constituir una cadena continua que nos explicaría la transformación de una especie en otra.

Que algunas especies se conservan en el día igual que hace muchos miles de años.

Que hay desacuerdo de opiniones entre los mismos sabios que aceptan el evolucionismo.

Que personalidades respetables y conocidas en el mundo científico por sus escritos y discursos han sido contrarias á ese modo de ver.

Todo lo cual es verdad pero no prueba la falsedad del evolucionismo.

Afirmar que la materia no produce la vida es tan erróneo como afirmar que el sol no calienta.

«La geología y la paleontología afirman, con probabilidades de certeza, que el primer estado de la tierra, período de fusión ó igneo, que continuó por el de en-

friamiento y formación de la corteza terrestre, ni fué adecuado para la vida de ningún sér, ni es posible que la vida vegetal ó animal en él se manifestara; siendo únicamente como un período de preparación para constituir más tarde medios ó ambientes en los que pudieran ya existir los seres vivos.»—(*Ild. Rodríguez. Historia de la Medicina*).

Un distinguido médico militar escribe:

«Es imposible admitir que el protoplasma haya sido originado en los primeros tiempos de la creación por elementos inorgánicos. Si es muy factible admitir que los cuerpos inorgánicos ó las materias muertas puedan ser originadas por la descomposición del protoplasma ó de la materia viva, ó para expresarnos con más claridad, si lo anorgánico puede resultar de lo organizado y vivo, lo inverso no puede tener lugar: es decir, lo orgánico y vivo no puede ser generado por lo inorgánico y muerto. Lo que nos enseña que la ley de continuidad de la vida, según afirma Preger, es del mismo orden que la ley de la conservación de la fuerza y de la conservación de la materia.»—(*Pablo Salinas*).

Este modo de argumentar me recuerda el que tenían los antiguos físicos para demostrar que el aire no tenía peso; que no era cuerpo. Se tomaba una vegiga y se la pesaba exactamente en una buena balanza. Supongamos que pesaba tres gramos. Se llenaba de aire y se volvía á colocar en el platillo de la balanza y... nada, pesaba tres gramos como antes; porque como la vegiga se pesaba en la atmósfera lo que se pesaba era siempre la misma vegiga.

El principio de Arquímedes no se tenía en cuenta.

Que los seres orgánicos han aparecido sobre la superficie de la tierra, lenta y sucesivamente, es una deducción lógica del principio sentado de que no existían y ahora existen. Queda un dilema. ¿Se han producido por la fuerza física ó por la voluntad divina?

De un pedazo de granito, jamás ha salido un hombre, ni siquiera una célula orgánica ante la presencia del más escrupuloso observador. La generación espontánea está demostrado ser falsa como la hipótesis de los cosmozoarios.

Pero en cambio la aparición instantánea de la primera pareja de cada especie animal ó vegetal, tal como en el día las conocemos, portento algo parecido á un espectáculo de prestidigitación, eso sí que lo conciben y explican los aficionados á maravillas recurriendo á un Supremo Hacedor.

Es un modo muy cómodo de salir del paso y explicar los problemas biológicos: mas esto no es científico. Es simplemente teológico.

El citado Dr. Salinas dice:

«Si se admite como un axioma que la materia y la fuerza no han tenido origen, hay que admitir como otro axioma que la vida no ha tenido tampoco origen, y por lo tanto que la explicación del origen de la vida, como la del origen de la materia y de la fuerza, escapan hasta ahora por completo á los dominios de nuestra razón.»—(*Gaceta de Sanidad Militar*).

Esto es un sofisma, pues la vida ha tenido origen ó principio en nuestro globo. Lo que no ha tenido principio es la fuerza y la materia; pero como la fuerza se transforma, apareciendo ante nosotros con variados fenómenos, lo que se prueba es que la vida no

es más que una de las manifestaciones de la energía universal, ó fuerza física.

El que no comprenda esta verdad tan sencilla es porque está preocupado, no es dueño de sí mismo, discurre con cerebro ageno amoldándose á lo que le mandan creer.

La altura en que nos encontramos actualmente por los adelantos de las ciencias físicas nos permite ya sentir la unidad de la naturaleza y la evolución de los fenómenos que constituyen la vida universal.

Empieza ésta por el movimiento de las grandes masas, todavía sin formas determinadas, la expresión más sencilla de la fuerza, que al manifestarse como cohesión agrupa los átomos y por una ley de equilibrio de fuerzas da á las grandes masas la forma esférica. Giran estas grandes esferas en el espacio y ya se notan los efectos de la atracción de unas con otras sobre las superficies. En éstas se observan movimientos parciales que tienen lugar entre la masa que constituye la corteza sólida. Sobrevienen los grandes cataclismos geológicos, en los que se ponen de manifiesto enormes fuerzas físicas y químicas y apenas se equilibran éstas y sobreviene un estado de relativa quietud aparecen las fuerzas bajo la forma de vida, sencilla, vegetal. Se constituye el individuo, el sér orgánico aislado.

Pero no se detiene aquí la transformación de la fuerza. Los átomos, al agruparse en la molécula, forman combinaciones cada vez más complicadas, como puede observarse comparando un cuerpo mineral con un vegetal ó un animal, y ya entonces la vida empieza á manifestarse con otros fenómenos más

sublimes, porque la actividad de la materia se concentra y desarrolla en los átomos y partes pequeñas. La estructura del sér se hace cada vez más complexa, más variados los tejidos, más variadas también las manifestaciones de la vida. Entonces aparece la sensibilidad y en último resultado la inteligencia.

Fijémonos un momento en esta facultad ó propiedad de los seres orgánicos y veremos que en los vegetales no existe, en los animales no aparece repentinamente, sino por grados, y llega al hombre donde la contemplamos en estado de mayor desarrollo y perfección.

Hay, pues, un encadenamiento en los fenómenos ó movimientos de la naturaleza y esto nos permite ver en el fondo la unidad de la causa que los produce, la unidad de la fuerza explicada por el P. Secchi.

El padre agustino Z. Martínez, aunque dice:

«Nosotros no condenamos la teoría evolutiva en nombre de ningún dogma sino en nombre de los hechos y con las pruebas irrefragables de la ciencia.»

En otro lugar de su obra escribe:

«Por la evolución se llega á la unidad que atrae al alma con fuerza irresistible: se vislumbra entre las tinieblas de las épocas geológicas el árbol frondosísimo de las filiaciones genéticas y los vástagos conducen al tronco.»

Y termina su libro diciendo: «á ninguno de los dos partidos nos afiliamos porque todos son mecanicistas.»

El evolucionismo, como el movimiento de la Tierra, será al fin aceptado por los hombres eruditos y sensatos, porque es el procedimiento admirable de que Dios se ha valido en la Creación.

## SISTEMAS FILOSÓFICOS

---

La época de los sistemas filosóficos parece haber pasado y probablemente no volverá jamás.

*L. Büchner.*

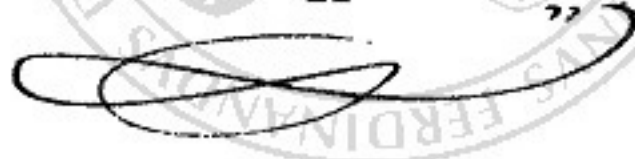
El pensar bien consiste en conocer la verdad ó en dirigir el entendimiento por el camino que conduce á ella.

*J. Balmes, pbro.*

La doctrina que no se apoya en hechos positivos, está destinada á desaparecer, quizá de una manera lenta, pero de una manera infalible.

*Herzen.*

**E**L deseo de explicarse satisfactoriamente los variados fenómenos que observamos, tanto en el orden físico como en el moral, relacionándolos entre sí para encontrar el nexo que los une y la causa primitiva que impulsa y pone en movimiento todo el mecanismo universal, ha obligado á los sabios á adoptar diferentes hipótesis, creando de este modo los sistemas filosóficos, de los cuales puede decirse, con el Dr. Rodríguez, que no son completamente erróneos, porque todos ellos contienen alguna verdad parcial y tendencias á la verdad, si bien suelen buscarlas por medio de procedimientos defectuosos y exclusivos.





El catedrático de Madrid pasa en revistas el idealismo, el animismo, el misticismo, el vitalismo, el materialismo, en sus formas monista, organicista y positivista, el excepticismo, que como el dogmatismo, no son sistemas, el racionalismo, el sensualismo, el empirismo, el eclecticismo, el naturismo y la estadística.

No me detendré en la crítica de estos exclusivismos y sólo expondré una sencilla clasificación de los sistemas filosóficos.

Todos ellos están fundados en el modo de comprender la vida universal; en la significación que tienen las palabras, fuerza y materia, espíritu y cuerpo, fenómeno y átomo, creación y existencia, y sobre todo, la palabra *substancia*, que viene de *sub-stare* (estar debajo) y dicen que es el fondo permanente de donde emanan la variación indefinida de los fenómenos transitorios (*E. Ferrière*); ó, según otros, todo lo que existe por sí, sin que necesite de ninguna otra cosa á la cual se una como á su propio sujeto.—(*Polo y Peyrolón*).

Todo sujeto, toda cosa, todo ente que por sí existe, esto es, que tiene condiciones propias de existencia, es una verdadera *substancia*.

*Esencia* es lo que hay de primordial en las cosas. La raíz de todas sus propiedades. Aquello por lo cual el sér es lo que es y no otra cosa distinta.

Si nos fijamos en las definiciones metafísicas que anteceden y en otras como las de accidente, compuesto sustancial y accidental, individuo, supuesto y persona, potencia objetiva y subjetiva, principio, causa y efecto, etc., notaremos que todo esto es en extremo alambicado y abstracto; que el mundo fenomenal, real, no se amolda á estas elucubraciones; que aquellas

palabras se prestan á interpretaciones varias, por ser poco claras y precisas; que todo esto produce confusión y desarmonía en estas cuestiones y es la causa de tantos errores y absurdos que contienen los sistemas filosóficos y en los que han incurrido esos hombres que han merecido el nombre de *sabios*.

«Desde los tiempos de Platón y Aristóteles la filosofía en su mayor parte constituye un abuso de las ideas generales como la de substancia, base, causa, el bien, la perfección, la necesidad, la posibilidad, el ser, el porvenir, etc., y así poco á poco se ha convertido en una filatería que llegó al colmo en la escolástica.

Esta empieza en San Agustín y termina en Kant.»  
—(*Schopenhauer*).

El *dualismo* admite dos substancias distintas que pueden existir por separado é independientes y al combinarse producen la vida, el movimiento, los diferentes fenómenos. Dios y el mundo, el alma y el cuerpo, el espíritu y el organismo, la fuerza y la materia, la función y el aparato, representan estas dos entidades.

El *monismo*, por el contrario, no admite sino una sola substancia, y en atención al valor respectivo que se atribuye á la materia y á la fuerza, se divide en tres géneros distintos:

1.º *Materialismo*. La materia es la sustancia única; la fuerza es solo una propiedad de la materia, como si dijéramos la manera cómo se nos manifiesta ó revela la materia, por fenómenos, es decir, movimientos.

2.º *Dinamismo*. La fuerza es la sustancia única; la materia es una forma grosera de la fuerza, una pro-

piedad de ésta, ó la manera cómo se nos manifiesta, afectando nuestros sentidos.

La fuerza, según este sistema, puede hallarse en estado de pureza (como en Dios y en las almas sin cuerpo); ó combinada con la forma grosera de la fuerza, produciendo los seres (como el hombre, los animales y los vegetales); ó, en fin, en el estado más grosero en los minerales, en que parece haberse extinguido. Pero la fuerza puede existir por sí sola, sin materia. —(*Leibnitz*).

3.º *Spinozismo*. No hay más que una sustancia, que se manifiesta al espíritu humano bajo dos aspectos distintos; pero que en realidad son simultáneos, indisolubles, idénticos, pues no pueden existir el uno sin el otro: la materia y la energía.

Es el sistema inventado por Spinoza y perfeccionado por la ciencia moderna; el que sigue E. Ferrière, de quien tomo estos apuntes.

«Entre el *dualismo* y el *monismo* no nos parece dudosa la elección en cuanto á los fenómenos físicos.

La duda puede existir para los fenómenos psíquicos, pero nos parecen ser también reductibles al movimiento, tanto en el hombre como en los animales.

En fin, para los fenómenos morales, para la causa primera del movimiento, la ciencia, hasta nueva orden, no puede sino quedar en la reserva. Es asunto de creencias. La existencia del alma moral, la existencia de Dios, no son susceptibles ni de demostración ni de refutación rigurosa.» —(*H. Beaunis. Fisiología*).

—  
El dualismo se enseña en nuestras escuelas y reina

en todas las esferas de la vida. Es el más antiguo; el que da una explicación más breve y terminante de todo cuanto observamos, de todo cuanto sucede.

¿Hace viento? Es el dios Eolo que sopla. ¿Cae el rayo? Es Júpiter que fulmina el dardo destructor. ¿Sobreviene una cuestión? Es la diosa Discordia que se ha entrometido. ¿Se ha enamorado un hombre de una mujer? Es Cupido que le hirió con sus flechas.

Y el monoteísmo, como el politeísmo, acude á Dios para explicarlo todo. Existe el universo porque lo hizo Dios, y todo lo que existe y sucede ha querido Dios que existiese y sucediese. Los cuerpos tienen propiedades, porque Dios se las ha dado.

Sin admitir la existencia de espíritus no tendría razón de ser ninguna religión, y el sacerdocio de todos los países y en todas épocas ha defendido con vehemencia esta doctrina.

Y ha demostrado la existencia de Dios por la existencia del alma humana, y la de ésta por la de aquél. Y ha descubierto el mundo sobrenatural, que no está al alcance de nuestros sentidos ni de nuestra razón. Y ha explicado con los más minuciosos detalles, lo que sucedió antes de aparecer el hombre sobre la tierra. Y con la misma precisión ha descrito cuanto le sucederá en la vida futura, eterna...

Con una poca de buena voluntad todo cuanto se nos ocurra preguntar nos lo dirán los espiritualistas.

No encuentro más que un defecto capital en este sistema: estar fundado en el

«*Dogmatismo*, método filosófico que consiste en empezar por creer, por afirmar, por plantear explícita ó implícitamente algunos principios ó proposiciones y

deducir de ellos consecuencias. El dogmatismo admite una certidumbre absoluta en oposición al excepticismo, que es la inclinación á la duda.»—(*Diccionario enciclopédico de Gaspar y Roig*).

Sin la fe, esa virtud tan decantada por católicos y protestantes, mahometanos y judíos, el espiritualismo, con todas sus consecuencias, desaparecería de la superficie del globo.

El *monismo* no se ha desarrollado sino bajo la forma de materialismo, porque el dinamismo de Leibnitz no ha tenido prosélitos.

No ha faltado quien ha negado la existencia de la materia, de los cuerpos y hasta de los seres... y de su propia existencia.

Por lo demás, yo no veo diferencia, como quiere E. Ferrière, entre el materialismo que admite la fuerza como propiedad de la materia y el spinozismo admitiendo que la materia es enérgica por sí misma, que tiene la propiedad de ser activa.

A este *quid* que da vida á la materia, que produce los fenómenos, podemos darle cuantos nombres queramos: *fuerza, energía, espíritu...* Schopenhauer le llamó *voluntad*, Hæckel *alma*, los panteístas *Dios*; pero no conseguimos saber lo que es. Esta ignorancia es la que origina los sistemas, de cuya crítica no me ocuparé ahora y sólo diré con respecto al materialismo que le encuentro un gran defecto: el buscar la causa de los fenómenos.

Y, por supuesto, ni la ha encontrado, ni la encontrará nadie.

¿Por qué los cuerpos tienen propiedades? ¿Por qué

aparecieron los seres vivos? ¿Por qué fué creado ó por qué existe el universo?...

Esto equivale á preguntar: ¿por qué un triángulo tiene tres lados?

El descrédito de la filosofía materialista proviene de que se la exige lo imposible: que lo explique todo, que lo compruebe todo.

«Los filósofos no saben explicarse el espíritu, como tampoco los naturalistas; pero éstos saben lo suficiente para no intentar una explicación.»—(*J. Moleschott*).

«La filosofía no busca de donde viene el mundo, ni porque existe, sino sólo lo que es el mundo.»—(*Schopenhauer*).

Los espiritualistas tampoco nos lo explican satisfactoriamente. Imagínanse un Dios á semejanza de un hombre, que lo ha hecho y arreglado todo tal como lo haríamos nosotros, pero de esto no dan pruebas científicas.

Debemos contentarnos con saber que no podemos abarcar tan vasto problema y dar límites prudentes á la filosofía.

¿Qué importa que no sepamos lo que al mundo da vida? Ya que no podemos dudar de nuestra propia existencia procuremos que ésta sea agradable.

Bastará para ello remover las causas de nuestros males, y estas causas son principalmente los errores y las supersticiones.

Una sociedad fundada sobre mentiras y absurdos vivirá, pero no puede ser feliz.

Siendo la verdad sencilla y clara y único el objeto de nuestra observación, ¿cómo es que se aprecia de

tan distinto modo? ¿Cómo es que hay tantos pareceres sobre el universo, el alma, la vida futura, etc.?

Consiste en que cada persona tiene su organización, su instrucción, su educación, sus aptitudes y sus intereses particulares, condiciones diferentes con arreglo á las cuales fórmase el concepto de las cosas y se expresa cada cual á su modo.

«¿De dónde tantos sistemas para explicar los fenómenos de la naturaleza?

»De una suposición gratuita que el inventor del sistema tuvo á bien asentar como primera piedra del edificio.

»Los mayores talentos se hallan expuestos á este peligro siempre que se empeñan en explicar un fenómeno, careciendo de datos positivos sobre su naturaleza y origen.

»Si una hipótesis me explica satisfactoriamente un fenómeno que tengo á la vista, podré admirar en ella el ingenio de quien la inventara; pero poco habré adelantado para el conocimiento de la realidad de las cosas.

»Este vicio es más común de lo que se cree.»—  
(*J. Balmes*).

El hijo político de Mahoma decía:

«Los hombres se parecen más que á sus padres, á los tiempos en que viven.»—(*El califa Ali*).

Que los hombres, por sabios que sean, no discurren siempre acertadamente es una aserción que no trataré ahora de probar. Lo extraño es que nos creamos poseedores de la verdad; que todo el que no piensa como nosotros es un mentecato. Y si procuramos atraerle á nuestra opinión nos disgusta en extremo no poderlo conseguir.

No me digáis que para eso está la lógica, porque á pesar de todos los argumentos y aun de los hechos evidentes, no convenceréis á nadie de que es un majadero y de que lo que piensa, dice y hace no son sino disparates.

La instrucción podrá suministrar elementos al juicio, pero la lógica no da criterio al que no lo tiene.

Me encanta el filósofo catalán porque opina así, y porque dice (como yo creo) que en toda cuestión hay un fondo de interés y de amor propio que le da calor y sin lo cual muchas de esas acaloradas disputas no tendrían lugar.

Estamos sujetos á muchas ilusiones y abrigamos muchas prevenciones.

«En los primeros pasos de la carrera (dice el citado Balmes) se nos presentaron ciertos axiomas como de eterna verdad. Las razones que militaban por otra parte nunca se consideraron como pruebas. No se trataba de convencer, sino de vencer. Si no fuese así, ¿cómo es que una serie de hombres ilustres por su saber y virtudes han visto todos una cuestión de una misma manera, al paso que sus adversarios no menos esclarecidos la han visto de una manera opuesta? ¿Podría ser ignorancia de la materia cuando consumían su vida en estudiarla?»—(*El Criterio*).

«Para dar valor á los argumentos en pró ó en contra de una doctrina, es preciso examinar antes la competencia de los que las sustentan. Muchos podrán ser aptos para mecerse en el terreno de la metafísica y de la filosofía abstracta, pero tocante á las ciencias de observación y experiencia, son como un niño que pretendiera candorosamente resolver los problemas



de álgebra superior, tan solo por haber aprendido á leer.»—(*P. Casanova*).

«Todo hombre tiene obligación de consagrar sus esfuerzos á su subsistencia hasta la última hora de su vida: una pequeña parte escogida apenas puede dedicarse al ocio del pensamiento.»—(*E. Pelletan*).

Un médico de Carcagente decía:

«Vulgo son todos aquellos que no saben la ciencia que van á juzgar, por más ilustrados que puedan ser en otras materias: *tractent fabrilia fabri*.»—(*Ild. Martínez Fernández*).

Y en la cuestión presente hay más vulgo de lo que se cree.

Contrasta en gran manera la dificultad que ella envuelve en sí con la ligereza con que se debaten en conversaciones particulares, sobre la mesa del café, en la tertulia, en el paseo, y en todas partes, esos asuntos que absorben la vida entera de los hombres más eminentes.

Es verdad que lo mismo acontece en asuntos de medicina en que todos se creen con derecho á intervenir y juzgar la conducta del médico.

«Leed todas esas críticas apasionadas vertidas por incompetentes doctores, y comprenderéis que si algo revelan es la desdichada nulidad del que las emite, más desdichada aun si son el reflejo arrogante y presuntuoso de una bella forma que encubre un pequeño corazón.»—(*P. Casanova*).

«En general puede afirmarse que no hay cuestiones agotadas, sino hombres agotados en determinada cuestión.»—(*S. Ramón Cajal*).

«Si durante largo tiempo el hombre pudo limi-

tarse á estudiar los fenómenos, mientras la ciencia adquirió su valor, hoy podemos atravesar ese vestíbulo de la verdad, y penetrando más allá de la materia, elevarnos á la noción de las cosas intelectuales.» —(*C. Flammarion*).

«La explicación racional y positiva del hombre y de la naturaleza que le rodea es una de las aspiraciones más dignas y loables que el hombre puede perseguir; porque acaso más que ninguna otra se halla impregnada con el perfume del amor y de la caridad universales.» —(*S. Ramón Cajal*).

«El espíritu del hombre ha querido siempre ardentemente un sistema de la naturaleza y aspirado á penetrar el secreto del mundo. En su infancia él lo ha pedido á las religiones. Estas le han respondido, pero sus respuestas no han podido mantenerse ante el desenvolvimiento de las ciencias. Más tarde el hombre se ha dirigido á los filósofos y la Grecia antigua ha agotado para satisfacerle tesoros de pensamientos. Hoy día, después de la caída del hegelianismo, la ciencia es la sola, la única autoridad, que puede responder y tomar con sus métodos y en los límites humanos la obra que las religiones y los filósofos no han podido satisfacer. Una ciencia general se elevará, y constituirá sobre estas síntesis tan largo tiempo buscadas? Lo esperamos. Pero si nuestra esperanza ha de quedar desvanecida; si las ciencias particulares, llegadas á su completa terminación, han de quedar condenadas al aislamiento, el esfuerzo que en el día se intenta no sería por esto estéril. Mientras que los monumentos de las cosmologías religiosas y filosóficas se han venido abajo esparciendo los materiales por

el suelo, el de las ciencias no debe elevarse sino sobre sólida y poderosa base, sobre las ciencias particulares. Estas ciencias, formando por sí solas edificios completos, no deberán jamás arruinarse; quedarán en pie y probarán que el trabajo del hombre no se hace nunca en vano, cuando se limita al dominio de la naturaleza.»—(*E. Cazelles*).

«Si arrojamos una mirada sobre la historia de la civilización de los pueblos vemos que en todas épocas se ha pensado con gran diversidad acerca de la virtud, acerca de Dios y acerca del derecho, sin creer que estas opiniones eran inexactas.»—(*Krahmer*).

«Desde que el hombre ha pensado se ha ocupado de la idea de Dios, y en presencia de opiniones y de sistemas contradictorios, sin poder llegar á la solución de un problema tan importante.

El mundo, sin embargo, marcha porque su existencia no puede depender de la solución de una cuestión á la cual nunca podrá contestarse con exactitud.»—(*L. Büchner*).

Sistemas filosóficos no hay más que dos, el *espiritualismo* y el *materialismo*, que corresponden y se amoldan á dos tendencias que se observan en los hombres; pero como la inmensa mayoría no se entusiasma por averiguar el origen y el fundamento de las creencias aceptadas, me veo obligado á admitir otro tercer sistema, que es el *eclecticismo*.

La Religión, la Ciencia y la Sociedad son los tres campos de acción y los representantes de estos tres partidos.

Son espiritualistas, los que dotados de exquisita

sensibilidad y de viva imaginación están predispuestos al amor, á las ilusiones, en donde experimentan embriagadores placeres, que contrastan con el disgusto que les causa la verdad, porque desvanece las ilusiones y empequeñece al individuo. Rinden culto al pasado.

Son materialistas, los que dotados de espíritu investigador procuran con ansia averiguar la causa de las cosas y la relación de causalidad entre los fenómenos observados; se disgustan al experimentar una decepción; no se fían de nadie, ni de nada y no se convencen sino con poderosas razones ni se rinden sino ante la evidencia. Lo esperan todo del porvenir.

Son eclécticos, los que dotados de gran instinto de propia conservación (egoísmo), ya sea por apatía, ya sea por ineptitud, ya sea por consideraciones ó conveniencias sociales, no se quieren tomar el trabajo de averiguar de parte de quién está la razón y la verdad, y si lo presumen no quieren manifestarlo, porque les ocasionaría disgustos. Consagran su vida al presente.

Este sistema no es por consiguiente filosófico, ni político, ni religioso. Es el de los indiferentes que llenan el mundo; que engruesan las filas de los partidos reinantes; que huyen de los dos extremos; que pretenden conciliar las cosas más opuestas y antagónicas; y si nada tienen de fanáticos, en cambio, nada tenemos que aprender de ellos, si no es el *ars vivendi*.

El eclecticismo ha sido acerbamente criticado por J. Moleschott, que en *La circulation de la vie*, dice:

«La investigación excluye la revelación. Toda tentativa de conciliación fracasa ante las contradicciones. En la ciencia como en la política es preciso esco-

jer con convicción entre la derecha y la izquierda si es que queremos asegurarnos la confianza que en todas partes solo merece y se concede al que observa una absoluta fidelidad á las ideas y á los principios.»

El autor de *Fuerza y Materia* escribe así:

«Naturaleza y experiencia: estas son las dos palabras que representan el espíritu moderno.

El mundo no es la realización del pensamiento de un Creador único, sino una cadena de hechos que tenemos que admitir tal cual es, y no tal como nuestra fantasía quiera imaginársela.»—(*Büchner*).

«La Revelación es un contrasentido. No hay más revelación que los pensamientos de los sabios.»—(*Schopenhauer*).

«Nadie tiene el derecho de hacer intervenir la acción de la finalidad en el dominio de los fenómenos naturales.»—(*Weisman*).

Comparad este modo de expresarse con el que tiene el Dr. Call, de Barcelona:

«El hombre que no sueña en este mundo sufre mucho, porque no es práctico vivir despiertos: que únicamente es la imaginación la que da positivamente calor y encanto á la vida.»

«Puede asegurarse que el hombre que no cree en Dios es porque está loco. Los sanos de espíritu creen en Él. No me esforzaré en argumentar más sobre este tema, pues no es este mi propósito. Los que creen ya me entienden, y para los que no creen no bastan los razonamientos, porque están enfermos: son fanáticos del escepticismo.»—(*Higiene del alma*).

Otro autor, poniendo sin duda los ojos en blanco, escribió:

«La vida es un combate cuya palma está en los cielos.»—(*C. Delavigne*).

El Dr. Chevreuil, decía:

«Estoy convencido de que existe un Sér creador de una doble armonía, la que señorea el mundo inanimado y la que rige el mundo organizado y vivo. No concibo cómo esta doble armonía haya podido ser producto del acaso.»—(*La Phisique moderne*).

La fe, dice el canónigo Castellote, define al hombre mejor que la ciencia, que lo mutila, y mejor que la filosofía que solo acierta á columbrar la nobleza de su origen y la eternidad de sus destinos.

Y ved cómo lo define:

«El hombre es un solo sér, una sola persona, una sola naturaleza, una substancia compuesta de dos elementos unidos, pero no confundidos: distintos pero no separados: que eso y no otra cosa quiere decir la Iglesia cuando declara que el alma es la *forma substancial* del cuerpo humano.»—(*Confer. científico-religiosas*).

Los que quieren conciliarlo todo, escriben así:

«La función de la ciencia es puramente temporal y terrestre: aspira á realizar el progreso. El reino de la religión no es de este mundo; todo su deseo se cifra en la esperanza de una vida futura.

»Hasta allí donde llega la razón llega la ciencia. Donde ésta se apaga se enciende la llama de la religión: la fe. El punto de contacto es tan insensible como misterioso. De modo que á veces pensamos estar desolviendo un problema de Historia natural y nos hallamos admirando estáticos las obras de Dios.

»Jamás se ha encontrado un pueblo sin religión porque no hay pueblo que carezca de la mujer, símbo-

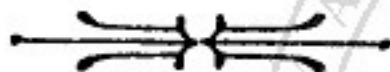
lo donde están encarnados todos los destellos del sentimiento: amor, poesía, religión.» — (*P. Casanova*).

Ya veis cuán distintas tendencias se revelan por el simple enunciado de estos párrafos.

Por eso en este libro no entablo controversia alguna, contentándome con suministrar datos que después han de servirme de antecedentes para juzgar las cuestiones.

La multitud de textos que contiene y la diversidad en el carácter y condición social de los autores citados prueba son de imparcialidad, y de que he procurado estudiar las opiniones más distantes y opuestas, haciendo justicia á los sabios que las concibieron y publicaron.

Desde el ateo más recalcitrante hasta el más crédulo ministro protestante, desde el reformista exajerado hasta el fraile sumiso, y el obispo católico, incluso el Santo Padre, han ocupado su pequeño espacio; y aunque quisiera mencionar la multitud de libros, folletos, artículos y periódicos que me han servido para su redacción, cosa menos que imposible, lo haré solo de algunas publicaciones en la *bibliografía*.



## RESUMEN Y DEDUCCIONES

---

Bastante hemos vivido en las tinieblas.

*Est. Dolet.*

En todo pueblo hay una luz encendida, el maestro de escuela. Y detrás una boca que sopla, el jesuita.

*Victor Hugo.*

La fe y la ciencia son dos cosas distintas y como los platillos de la balanza, cuando el uno sube el otro baja.

*Schopenhauer.*

La investigación científica es el solo derrotero que puede conducirnos á una explicación racional y positiva del hombre y de la naturaleza que le rodea.

*S. Ramón Cajal.*

**E**L determinar la naturaleza y destino del hombre es una cuestión ardua y complexa, que nos interesa por ser el origen de nuestras opiniones político-religiosas y el fundamento del orden social.

En este libro no hago más que plantear el problema, que es lo principal, y encaminarlo acertadamente para encontrar su verdadera solución. Por eso traté de averiguar, ante todo, qué profesión es la encargada de ello, qué ciencia ó ramo del saber humano es la com-





petente. He dicho que era la filosofía y he tratado de definir y dar sus límites racionales á esta ciencia; pero ¿quién es el que la explica? ¿En dónde se trata la cuestión que nos ocupa?

«La ciencia experimental es esencialmente positiva, en el sentido de que, en sus conceptos, jamás interviene la consideración de la esencia de las cosas, del origen del mundo y de sus destinos.»—(*Pasteur*).

Tampoco las ciencias abstractas se ocupan de eso, sirviendo solo de preliminares á otros estudios. Las matemáticas á las ciencias físico-químicas: éstas á las ciencias naturales. Después de esto es cuando debe estudiarse la metafísica que es la introducción á la filosofía y en ésta abordar de frente la cuestión y resolverla según el estado actual del saber humano permita para deducir consecuencias prácticas.

Repasando los programas y las asignaturas de la enseñanza oficial observo que á la palabra *filosofía* no se le da la verdadera interpretación. Prueba de ello es que en la Facultad de Filosofía y Letras se estudia mucha literatura é historia y algo de metafísica. Esta última se incluye también en la Facultad de Derecho: y escusado es decir, que ni en las Facultades de Medicina y Farmacia, ni en las secciones de Ciencias, matemáticas, físico-químicas y naturales, ni en las escuelas de Ingenieros se estudia filosofía. En los Institutos se conoce con ese nombre la psicología, lógica y ética y en estos cursos, como en los de historia sagrada y profana, en los de religión y teología, y en los de ontología y crítica, se enseña la filosofía *angelical*, es decir, del *Angel de las Escuelas*.

Resulta, pues, que la filosofía, y especialmente la

*materialista*, no se cursa en ninguna parte, ni se conoce tal asignatura, sino por las insinuaciones que pueden hacer algunos catedráticos oportunamente al tratar asuntos que se relacionen con la naturaleza y destino humanos, y entonces puede sucederles lo que á J. Moleschott, que arrojado de Heildelberg (en 1855) tuvo que refugiarse en Suiza; ó á Odón de Buen, no hace mucho, que vió comprometida su cátedra; ó á otros varios, perseguidos por sus tendencias anticatólicas.

Y si esto sucede en el siglo de la ilustración y de la libertad, ¿qué habrá sido en los de ignorancia y tiranía?

• «La ciencia no ha ocupado siempre el lugar que le corresponde en el dominio de la inteligencia; su autoridad ha sido despreciada; sus enseñanzas combatidas; sus principios desconocidos; sus progresos, durante muchos siglos, han sido lentos y trabajosos.»—(*G. Tisandier*).

La historia de la civilización nos lo ha demostrado, enseñándonos cuánto tiempo ha sido necesario y cuántas dificultades y obstáculos han tenido que vencerse para que la humanidad haya adquirido condiciones para ventilar esta cuestión.

Mientras tanto, ¿cómo se ha discutido? Apelando no al razonamiento sino á las armas; no al derecho sino á la fuerza; no á la demostración sino al engaño; no al argumento que convence y satisface sino al castigo que atormenta y horroriza; no á la ciencia sino á la revelación; en una palabra, se han impuesto las creencias.

Pero algunos hombres comprendieron que siendo

la naturaleza nuestra madre, ella solo podría enseñarnos la verdad. La dificultad ha estribado en comprenderla, en interpretar su lenguaje, porque esto exige una educación preliminar. Mas cuando hemos empezado á deletrear en el gran libro del mundo, y á comprender los lazos que con él nos unen y á inducir nuestra propia naturaleza y á conocer nuestros derechos naturales y nuestro destino; cuando la ciencia á echado abajo las ridículas y absurdas cosmogonias, hemos notado, no sin cierta sorpresa, que era preciso formar otro concepto del Universo y dar otra dirección á nuestra organización social.

El autor de *La circulación de la vida* se expresa así:

«El triple dominio de la sociedad, del arte y de la ciencia es el teatro de luchas que derriban lo que hay de más íntimo en nuestra vida: luchas que tardan en decidirse, porque en ellas toman parte no sólo elementos diametralmente opuestos sino también tentativas de conciliación dignas de ser tenidas en cuenta, puesto que son legítimas y necesarias y forman parte de la evolución.

En el dominio del Estado dos potencias se disputan la posesión de la humanidad. Los gobiernos, amparados en la gracia de Dios, y el pueblo que combate por sus ideas humanas. Ni uno ni otro creen posible poner de acuerdo las ideas contradictorias de una inspiración divina y de la libertad humana.»—(J. Moleschott).

—  
Ahora bien, para buscar la verdad en la cuestión que nos ocupa, conocemos dos procedimientos distintos: la revelación y la ciencia.

¿Cuál de los dos es el admisible?

Yo creo que aquel que sea más racional y susceptible de comprobación ó verificación.

La filosofía materialista se apoya en las ciencias particulares que empiezan por las matemáticas.

La filosofía espiritualista se apoya en la revelación, que tiene por base la fe; que se nos comunica por los hombres. Es decir, que empezamos por afirmar lo que queremos probar. Petición de principio.

Esto en cuanto á la lógica ó procedimiento de la discusión, pero ¿y en cuánto á las consecuencias?

«La controversia entre el materialismo y el espiritualismo, no es, como supone H. Spencer, una guerra de palabras,» porque se traduce en hechos prácticos de trascendencia. Aun admitiendo con el filósofo inglés, que es igualmente absurdo por parte de los combatientes figurarse que comprenden lo que no puede comprender ningún hombre, y que nos es imposible obtener un conocimiento absoluto de las cosas: estos postulados apagarían el ardor y el celo de los que por sostener un dogma religioso son capaces de morir, y mejor aun, de sacrificar millones de seres humanos.

«La experiencia nos enseña que las opiniones sagradas fueron el verdadero origen de los males del género humano.»—(*Diderot*).

«Los horrores del fanatismo en la historia nos son conocidos como procedentes, propiamente hablando, de las religiones monoteistas (judaísmo, cristianismo, islamismo).»—(*Schopenhauer*).

«El cristianismo ha dado ocasión continua á que se derrame la sangre humana, mientras los epicúreos, que niegan la providencia y la inmortalidad del alma,

á nadie han producido daño, ni incomodidad.»—(*Holbach*).

El director de *El Pueblo*, dice: «Se puede asegurar que todos nuestros males provienen de la instrucción clerical que han recibido las dos generaciones presentes.»—(*V. Blasco Ibáñez*).

No hay más que abrir el libro de la historia para ver la influencia poderosa que ha tenido la religión en la constitución de los pueblos.

Y sin embargo, en el terreno práctico, obstáculos insuperables se oponen á que triunfe el nuevo orden de ideas; á que se releguen al olvido absurdos inveterados y á que la sociedad se reorganice sobre un nuevo sistema, fundado en la verdad y en la justicia. Una gran parte de esta masa social, refractaria á la ciencia, no acepta las innovaciones, ni se detiene á considerar las ventajas que habrían de proporcionarle.

«La oposición á nuestra doctrina no debe buscarse en su falsedad, ni en la ofensa moral. El amor á la vida tranquila, aquella especie de sueño, de narcosis senil, que nos convierte en arqueólogos, que nos hace mirar como sagrado todo lo antiguo, como la indisolubilidad del matrimonio, el libre alvedrío, la utilidad de los estudios clásicos, etc., eso es lo que nos hace sordos á las demostraciones más evidentes. Sobre todo cuando el interés práctico se ve lejano.»—(*C. Lombroso*).

Pero ¿y cuándo la reforma consecutiva á una doctrina lleva consigo irremisiblemente, la disminución ó pérdida completa del actual bienestar en los pocos hombres que dirigen la sociedad?

¿Quién tiene la abnegación de sacrificarse en aras

de la verdad y del bien público cuando la masa popular, que ha de ser la beneficiada, es precisamente la que permanece indiferente ó tal vez refractaria á la innovación?

Bien puede decirse y asegurarse que las naciones no desaparecen con más frecuencia y continúan viviendo, atravesando crisis espantosas y abrigando en su seno poderosas causas de destrucción, porque son organismos dotados de instintos de conservación y resistencia vital.

Si en la acepción común, filósofo significa el que se ocupa en la investigación de la naturaleza, propiedades y relaciones de los seres (Balmes), aquel que sea más filósofo, comprenderá mejor el mundo, en el orden físico y moral; adivinará lo que ha de suceder, porque descubre las causas de los fenómenos; no atribuirá los hechos á la casualidad, ni tampoco á la influencia de seres misteriosos, sino á la acción de leyes que obran fatal y necesariamente y tomará las medidas convenientes para precaver y evitar los males y fomentar los bienes, en vez de esperar resignado.

Porque «será una virtud la resignación, pero los hechos nos enseñan que no es á los que se resignan al destino, sino á los que contra él se revelan, á los que pertenece el mundo.»—(*Alfredo Calderón*).

Balmes dice: ¿Para qué se nos ha dado la razón sino para valernos de ella y emplearla como guía de nuestras acciones?

Y en el individuo, como en la colectividad, la dicha y bienestar dependerán de la dirección que impriman á su conducta, de conformidad con el concepto

formado de las cosas; es decir, de la ilustración y buen criterio.

Por consiguiente la ignorancia es la causa principal de nuestros males.

Un escritor moderno, lamentando las desdichas de España, dice que no es en éstas sino en la causa que las origina en lo que hay que pensar.

«Somos incompatibles con la civilización. El adelanto nos estorba. La libertad nos ahoga. La ciencia nos fatiga y cada día que transcurre damos un paso hacia atrás.

»Y es que no en balde pesa sobre nosotros un fardo enorme de prejuicios.

»La voluntad de los Papas: cuatro siglos de intolerancia religiosa y de monarquía absoluta, durante los cuales todo el pan intelectual del pueblo español ha sido amasado con encíclicas y pastorales, breves y bulas.

»En las Universidades de España aún se enseña historia novelesca, religión y moral y filosofía tomística. La educación corre á cargo de clérigos y monjas; y, mientras Europa se preocupa en los problemas sociológicos, aquí es aún un peligro el carlismo.

»Por eso no ha salido ni un químico, ni un inventor, ni un estadista, ni un filósofo. Lo que se llama un hombre.

»Un pueblo así no se regenera jamás. Es un pueblo condenado á la inutilidad, á la impotencia.

»Es un pueblo muerto por la religión y el absolutismo.»—(A. Marsillach).

—  
Sin ser tan pesimista como este escritor, he obser-

vado que en nuestro país el vulgo es muy numeroso; las tendencias á la instrucción escasas. Leemos con más fruición las novelas y los periódicos cuando tratan de diversiones públicas ó cuestiones personales, que los libros científicos y de filosofía.

Es un pueblo niño. Es la imaginación la que domina.

Para juzgar á una persona no hay más que observar cómo y en qué invierte su dinero. Notad en qué gasta el pueblo español su riqueza. En sostener la soberbia de la casa real y el esplendor del culto católico; en mantener un numeroso Estado Mayor General al frente de un poderoso Ejército y una costosa Marina, con una nutrida falange de funcionarios públicos; en generosas recompensas por servicios de dudosa utilidad para el pueblo; en grandiosos monumentos que realcen hazañas legendarias; en maravillosos espectáculos públicos y privados; en el escrupuloso atavío y compostura de la propia persona... Es decir, en lujos y en vanidades.

Y cuando de esto se cansan, se emplea la actividad y el dinero en luchas personales y en guerras civiles.

Es lo que hacen los niños: jugar, reñir y destruir.

Y esto no sucede solo en nuestro país.

En pocos ó en ninguno se tiene formado todavía el concepto de libertad y de moral.

Mientras vencida la católica España queda sumida en el dolor y en la miseria, después de haber luchado desesperadamente por combatir la libertad religiosa en Filipinas y la libertad política en las Antillas; mientras que la fanática y degenerada Turquía indigna con



sus imposiciones á Grecia y con sus matanzas de cristianos; las naciones que van á la cabeza de la civilización, contemplan mudas el espectáculo, pactan entre sí alianzas y agotan sus presupuestos en mantener formidables ejércitos y en satisfacer los intereses de una exorbitante Deuda pública que se han visto obligadas á contraer. Así es como en vez de evitar conflictos los provocan; en vez de amparar al débil lo anadan; en vez de dar á cada cual lo suyo, procuran engrandecerse á expensas de los caídos.

¿Cómo obrar de otra manera si la moral actual, en lugar de estar fundada en la fraternidad tiene por base una religión positiva?

Dígase lo que se quiera, en Europa, modelo de cultura, como en América del Norte, entusiasta por las artes y las ciencias, la civilización se encuentra á fines del siglo XIX muy atrasada, porque es tan inmensa la masa social inconsciente y apática que tiende á la quietud y al retroceso, como pequeño y pervertido el grupo de hombres, la levadura, encargada de hacerla mover y progresar.

Por eso termino copiando un párrafo de *La religión al alcance de todos*:

«No nos hacemos la ilusión de convertirnos con este libro á la religión verdadera: pero sí esperamos que usando en lo posible de vuestra inteligencia y, ya que no podáis arrojar lejos de vosotros la superstición, hagáis dar á vuestros hijos un paso en el camino de la verdad. Ellos harán dar otro á vuestros nietos.

»A los pueblos no se les puede educar en una, ni en dos generaciones. El verdadero progreso es lento, pero no retrocede.»—(R. H. Ibarreta).

## BIBLIOGRAFÍA

1 **Agrupación Socialista de Valencia.**—*El Doctor Escuder y los Socialistas.*—Valencia, 1896.—Un folleto de 110 pág., 135 por 81 milímetros de plana.

2 **H. Ahrens**, prof. de Derecho en Gratz.—*Curso completo de Derecho natural ó de filosofía del derecho*, con arreglo al estado actual de esta ciencia en Alemania, trad. por D. M. M.<sup>a</sup> Flamant.—Madrid, 1864.—Un tomo de 520 pág., 170 por 99.

3 **M. Alonso Martínez**, Doctor en Derecho.—*Examen del derecho de propiedad.*—Madrid, 1886.—Biblioteca de «La Correspondencia de España.»—Un tomo de 168 pág., 122 por 82.

4 **Enrique Alvarez**, Abogado, etc.—*Medios de evitar la mendicidad. La pena de muerte*, su abolición. *El juego*, su reglamentación, etc.—Memorias premiadas por la Sociedad Económica de Amigos del País, publicadas por «El Correo de Valencia.»—1892.

5 **Rafael Alvarez Sereix**, Ingeniero de Minas, geodesta del Instituto Geográfico y Estadístico.—*Calor y Electricidad.*—Madrid, 1888.—Folleto de 64 pág., 105 por 63.

6 **Alejandro Bain**, Prof. de Lógica en la Univers. de Aberdeen (Inglaterra).—*Les sens et l' intelligence*, traduit de l' anglais, par M. E. Cazelles, con 8 fig. en el texto.—París, 1874.—Un tomo de 664 pág., 162 por 93.

7 **Jaime Balmes**, Presbítero.—*El criterio*.—Barcelona, 1848.—Un tomo de 384 pág. y 8 de índice, 147 por 83.

8 **Del mismo autor**.—*Filosofía fundamental*.—Barcelona, 1868.—Cuatro tomos, sumando 922 pág. y el índice, 147 por 84.

9 **H. Beaunis**, Prof. de la Facultad de Medicina de Nancy.—*El sonambulismo provocado*. Estudios fisiológicos y psicológicos, trad. por E. Simancas y Larsé.—Madrid, 1888.—Un tomo de 258 pág., 130 por 77.—4.<sup>a</sup> edición, en la librería de Bailly-Balliere.

10 **Del mismo autor**.—*Nouveaux elements de Physiologie humaine*.—París, 1888.—Dos tomos, con profusión de grabados, de 736 y 930 pág., 190 por 113.

11 **Biblioteca de la Antorcha Valentina**.—*Catecismo de moral*, por Cazalla.—Valencia, 1897.—Folleto de 48 pág., 120 por 72.

12 **Biblioteca del Crisol**.—*Los médicos perseguidos por la Inquisición*, por el médico D. Ildefonso Martínez.—Un tomo de 96 pág., 180 por 104.

13 **Charles Briot**.—*Cours de Cosmographie ou elements d'astronomie*, comprenant les matieres du programme officiel pour l'enseignement des lycees.—París, 1872.—Un tomo en 4.<sup>o</sup>, de 328 pág.

14 **Odón de Buen**, Doctor en Ciencias naturales, catedrático, oficial de Instr. públ. en Francia.—*Historia natural*.—Barcelona, 1897.—Dos tomos de 890 y 1.035 páginas, 230 por 150, á dos columnas, con profusión de grabados y láminas.—Edición popular.

15 **Del mismo autor**.—*El concepto de la naturaleza*. Discurso.—Barcelona, sin fecha.—Foll. de 48 pág., con la biografía del autor, por R. Pallás.

16 **Luis Büchner**, Doctor en Medicina en Darmstadt. — *Science et nature*. — Essais de philosophie et de science naturelle, trad. de l'allemand, par A. Delondre. — París, 1866. — Dos tomos de 492 pág., 146 por 84.

17 **Del mismo autor**. — *Fuerza y materia*. — Madrid, 1868. — Un tomo de 276 pág., 145 por 81. — Versión castellana por A. Avilés.

18 **Del mismo autor**. — *El hombre según la ciencia: su pasado, su presente, su porvenir, ó sea ¿de dónde venimos? ¿quiénes somos? ¿á dónde vamos?* — Exposición seguida de gran número de aclaraciones y notas científicas é ilustrada con 36 grabados, trad. por R. B. Moraton. — Barcelona, Jané hermano, editor, sin fecha. — Un tomo de 359 pág., 153 por 94.

19 **J. Call**, Doctor en Medicina, bibliotecario de la Facultad de Medicina en Barcelona. — *Higiene del alma*. — Barcelona, 1888. — Un tomo de 333 pág. y 1 de índice, 150 por 90.

20 **Peregrín Casanova**, Doctor en Medicina y catedrático de la Universidad de Valencia. — *La ciencia y la religión*, como funciones sociales independientes. Discurso leído en el Instituto Médico Valenciano. — Valencia, 1879. — Folleto de 62 pág., 145 por 94.

21 **Del mismo autor**. — *Biología general*. — Valencia, 1884. — Un tomo de 416 pág. en 8.º

22 **Salvador Castellote Pinazo**, Doctor en Teología y Canónigo por oposición. — *Conferencias científico-religiosas*, pronunciadas en la catedral de Madrid. — Madrid, 1892. — Un tomito de 234 pág., 135 por 77.

23 **A. Cazin**. — *Las fuerzas físicas*. Breve exposición de las teorías é hipótesis sobre el origen y la esencia de las mismas. — Madrid, Biblioteca científico-

recreativa, por Gaspar y Roig.—Un tomito de 222 páginas, 133 por 78, con grabados intercalados.

24 **Víctor Cousin.**—*De lo verdadero, lo bello y lo bueno.*—Curso de filosofía sobre el fundamento de dichas ideas absolutas, trad. por M. Mata.—Valencia, 1873.—Un tomo de 411 pág., 186 por 76.

25 **Mariano Cubí i Soler.**—*Sistema completo de frenología, con sus aplicaciones al adelanto i mejoramiento del hombre individual i sozualmente considerado,* por D. Juan Oliveres.—Barzelona, 1846.—3.<sup>a</sup> edición.—Dos tomos, 743 pág., 141 por 78 y una lámina.

26 **Carlos Darwin.**—*Origen de las especies por selección natural ó la conservación de las razas favorecidas por la lucha por la existencia,* trad. por E. Godínez.—Madrid, 1877.—Un tomo de 570 pág., en 4.<sup>o</sup>

27 **Del mismo autor.**—*La descendencia del hombre y la selección en relación al sexo,* trad. del inglés por D. J. del Perojo y D. E. Camps.—Madrid, sin fecha.—Un tomo de 726 pág., en 4.<sup>o</sup>

28 **J. Delbœuf,** Prof. de la Universidad de Lieja.—*La materia bruta y la materia viva,* trad. por D. A. Zozaya.—Madrid, 1890.—Bibliot. económica de filosofía, vol. 50. Un tomo de 157 pág.

29 **J. B. F. Descuret,** Doctor en Medicina de París.—*La medicina delle passioni.*—Firenze, 1844.—Un tomo de 500 pág., 173 por 101.

30 **Juan Guillermo Draper,** Doctor en Medicina en Nueva York.—*Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia,* trad. del inglés por A. T. Arcimis, con un prólogo de D. N. Salmerón.—Madrid, 1892, 2.<sup>a</sup> edición.—Un tomo de 316 pág. y 84 en números romanos, 136 por 81.

31 **M. Encinas del Soto**, Doctor en Teología, Lic. en Filosofía y Letras, catedr. del Seminario Conciliar de Valencia.—*Breve exposición de la Doctrina cristiana*. Obra de texto.—Valencia, 1887.—Un tomito de 344 pág., 120 por 72, con 5 de índice.

32 **J. M.<sup>a</sup> Escuder**, Doctor en Medicina.—*Quemas y Crímenes* (Causas), dedicado á D. N. Salmerón.—Valencia, 1881.—Imp. E. Pascual, y las 80 pág. primeras en la imp. de Guix.—Un tomo de 362 pág., 124 por 77.

33 **Del mismo autor**.—*Plus-Ultra*.—Madrid, 1890.—Un tomo de 404 pág., 120 por 81.

34 **Del mismo autor**.—*Locos y anómalos*.—Madrid, 1895.—Un tomo de 326 pág., 140 por 86.

35 **E. Ferri**.—*Socialismo y ciencia positiva*, trad. del italiano.—Madrid, 1895.—Foll. de 173 pág., 139 por 81.

36 **E. Ferrière**, Doctor en Medicina.—*La vie et l'âme*.—París, 1888.—Un tomo de 580 pág., 136 por 79.

37 **Del mismo autor**.—*El darwinismo*, versión castellana por M. Carreras S.—Madrid, Bibliot. de «La Medicina Práctica».—1890.—Un folleto de 151 páginas, 116 por 72.

38 **C. Flammarion**, Miembro del Obs. Astr. de París.—*La pluralidad de mundos habitados*, trad. de la 7.<sup>a</sup> ed. franc. por D. José Moreno.—Madrid, 1866.—Un tomo de 372 pág., 162 por 99.

39 **Del mismo autor**.—*Dios en la naturaleza*, traducción por A. Martínez del R.—Madrid, 1878.—Un tomo de 396 pág., 146 por 39.

40 **L. Gallois**.—*Historia general de la Inquisición*, escrita en francés por Mr. Leonardo Gallois, versión castellana de D. Francisco Nacente.—Barcelona, 1869.—Dos tomos de 226 y 216 pág., 130, por 76.

- 41 **J. Garnier.**—*Elementos de economía política*, traducida por D. E. Ochoa, y *Nociones de Estadística*.—Madrid, 1870.—Un tomo de 400 pág., 137 por 81.
- 42 **Amadeo Guillemin.**—*El mundo físico*. Ciencia popular, trad. de Manuel Aranda Sanjuán.—Barcelona, 1893.—Tres tomos, total 2.336 pág., 213 por 130.
- 43 **José Hernández Ardieta.**—*Conflictos entre la razón y el dogma*, ó memorias íntimas de un librepensador.—Barcelona, 1895.—Dos tomos de 800 pág. cada uno, 163 por 103, con láminas.
- 44 **Ant. Hernández Fajarnés**, catedrático de la Universidad de Zaragoza.—*La Psicología celular*. Estudios sobre la filosofía positivista.—Zaragoza, 1884.—Un tomo de 368 pág., en 4.º
- 45 **Luis Hernández Rico.**—*Dios y materia*.—Valencia, 1895.—Foll. de 16 pág., en 4.º
- 46 **R. H. de Ibarreta.**—*La religión al alcance de todos*.—Madrid, sin fecha.—Un tomo de 246 pág. y 8 de índice, 144 por 91.—24.ª edición.
- 47 **Ernesto Hæckel.**—*Ensayos de Psicología celular*, vers. castellana por D. O. Codina, con un prólogo del Dr. D. P. Casanova.—Valencia, 1882.—Un tomito en 8.º, con grabados intercalados.
- 48 **Dom Jacobus.**—*La iglesia y la moral*.—Madrid, sin fecha. Imp. Popular.—Dos tomos de más de 200 pág. cada uno, 148 por 90, y un catálogo de la Biblioteca de «El Motín.»
- 49 **P. Janet.**—*El materialismo contemporáneo*, versión española del Doctor Aguilar Lara.—Valencia, 1877.—Un tomo de 279 pág. y 1 de índice, 138 por 81.—Bibl. de Filos. contemp.
- 50 **Del mismo autor.**—*El cerebro y el pensamiento*,

vers. española del Dr. Aguilar Lara.—Valencia, 1878.—Un tomo 244 pág., 121 por 67.—Bibl. de Filos. contemp.

51 **P. Fr. Vicente de Jesús María**, lector de filosofía, carmelita descalzo. — *El materialismo*.—Valencia, 1888.—Un tomo de 224 pág. y 7 de índice, 135 por 81.

52 **Eduardo Laboulaye**.—*París en América*, traducido por L. M. G.—Sevilla, 1869.—Un tomo de 298 pág. y 2 de lista de suscrit., 126 por 75, de la Biblioteca Económica de Andalucía.

53 **Ch. Letourneau**. — *Fisiología de las pasiones*, traducción española de A. Abella.—Barcelona, sin fecha.—Biblioteca de ciencias y filosofía.

54 **E. Littré**.—*Dictionnaire de Médecine, Pharmacie, des sciences accessoires et de l'art Vétérinaire*.—París, 1865.—Douzième édition entièrement reformé par E. Littré et Ch. Robin.—Ouvrage contenant la synonymie latine, grecque, allemande, anglaise, italienne et espagnole.—Ilustré de 531 fig. inter. dans le texte.—Un tomo en folio de 1.800 pág., 205 por 129.

55 **César Lombroso**, Prof. de Antropología en Turín.—*Escritos de polémica*, trad. por A. Guerra. —Madrid, 1893.—Bibl. juríd. de autores contemp., vol. IV.

56 **Pedro López y Martínez**, catedr. de Metafísica en la Universidad de Valencia.—*El examen de la naturaleza humana nos enseña que el porvenir será de aquellos pueblos que sepan unir al vigor del sentimiento por sus ideales el mayor grado de educación é instrucción de sus individuos* (discurso).—Valencia, 1898.—Un folleto de 123 pág., 175 por 99.

57 **Ant. Llamosas C.**—*La muerte de Dios*.—Madrid, sin fecha.—Bibl. de «El Motín.»—Folleto de 174 páginas, 129 por 81.



58 **Mr. Macquer**, abogado del Parlamento de París.—*Compendio cronológico de historia eclesiástica*, escrito en francés y trad. al español por D. B. Zapata, doctor en Sagrados Cánones, prior de la iglesia parroquial de la villa de Falces.—Madrid, 1794.—Imp. Real.—Cuatro tomos de unas 600 pág., 139 por 75.

59 **Julio Magraner**, catedr. de Med. de la Fac. de Valencia.—*Concepto fisiológico del pensamiento*, discurso leído en la solemne apertura del curso de 1889-90 en la Univ. Lit. de Valencia.—Valencia, 1889.—Folleto de 64 pág., folio.

60 **José María Ordóñez**, abogado.—*Catecismo del pueblo*.—Albacete, 1869.—Foll. de 196 pág., 108 por 73.

61 **P. Zacarías Martínez Núñez**, agustino, prof. del Real Colegio del Escorial.—*Ciencia y filosofía. Estudios biológicos*.—Madrid, 1898.—Un tomo de 400 páginas, 145 por 81. Con un prólogo del Dr. Peña de 15 páginas, núms. romanos.

62 **Pedro Mata F.**, catedr. de Med. en la Universidad Central.—*Tratado de la razón humana*.—Tres tomos.—Madrid, 1858, 1859 y 1860.

63 **Carlos Mendoza**.—*Historia de la Civilización*.—Barcelona, sin fecha.—Bibl. de la «Ilustración Ibérica.»—Un tomo de 436 pág., 187 por 126, con profusión de grabados.

64 **Juan Meslier** (cura).—*Dios ante el sentido común*.—Madrid, sin fecha.—Bibl. de «El Motín.»—Un tomo de 214 pág., 142 por 81.

65 **José M.<sup>a</sup> Millet**, prof. de Derecho en la Universidad de Sevilla.—*La cuestión social*.—Madrid, 1872.—Un tomito de 276 pág., en 8.<sup>o</sup>

66 **Jac. Moleschott**, prof. á l' Universidad de Tu-

rín.—*La circulation de la vie. Lettres sur la physiologie en reponse aux lettres sur la chimie, de Liebig*, trad. de l' allemand avec autorisation de l' auteur, par le Dr. E. Cazelles.—París, 1866.—Dos tomos de 201 mas 233 páginas y 2 de índice, 136 por 80, con una dedicatoria del autor á JUSTUS LIEBIG, Mayence, 1852, de 4 pág. y un prefacio del trad. con 28 pág. núms. romanos.

67 **Miguel Morayta**, catedr. de la Central.—*Discurso sobre la civilización faraónica*.—Madrid, 1884.—Un folleto de 94 pág., 130 por 72, publicado por «La Reforma Burocrática.»

68 **Max Nordau**.—*Las mentiras convencionales de nuestra civilización*, trad. por R.—Madrid, 1887.—Un tomo de 450 pág., 147 por 91.

69 **Fabián Palasí**.—*Compendio de moral universal*.—Sabadell, 1896.—Un tomo de 192 pág., 127 por 82.—2.<sup>a</sup> edición corregida y aumentada.

70 **E. Peletan**.—*La profesión de fe del siglo XIX*.—Madrid, 1875.—Un tomo de 410 pág., 153 por 86.

71 **F. Pi y Margall**.—*Las luchas de nuestros días*.—Madrid, 1885.—Un tomito en 8.<sup>o</sup>

72 **Del mismo autor**.—*Las nacionalidades*.—Constituciones de Alemania, Estados Unidos, Austria y Suiza.—Madrid, 1882.—Un tomo en 8.<sup>o</sup> de 450 pág., con el retrato del autor, 130 por 76.

73 **C. Pigault-Lebrun**.—*El Citador*.—Coment. á la Biblia, trad. por A. García Moreno.—Madrid, 1884. Imp. Popular.—Un folleto de 164 pág., 143 por 80.

74 **M. Polo y Peyrolón**.—*Ignorancia religiosa é idolatría científica*.—Discurso de 26 pág., 137 por 81.

75 **Del mismo autor**, son los siguientes folletos publicados en 1894: *El anarquismo*.—*Pícaros frailes*.—

*Burgueses y proletarios.—Errores y horrores contemporáneos, etc.*

76 **A. Pontes Fernández.**—*Errores y preocupaciones populares.*—Madrid, 1868.—Un tomito de 208 páginas, 130 por 77.

77 **P. J. Proudhon.**—*Los evangelios anotados.*—Madrid, 1869.—Un tomo de 358 pág., 177 por 104, publicado por la Galería Popular.

78 **Th. Raleigh.**—*Política elemental*, trad. por Guerra.—Madrid, 1893.—Bibl. jur. de Aut. contemp.—Vol. III.—Foll. de 114 pág., 135 por 82.

79 **S. Ramón Cajal.**—*Fundamentos racionales y condiciones técnicas de la investigación biológica.*—Discurso leído en la R. A. de Ciencias exactas, físicas y naturales.—Madrid, 1897.—Foll. de 117 pág., 180 por 158 y discurso de D. J. Calleja.

80 **E. Renán.**—*Vida de Jesús*, trad. española.—Barcelona, 1897.—Un tomo de 313 pág. y 2 de índice, 151 por 95.

81 **Juan de Ribera**, arzobispo de Valencia.—*Sermón predicado en la iglesia catedral de Valencia después que se publicó el R. D. de expulsión de los moriscos.*—Valencia, Imp. Ortega, 1893.—Folleto en 8.º

82 **Th. Ribot**, agregado de Filosofía y Doctor en Letras.—*La psicología inglesa contemporánea* (Escuela Experimental), trad. y apéndice de Mariano Arés, catedrático de la Universidad de Salamanca.—Salamanca, 1877.—Tomo I, 233 pág. y 2 de índice.—Tomo II, 264 pág. y 2 de índice.—Apéndice de 34 pág.—Biblioteca Salmantina, tomos IV y V.

83 **Roberto Robert.**—*Los cachivaches de antaño.*—Madrid, 1869.—Un tomo de 352 pág.

84 **Del mismo autor.**—*Los tiempos de Maricastaña.*—Madrid, 1870.—Un tomo de 350 pág., 179 por 105. Ambos publicados por la Galería Popular.

85 **Ildef. Rodríguez Fernández**, catedr. de la asignatura de Historia de la Medic., doctor en Sagrada Teología y en la fac. de Filosofía y Letras, etc.—*Compendio de Historia crítica de la Medicina.*—Madrid, 1895.—Dos tomos de 653 mas 568 pág., 160 por 95, con láminas dibujadas por el autor.

86 **Juan Jacobo Rousseau.**—*Del contrato social*, traducido por A. Zozaya.—Madrid, 1883.—Bibl. econ. filosófica.—Un tomito de 206 pág., en 16.º

87 **Miguel Sánchez**, presbítero.—*La vida de Jesús.*—Impugnación de Renán.—Madrid, 1863.—Imp. de La Regeneración.—Un tomo de 388 pág., 113 por 68.

88 **C. Sarriá Fernández.**—*Juicio crítico sobre la materia única.*—Discurso, tesis para doct. en Farm.—Havana, 1897.—Foll. de 42 pág., 154 por 92.

89 **A. H. Simonin.**—*El materialismo desenmascarado.*—Madrid, 1878.—Un tomo de 252 pág., 140 por 82, trad. por C. P. V.

90 **Sociedad Bíblica B. y E.**—*La Santa Biblia*, que contiene los sagrados libros del Antiguo y Nuevo Testamento.—Antigua versión de Cipriano de Valera del año 1602 y revisada con arreglo á los originales hebreo y griego.—Madrid, 1890.—Depósito central de la Sociedad Bíblica B. y E., calle de Leganitos.—Un tomo en 4.º de 998 pág., 180 por 113.

91 **Société des livres religieux.**—*Le premier chapitre de la Genèse.*—Toulouse, 1866.—Un tomo de 242 pág., 135 por 75.

92 **Herberto Spencer.**—*Clasificación de las Ciencias.*

—Madrid, 1890.—Bibl. Econ. filos.—Un foll. de 150 pág. en 16.º, 107 por 58.

93 **F. Suñer y Capdevila**, médico, diputado por las Cortes Const. de 1869.—*Dios*.—Barcelona, 1869.—Folleto de 46 pág. en 8.º—I. López, editor.

94 **Gaston Tissandier**.—*Los mártires de la ciencia*.—Madrid, 1882.—Un tomo de 344 pág., 180 por 107, y grandes láminas, trad. y anotado por D. P. Barinaga.

95 **Valerio Máximo**.—*Exemplos y virtudes morales*, trad. por Diego López.—Madrid, 1654.—Imp. Real.—Un tomo con 156 hojas y el índice, 182 por 104 y notas marginales.

96 **C. F. Van-der Delde**.—*Los anabaptistas*, historia del principio del siglo XVI, sacada de las crónicas y documentos de aquella época, escrita en alemán y traducida en español.—Barcelona, 1833.—Un tomo de 202 pág., 115 por 63.

97 **P. Ant. Vicent**, de la Compañía de Jesús.—*Estudios biológicos*.—Valencia, sin fecha.—Imp. J. Ortega.—Un tomo de 196 pág., 130 por 72.

98 **Carlos Vogt**, prof. de Fisiología.—*Cartas fisiológicas*, trad. por D. J. Núñez C.—Madrid, 1881.—Un tomo de 400 pág. en 4.º

99 **Volney (conde de)**.—*Las ruínas de Palmira*.—Barcelona, 1891.—Un tomito de 314 pág., 106 por 63, trad. y publ. por A. Zeugeid.

100 **W. Wundt**, prof. de la Universidad de Leipzig.—*Elements de psychologie phisiologique*.—París, 1886, avec fig. dans le texte, trad. de l'allemand.—Dos tomos de 572 más 532 pág., 163 por 103.

## CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

---

...Con estas y semejantes razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristóteles... (*Don Quijote*, capítulo I, Libro I.)

*M. Cervantes.*

Los metafísicos son poetas que se proponen como objeto reconstruir la síntesis del mundo.

*Th. Ribot.*

Demuestra la historia que los errores trascendentales, creados por verdaderos genios, siempre encontraron otros genios afortunados que les desvanecieron y rectificaron.

*J. Calleja.*

**P**ARA terminar este libro voy á decir algo sobre la literatura de nuestra época, especialmente la que trata de filosofía y metafísica.

Algunas casas de París y aun de Londres, han observado, desde hace algunos años, que el comercio de libros disminuye, mientras que aumenta la vida de las empresas periodísticas, y cualquiera puede notar que la novela es lo que tiene actualmente más aceptación, favorecida indudablemente por las láminas y graba-

dos que ilustran el texto y que en otros libros, como los de geometría, arquitectura, mecánica, anatomía, etcétera, no sólo son útiles sino indispensables.

Pero dejando á un lado la parte material y fijándonos en el estilo y formas de un trabajo literario, nótese generalmente que se hace abuso de la filatería, de la superabundancia de palabras y frases, olvidando aquella envidiable concisión, exactitud, precisión y viveza en las imágenes que caracteriza las obras latinas y griegas.

Los escritores modernos, y los franceses más que ninguno, parece que se proponen dar al público gruesos volúmenes, cifrando su mérito más en el peso del libro que en el peso de sus argumentos y más en el número de páginas que en el número de verdades y aplicaciones de verdadera utilidad.

Se olvidan que en la vida ordinaria no hay tiempo que perder.

El médico que consulta una obra clásica lo que desea es saber pronto á qué atenerse y volar á la cabecera del enfermo, que quizá le está aguardando impaciente. Que tome entre sus manos un tomo del Trousseau... y al cabo de una semana comprenderá que la quinina es conveniente en los paludismos.

Y este abuso se hace extensivo á todas las esferas de la vida. En las reuniones públicas los oradores (que abundan más que los filósofos) en prolongados exordios, en lugares comunes, en frases de efecto y en divagaciones, malgastan el tiempo que debieran emplear en una argumentación razonada que dejase en el ánimo del oyente inolvidable recuerdo, sólida instrucción, convencimiento profundo y satisfacción de ánimo.

Pues en las obras de filosofía, psicología y metafísica, sucede lo mismo. Kant, Hobbes, Locke, Leibnitz, Hegel, Spencer, Comte, Stuard Mill, ingleses, franceses y alemanes parece que se han propuesto llenar los estantes de las librerías.

Confundida la filosofía con la metafísica, sin límites marcados, sin objeto determinado, sin aplicación práctica, sin utilidad manifiesta, no parece sino que los autores se han propuesto ponerla en ridículo, hacerla detestable, no digo al vulgo, sino á las personas ilustradas.

No es extraño que los libros que de esto tratan contengan palabras anfibológicas, frases oscuras, ideas extravagantes y conceptos monstruosos que no caben en cabezas bien organizadas. Gran parte de los famosos y grandes pensadores no son sino soñadores apasionados que se empeñan en describir lo que nadie puede ver, en explicar lo que no existe, en probar ó negar lo que nuestros sentidos nos revelan, lo que nos produce la evidencia y no necesita demostración. Caminando por un laberinto indescifrable, han logrado estos señores perder hasta el sentido común y contagiar de sus aberraciones cerebrales al incauto lector.

Por esta razón yo censuro ese lenguaje alambicado, pretencioso é incomprensible, en que están escritos la mayor parte de los libros de filosofía y que los hace repugnantes, indigestos; los convierte en un gallimatías, en una logomáquia que nos recuerda aquel célebre pasaje del Quijote: «...la razón de la sinrazón que á mi razón se hace de tal manera mi razón enflaquece...»



Otro defecto en el que incurren escritores notables es olvidar las reglas de urbanidad, despreciando, zahiriendo, maltratando á los que son de opinión contraria, y para ello empleando en la argumentación algunas veces frases poco decorosas y hasta un lenguaje grosero; con lo cual, lejos de probar que tienen razón, lo que hacen es demostrar que no tienen otras razones más poderosas que oponer y que se huye del terreno científico para entrar en el personal. La discusión se convierte en disputa.

Táctica es esta ya vieja y de ello ya se quejaba el P. Maestro Feijóo en su discurso sobre *Guerras filosóficas*, según refiere el inolvidable Dr. Mata en su *Tratado de la razón humana*, añadiendo: Siempre pronto á cruzar mis armas contra los que me llaman al combate, les advierto que lean el mote de mi escudo:

*«Respuesta contra razones:  
Contra denuestos, silencio.»*

En libros tan bien redactados y en ocasiones tan solemnes como las *Conferencias* del Sr. Castellote, se increpa á los filósofos materialistas: ...*los titulados apóstoles de la Ciencia, epicúreos, eruditos á la violeta, á quienes Cicerón les llamaría FILÓSOFOS PLEBEYOS, que oponen pueriles y despreciables argumentos y que no retroceden ante las consecuencias desastrosas que se siguen de sus principios...*, etc.

El doctor en Filosofía y Letras y catedrático D. A. Hernández Fajarnés, en la *Psicología Celular*, censurando á los materialistas porque no ven en los tejidos orgánicos más que compuestos de carbono, dice:

«¿Cuál es el destino del alma? No lo dice Hœckel,

pero si estas aberraciones consintieran algún humor satírico, ¿no cabría suponer que para estas almas, ó carbón, deben haberse solo hecho los infiernos?»

Los que con tanta jactancia se expresan en el libro ó en la llamada cátedra del Espíritu Santo (y que es verdadera cátedra de filosofía espiritualista) describiendo con lujo de detalles el mundo sobrenatural; los que aseguran poseer la verdad y que los demás están en el error; los que se burlan y acriminan á hombres que han consagrado su vida al estudio de la materia; esos tan respetados señores ¿anhelan la dicha y bienestar de los pueblos, ó defienden sus propios intereses?

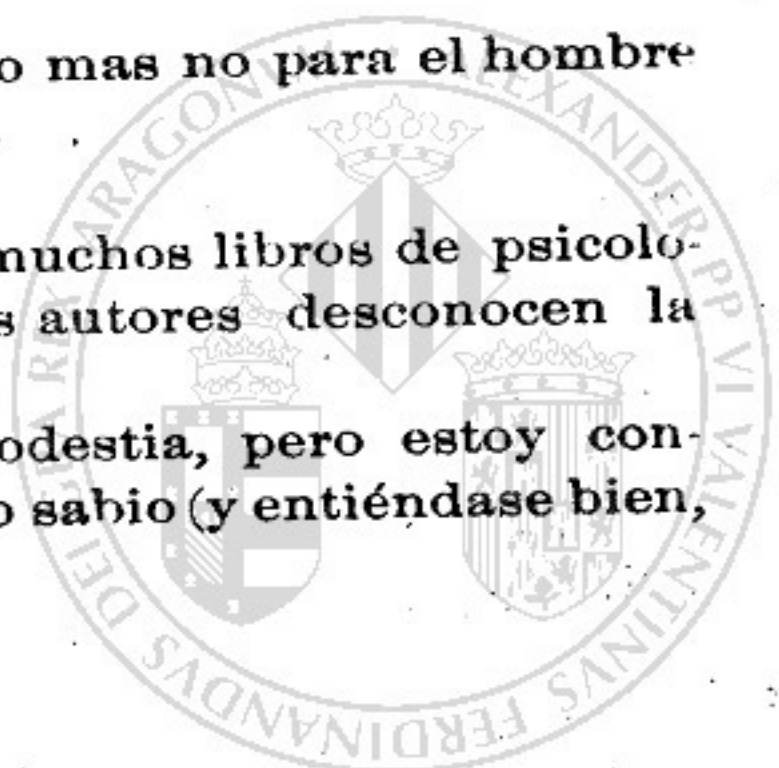
Según su modo de apreciar las cosas ellos hacen un gran papel en la sociedad, pues sin el freno de la Religión, aquélla se desquiciaría y vendría abajo, en medio de la más espantosa revolución, de la más confusa anarquía. Por eso piden á los gobiernos que impongan castigos á los que se burlan de las prácticas religiosas y ampare á la Iglesia, que sin duda no confía en que *«porta Inferi non prevalevunt adversus eam.»*

Y eso que las palabras en latín tienen tanta fuerza!...

Grande arma es el ridículo mas no para el hombre sensato.

De otro vicio adolecen muchos libros de psicología y metafísica y es que sus autores desconocen la materia de que tratan.

Podrán tacharme de inmodestia, pero estoy convencido de que sólo el médico sabio (y entiéndase bien,



no digo todos los médicos), conoce algo la antropología.

El médico que se dedica á curar y se ve obligado á preocuparse de su clientela ejerce el Arte, pero no es perito en la materia. No es filósofo, porque son muy distintas cosas la filosofía y la medicina. Pero el que estudia la anatomía comparada, la histología, la anatomía patológica, la fisiología, la química biológica, etcétera; el que se dedica á la psiquiatria; el que además conoce moralmente al hombre, porque penetra en las familias y observa su vida íntima, éste tiene mucho adelantado para ser un buen filósofo y ver la cuestión desde un punto diferente del que la contemplan los metafísicos, por más títulos de doctor y catedrático que ostenten.

En casi todas las obras de estos señores se ven tendencias místicas, huelen algo á incienso...

Bien se yo que las de los médicos huelen á cementerio.

Ciertamente: allí está la verdadera cátedra de filosofía.

Allí se fortifican y exajeran las creencias.

De allí el que es espiritualista sale soñando; el que es materialista sale hecho un escéptico.

Y ninguno sale contento, porque han visto demostrada una verdad desagradable contra la cual es una continua protesta la vida del hombre.

Por eso los eclécticos tienen su cátedra de filosofía en el salón de baile.

De la filosofía se ha dicho que subsistirá como una eterna tentativa sobre lo desconocido. «Demos por resueltas y sabidas todas nuestras cuestiones sobre

Dios, sobre la naturaleza y sobre nosotros mismos (dice Th. Ribot), ¿qué le quedará que hacer á la inteligencia humana?—(*La psic. inglesa*).

Opino de distinto modo que el respetable autor citado en cuanto al objeto que se propone la filosofía, porque si bien es cierto que el conocimiento completo del mundo en que vivimos y de nuestra propia persona es probable que jamás lleguemos á conseguirlo, nos basta con lo que sabemos para fijar nuestro destino terrestre, sentar las bases de la moral universal apoyada en la naturaleza humana y comprender que no debemos abandonarnos á un ciego fatalismo, ni poner nuestra suerte en manos ajenas, porque el que á otro se entrega se degrada y se hace esclavo.

Esta sola consideración coloca á la filosofía en un lugar muy elevado entre los estudios científicos.

La mayor parte de las cuestiones filosóficas son tan sencillas en su exposición como difíciles y complejas en su resolución y en gran manera transcendentales, pero su contestación es tan sencilla como la pregunta.

Por eso, al exigir una respuesta categórica y terminante, suele nuestro adversario contestar con evasivas, involucrando la cuestión, ó apelando á un recurso de mal género, para escapar á la red que se le tiende. Lo cual supone desconfianza en el éxito.

Proponíale yo á un Reverendo discutir esta tésis: «El alma no es más que la inteligencia: la función del cerebro.» Contestóme extensamente demostrando vasta erudición, pero esforzándose en probar que «el mundo no es debido á la casualidad.»

Esta no era la cuestión propuesta. ¿Quién afirma que la casualidad ha hecho el mundo?

Pues convenía al Padre formular un dilema: El mundo no ha podido ser hecho sino de una de estas dos maneras: ó por Dios ó por la casualidad. Es así que la casualidad no lo ha formado, luego...

Es como si dijéramos: «La bolsa ó la vida.»

Para que un dilema no sea vicioso es preciso probar hasta la evidencia: 1.º, que solo hay dos caminos que seguir; 2.º, que uno de estos es imposible ó absurdo. En el ejemplo citado, si el víctima logra evadirse, ya no hay bolsa ni vida.

¿Se ha demostrado que no hay más que Dios ó la casualidad como causas de la creación? No tal. Luego el argumento es falso.

Para demostrar que Dios ha hecho el universo es preciso primero probar la existencia de Dios, y ¿cómo se prueba? Probando la existencia del mundo.

Esto se llama círculo vicioso.

Además, es preciso probar que el hombre lo sabe todo, y esto tampoco puede conseguirse.

Conviene dar una interpretación clara y exacta á la palabra *causa*.

Se dice: no hay efecto sin causa.

El mundo es un efecto, luego tiene su causa.

Esto es un sofisma por falsa interpretación de la palabra *causa*.

Admitida la evolución como ley general, el mundo se nos presenta como una no interrumpida serie de hechos, cada uno de los cuales tiene su antecedente y su consiguiente, encontrándonos nosotros que lo presenciarnos en medio de un infinito hacia el pasado

y un infinito hacia el porvenir. Cada causa produce su efecto (simple ó múltiple), y éste á su vez, convertido en causa, produce otro efecto y así sucesivamente; y si miramos atrás vemos que cada efecto reconoce una causa, producida por otra causa anterior, etc.

Toda esta ilación de causas y efectos manifiesta una tendencia determinada, á la que Spencer y otros filósofos llaman progreso. Es un proceso uniforme que hace suponer una necesidad fundamental, cuyo origen es tan desconocido como su fin.

Nosotros no podemos aplicar la palabra causa y efecto sino al mundo material. ¿En qué consisten estas causas y efectos? ¿Qué son? Son mutaciones, cambios, transformaciones, alteraciones en la composición, constitución, posición y naturaleza de los cuerpos, son *fenómenos*, es decir, movimientos sujetos á leyes fatales y calculables. En todos estos fenómenos los átomos que componen los cuerpos no se crean, no hacen más que pasar de un estado á otro.

Si queremos entrar en terreno metafísico y averiguar si la materia ha sido creada, cosa que no podemos concebir, para explicar lo desconocido tenemos que recurrir á una hipótesis y explicarla por un agente desconocido, lo cual es otra falta de lógica. Decimos que Dios es la causa del mundo, porque suponemos que el mundo ha salido de la nada: pero ¿quién ha probado la existencia de la nada?

La existencia de la nada supone la no existencia de Dios, porque éste algo debe ser, y donde hay algo, no existe la nada. Y si existía Dios y Dios es un Sér nos vemos en la necesidad de explicarnos su existencia por una causa. ¿Quién ha hecho á Dios? No pode-

mos salir de este círculo vicioso, ó de una cadena de absurdos y disparates, que en vez de fortificar nuestra inteligencia, como la educa y fortifica el estudio de las matemáticas, lo que hace es volvernos imbéciles; y todo por empeñarnos en ir contra la ciencia, contra la verdad, contra la lógica y el sentido común; todo por querer demostrar lo que nuestra fantasía ha soñado y lo que se adapta á nuestro gusto y capricho; todo por querer pintar un mundo ideal, imaginario, que después de todo no es tan hermoso, sublime y encantador como el mundo real y verdadero donde vivimos.

Los positivistas, temerosos de divagar en el terreno metafísico, se concretan solo á estudiar hechos, niegan lo absoluto y no quieren penetrar en el terreno de lo desconocido. Pero para filosofar es preciso reflexionar, sacar consecuencias sobre los hechos observados y estos racionios tienen un carácter personal y por tanto susceptible de interpretaciones diversas. Son apreciaciones, no son hechos.

Además, estos racionios y estos hechos no todos son nuestros: son tomados de otros autores y observadores que nos merecen confianza.

Ahora bien; yo censuro á los que confían demasiado en el dicho de otros. Tengo á la fe no como una virtud sino como demostración y signo evidente de falta de criterio propio ó de pereza. Y sin embargo la mayor parte de los hombres (y yo entre ellos) no comprueban lo que saben, ni lo han aprendido por el estudio directo de la naturaleza, se fían de los libros ó de la palabra del maestro ó de cualquiera. Yo creo que existe París sin haber estado allí, y creo muchas cosas que dicen los libros sin haberlas comprobado.

¿En qué consiste esta confianza? ¿Es censurable? ¿Está fundada?

Podéis asegurar que un hecho ó un principio científico es cierto cuando está relacionado con otros de tal manera que resulta un todo armónico y completo; cuando hay conexión entre aquel hecho y los demás; cuando la razón lo admite con satisfacción y agrado. Mas si el hecho dudoso forma una nota discordante con otros hechos conocidos; si está en contradicción con lo observado y comprobado; si de admitirlo como verdad resulta un contrasentido, un absurdo, *propter rationem*, de tal modo que tengamos que violentar nuestra razón, debemos rechazar aquello que tanto nos repugna. Esta aversión instintiva que sentimos cual si fuera un manjar envenenado, nos avisa de que aquello es nocivo, porque aniquila y perturba nuestras funciones intelectuales.

Y es más; donde reina el principio de contradicción, donde hay confusión y desacuerdo, allí está el error, la mentira con su funesta secuela de la farsa, la inmoralidad, la desgracia, la enfermedad, el crimen, la miseria, la desolación, la muerte.

Mientras no estudiemos ni tratemos si no de las causas secundarias, las que producen los fenómenos y son del dominio científico, la razón humana, educada é ilustrada, comprende las cuestiones que se ponen en tela de juicio. La causa primera que abarca y comprende todo el conjunto de causas secundarias y los fenómenos que originan, no está al alcance de la ciencia.

Para Paul Janet la ciencia sólo se ocupa de la ex-



plicación de los fenómenos por sus causas naturales. Lo que está sobre ella lo ignora y la ignorancia no es una negación. La ciencia, dice, no tiene competencia ni autoridad para negar lo que no comprende.»—(*El materialismo contemporáneo*).

No puede darse un principio más erróneo ni más perjudicial.

Es la negación de la lógica y del sentido común.

Si una cosa es verdad por el solo hecho de ser incomprendible y absurda, de nada sirve que tengamos cerebro: para nada sirve pensar.

Pero ¿qué interés tiene Paul Janet en hacer que prevalezca semejante aseveración?

Leed *El materialismo contemporáneo* y lo comprenderéis.

Refutando á Sainte Beuve porque dice que «la creación sería el primero de los milagros,» se le ocurre advertir que la idea de milagro se refiere á una naturaleza ya existente y no puede aplicarse con justicia al acto de la creación, porque entonces aun no había universo. ¿Cómo podía ser contrario al orden del mundo antes que tal orden existiese?

Más adelante dice:

De cualquier modo que nos representemos el origen de las cosas nos es imposible escapar á lo sobrenatural.

Y á seguida se entretiene en demostrar que la ciencia no es antireligiosa, ni religiosa. Claro está. La ciencia no se ocupa de religión sino del estudio de los fenómenos naturales; pero la filosofía que tiene por fundamento las ciencias, será naturalista y con tendencias ateistas, mientras que la filosofía que surja y

proceda de la metafísica será espiritualista y con tendencias místicas y religiosas.

El mundo de la ciencia, como el de la política, se halla dividido en partidos intransigentes é implacables.

«Cuando aparece un hombre en el mundo científico y filosófico, por la publicación de una obra, nadie se inquieta por conocer si el libro contiene nuevas leyes ó nuevas verdades, si puede prestar servicios á la humanidad ó retrasar en uno ó más grados el límite de los conocimientos universales; pero en cambio se pregunta si el autor ha escrito en pró de la doctrina de tal ó cual secta ó bandería de las que dividen en la actualidad el mundo de la ciencia.

»Si el autor es independiente y escribe solo por interés de la verdad, todos los partidarios procurarán matar su libro por la conspiración del silencio.»—  
(*A. H. Simonin*).

Y, sin embargo, para el autor que esto escribió Víctor Hugo es un poeta extravagante que desde toda su vida ha sido blanco de la monomanía de la vanidad; Büchner nada nuevo ha dicho en sus libros, abundantes en contradicciones y el fin que se propone es colocar al hombre al nivel del bruto; Ernesto Hækel no es más que un doctor dedicado á la embriología...

Para Mr. Simonin, la teoría de la evolución es una utopía.

Ya hemos visto que también tienen detractores en nuestra patria los partidarios de aquella teoría. El Dr. Ferrer y Julve en 1877, en el discurso de apertura

del curso universitario de esta ciudad se esforzó en *contrariar la doctrina materialista*, poniendo ante ella los textos bíblicos, y viéndose obligado á aceptar con Moisés que la luz ha sido hecha antes que los cuerpos celestes. Su trabajo erudito termina de este modo:

«El ateísmo, el escepticismo y el materialismo encarnados en la teoría darwinica y en la doctrina evolutiva, quedan á mi parecer rechazados del campo científico, del filosófico y hasta del religioso. Están en desacuerdo con el criterio de verdad.»

El Padre Zacarías Martínez, escribe:

«Muy significativa es la frase de Ives Delage: «Los hombres son ó no son transformistas, no por razones tomadas de la Historia natural, sino por razón de las ideas filosóficas de cada uno;» y podemos añadir, por la diferente manera que tienen de ver la realidad.

«La mayor parte de los evolucionistas lo son por motivos muy ajenos á la ciencia: y si Donoso Cortés apuntó que en toda cuestión económica había una cuestión religiosa, hoy se puede decir que en este género de cuestiones científicas va siempre oculta una cuestión religiosa.»

Bien dice Balmes: «Antes de leer una historia es muy importante leer la vida del historiador.»

Aquel gran pensador, que sin embargo desciende á probar la existencia de la revelación, y sostiene que la más alta filosofía está acorde con la fe (*El Criterio*), hablara quizá de otra manera si no impidiese la negra tela de sus hábitos dejar transparentar las verdades que su pecho escondía.

¡Ah! Los hombres no siempre dicen lo que sienten.

¡A puro de fingir y de engañar concluyen por engañarse á sí mismos!

La ciencia no puede admitir el mundo sobrenatural, porque ningún hecho material lo demuestra. Si alguna prueba ó conocimiento adquirimos para investigar dónde está y en qué consiste aquella maravilla, cada vez escapa más á nuestra curiosidad, pues no pudiendo fijar límites al espacio, ocupado por un prodigioso número de cuerpos, nuestra imaginación se abisma y nuestra razón se ve obligada á admitir el infinito: de donde se deduce que ese mundo sobrenatural, si existe, coincide con el mundo material.

Curioso es en verdad seguir á los autores de metafísica en sus controversias para definir el tiempo, el espacio, el vacío, la creación, Dios, etc. Ninguno á mi ver lo ha hecho mejor que A. H. Simonin, con respecto á los dos primeros, después de revistar las definiciones que dieron los sabios y entre las cuales la de San Agustín, es notable porque dice:

«¿Qué es el tiempo? Si nadie me pregunta lo sé; si quiero responder á la pregunta lo ignoro.»

Para Mr. Simonin el tiempo y el espacio no tienen existencia real, y por consiguiente ni tienen límites, ni han nacido, ni tendrán fin. Son nada.

Un poco más que hubiese avanzado el filósofo de Iverdon aplicando estas definiciones á los espíritus, á las fuerzas, etc., y estaríamos acordes; pero Simonin no es médico y tiene horror al materialismo. Asegura que la vida no puede tener un origen material, porque si así fuera, la ciencia llegaría un día á conocer el origen y los secretos de la vida.

Esto me parece un contrasentido. Simonin delira cuando dice que la vida es el resultado de un trabajo divino.

De todos modos es una sutileza de ingenio decir que antes de existir el universo no había leyes (ni papel para escribirlas) y á esta argucia voy á contestar con otra que á cualquiera se le ocurre y en la que no han pensado tal vez los que combaten á Darwin, Hækel, Spencer y demás evolucionistas.

Se dice con cierta fruición: «La generación espontánea está demostrado científica y experimentalmente que no existe; los materialistas han sentado una base falsa y todo su edificio viene abajo.»

Ruego al lector que se fije un poco en los procedimientos que han servido para declarar que la generación espontánea no puede obtenerse, y efectivamente no se obtiene en un laboratorio cuando se toman las precauciones indicadas por el inmortal Pasteur, que en este asunto ha prestado valiosos servicios.

Sí, señores: confieso que con agua destilada, con sales potásicas y otros cuerpos inorgánicos no se ha obtenido ni una célula siquiera, pero ¿es de esto de lo que se trata?

Seguramente que no. Lo que se discute es si los seres orgánicos que hoy existen han sido producidos por las fuerzas naturales ó han necesitado que un Dios directamente los haya fabricado. Y ya sabemos por Moisés cómo se hizo el primer hombre y la primera mujer.

Si vuestro criterio no se presta á admitir la explicación bíblica podéis todavía suponer que ese ente extraordinario, á quien acudís para explicarlo todo, haya

dado leyes á la materia y en su virtud se hayan desarrollado los seres orgánicos. Hasta aquí estamos dentro del terreno deísta ó espiritualista, aun negando la tradición mosaica; pero el tema que se discute es:

*Las fuerzas naturales ¿han producido en el planeta que habitamos los seres orgánicos?*

¿Quién lo duda? ¿Quién es capaz de poner límites á las fuerzas del universo? ¿Quién puede precisar hasta dónde llega su poder?

Pues qué, ¿por no haber llegado á obtener una muestra de organización, en un gabinete particular y disponiendo de escasos recursos, se deduce que en la gran fábrica del Universo, con los grandes recursos con que cuenta la naturaleza y en condiciones desconocidas por nosotros, no se hayan obtenido esos resultados que estamos presenciando?

Y todo para venir á concluir en que *Dios lo ha hecho*, cuando ningún materialista ha negado la existencia del Universo dotado de fuerzas maravillosas.

Pero de esto á creer en la existencia de un Dios personal que se determina á poner por obra sus meditados proyectos; que después de verlos realizados los contempla y observa que son buenos; que se enfada cuando el hombre que ha creado es desagradecido y no corresponde; que se satisface de que le rindan culto y adoración; que premia y castiga para que la criatura comprenda cuándo obra bien y cuándo obra mal; y en fin, un Dios con todos los atributos é imperfecciones propios de un hombre, así se le llame rey ó gobernador, alcalde ó simplemente padre de familia, de creer en este Dios ó en el que conciben los hom-

bres de alguna cultura y buen sentido, hay mucha diferencia.

Combatiendo el materialismo exclama el Sr. Rodríguez:

¿Quién ha dado las leyes á la materia?

Esa pregunta supone probado que antes de darle leyes á la materia, no las tenía. Como las leyes no son mas que manifestación de las propiedades de la materia, ó sea del modo cómo se comportan los cuerpos entre sí, suponer que existían cuerpos sin propiedades es una verdadera locura. Equivale á la creación de la materia; porque concebir á ésta sin atributos es concebir la nada. Y como la materia no ha podido darse á sí misma estos atributos, nos vemos en la necesidad de conceder que los ha tenido siempre y que no puede existir cuerpo sin propiedades. La consecuencia que saca el Dr. Rodríguez de que la materia es Dios, está bien sacada y no tiene motivo para extrañarse, pero no diga que el átomo es insignificante, porque el Universo es el conjunto de átomos, como el granero lleno es el conjunto de granos de trigo. El átomo no es el director del Universo, sino el componente de los cuerpos y todos los fenómenos, ó sea la vida universal, proceden de las acciones mutuas de estos cuerpos que componen el Universo.

El mundo moral obedece á las mismas leyes.

«Todo se enlaza mutuamente. La civilización elevada no es posible sino por la cultura científica, pero la cultura científica no es tampoco posible sino mediante la civilización. Así la causa se convierte en efecto y el efecto en causa; porque, en todo lo que

vive, la ley suprema es la de reciprocidad de acción.»  
—(H. Spencer).

Como ejemplo de vaguedad y de inconsecuencia en los juicios copiaré lo dicho por el gran fisiólogo belga Schwan: «¿Habéis pensado en la causa de la muerte? Yo no sé deciros por qué morimos.»

Dutrochet lo explica «porque la vida es una excepción temporal de las leyes generales de la materia...»

¡Cómo! Estas leyes ¿también tienen excepciones?

Pero los Sres. Castellote y P. Janet, que no pueden explicarse la muerte natural, son los primeros en admitir y dar por sentado que *la vida es un fenómeno más ó menos complejo*: y ellos mismos se dan la contestación; porque si todo fenómeno se verifica en el tiempo y en el espacio, debe ser precisamente limitado y finito. La vida es un fenómeno, luego...

Si la vida humana se apaga y extingue por completo, como la vida de todos los seres orgánicos, es porque obedece á un proceso evolutivo, ajustándose en un todo á las leyes naturales que presiden á la formación, desarrollo y decaimiento de todos los seres orgánicos. Los inorgánicos, los que nos parecen muertos, sufren también continuas transformaciones, pues hasta los cuerpos celestes se forman y se destruyen, estando destinados á desaparecer en el espacio para dar origen á nuevas formaciones, como parece columbrarlo la astronomía moderna.

Por consiguiente, la extrañeza de aquellos filósofos demuestra un completo desconocimiento de las ciencias, puesto que la muerte del hombre, lejos de estar en contradicción con las leyes naturales, se ajusta á



ellas y prueba también que la vida del hombre es producida por causas naturales y no por espíritus fantásticos.

La historia de las teorías sobre el alma, discutiendo su origen, su espiritualidad ó materialidad, su eternidad ó mortalidad, el sitio que ocupa en el organismo y el modo cómo á éste se halla unida, etc., puede verse compendiada en *L' esprit et le corps* de A. Bain.

Del alma se han dicho todas cuantas necesidades pueden concebirse... y muchas más.

Desde el alma fantasma de los primitivos pueblos salvajes, hasta el alma que nos describe Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás y otros hombres eminentes de todas épocas y países que han querido explicar la vida del hombre, aislándolo de todos los demás seres de la creación, sin conocerle físicamente. Los señores metafísicos lucubrando en su gabinete de estudio han dejado volar su imaginación y nos han descrito un hombre, un alma, una vida espiritual, un mundo sobrenatural y todo lo que han querido pintarnos á medida de su deseo.

*C'est une histoire fait á plaisir*, pero la lógica... esa brilla por su ausencia.

La conciencia, dice el Sr. Castellote, será siempre un hecho irreductible, y el alma en quien radica no es ni puede ser una función del cerebro: porque la experiencia nos enseña que percibimos las modificaciones internas de nuestro yo.—(*Conferencias*, pág. 79).

Pero ¿con qué se percibe? Sin duda es con el cerebro. Sin la integridad de este órgano no hay ni puede haber sensibilidad, ni conciencia.

Suponer que sin cerebro, sin organismo, sin un

substratum material, exista el individuo ó la personalidad humana y que tenga como á tal sensibilidad, afectos, inteligencia, etc., como nos sucede cuando vivimos y gozamos de la más perfecta salud ó aptitud para las funciones de relación, esto es simplemente tonto y consecuencia de una de esas aberraciones intelectuales, tanto más fáciles de sobrevenir cuanto más descuidada haya sido la educación de aquel órgano.

—

Como la sociedad, y especialmente el clero católico, prodiga los epítetos más infamantes á los que no personifican á esa Causa primera desconocida, ningún autor quiere que le llamen ateo, y todos, en sus escritos, aprovechan la ocasión más oportuna para invocar la sabiduría Divina, el Supremo Hacedor, el Arquitecto Universal, la Omnipotencia, la Providencia y una porción de términos rebuscados, tan pretenciosos como huecos y desprovistos de sentido, que me hacen exclamar: ¡«Qué miedo hace!» y me recuerda la arrogante frase de Laplace á Napoleón I: «*No he tenido necesidad de esa hipótesis.*»

—

Aunque, por fortuna, han pasado ya aquellos tiempos de ignorancia en que tan en boga estaban las supersticiones y las creencias ridículas que mantenían á las gentes en un estado de continua desazón y de temor, nuestra actual sociedad no sólo conserva los recuerdos sino que manifiesta tendencias á lo fantástico y maravilloso y prueba evidentemente que los goces de la imaginación no son los más descuidados.

Esta tendencia á soñar despiertos se manifiesta en todos los hombres y en todos los actos de la vida.

Pruébanlo el gusto, el ansia por la lectura de las novelas, por la asistencia á los espectáculos, por la música y el baile, por las bellas artes, por los viajes, por las escursiones, por la pasión al juego, por el amor y por todas las afecciones, por la erección de mausoleos y toda clase de monumentos conmemorativos, por todo lo que nos hace fijar la atención, nos entretiene y deleita.

Ciertamente; si en la sociedad civilizada no se reflejasen y tradujesen en hechos las grandes concepciones de nuestra fantasía, el mundo material en que vivimos carecería por completo de atractivo, de belleza, de variedad y de encanto.

Empero si los goces de la imaginación hacen la vida agradable y satisfacen una necesidad, haciendo funcionar un órgano, cuya localidad no importa fijar, no debemos exajerar el ejercicio de esta función, porque la experiencia y el raciocinio de consuno nos enseñan que esto se hace á expensas de otra facultad más noble, á la cual debemos más sólidos y verdaderos placeres y satisfacciones y la garantía de nuestra existencia y la de nuestra familia: la razón.

«La metafísica ha dañado considerablemente al pensamiento humano.

»Ocupándose desde su principio, ora de cuestiones insolubles, ora de cuestiones que no podían resolverse antes de que lo fuesen otras, ha sido causa de que la inteligencia, girando sobre sí misma, se haya precipitado en el vacío.

»Antes de conocer el alma humana ha querido conocer las primeras causas, los primeros principios y á Dios mismo. De aquí su insistencia sobre ciertas

cuestiones copiadas y repetidas de generación en generación, de siglo en siglo; de aquí también esos atrevidos y absurdos razonamientos *á priori*, esas teorías enmarañadas é insensatas para descubrir lo imposible, para hallar la substancia del tiempo y del espacio; de aquí, en fin, esa confusión lamentable de la naturaleza y de Dios, que viene desde la filosofía griega hasta nuestros días.

»La metafísica, que ha abusado de la confianza y de la credulidad de los hombres, debe ser castigada y desaparecer.»—(A. H. Simonin).

Por eso precisamente es por lo que la verdadera filosofía, la naturalista, se opondrá á la intencionada oculación de la verdad; á que se desarrolle esa perniciosa tendencia á lo maravilloso y fantástico, de que tanto se ha abusado en libros, dibujos, discursos, conversaciones, teatros y espectáculos públicos describiendo y pintando escenas inverosímiles, mundos imaginarios, aventuras ultra-quijotescas, milagros de santos y santas, travesuras de diablos y duendes, los antros horrorosos del infierno y las inefables delicias de la Corte celestial; porque la farsa y la mentira van envueltas en contradicciones y absurdos que confunden y angustian, que perturban y anonadan las facultades mentales.

No olvidemos que los libros tienen por objeto ilustrar, pero están hechos por hombres, y éstos por sabios que sean pueden equivocarse, ó decir con intención cuantas mentiras se les ocurran.

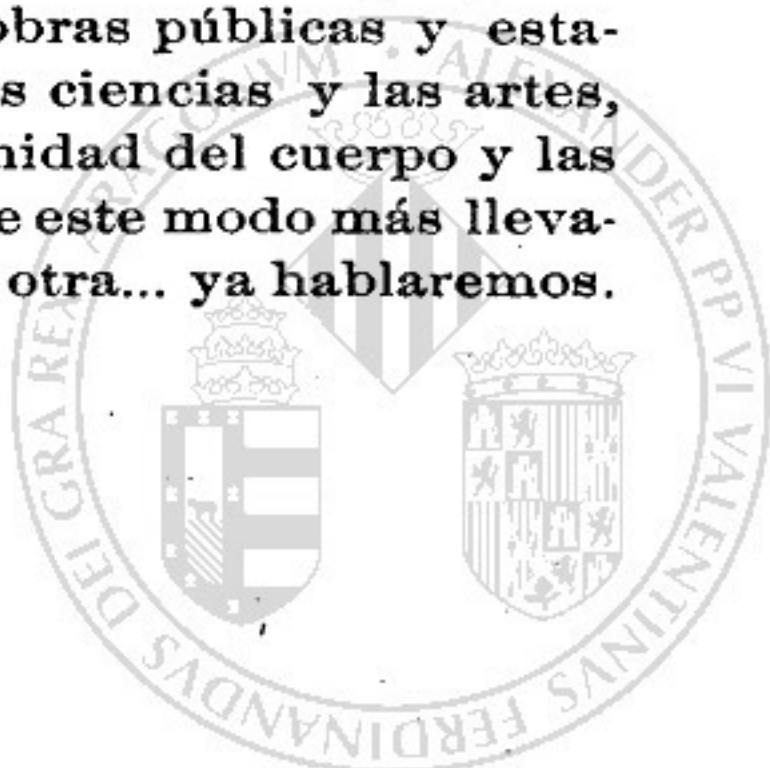
No todos los hombres poseen criterio para discernir entre la verdad y la ficción, y nada tiene de extraño que el vulgo acepte aquellas creencias cuando per-

sonas distinguidas por su gravedad y alta posición social son las primeras que hacen alarde de rendirles culto.

Es preciso desenmascarar á esos farsantes, proscribir y condenar esa literatura perniciosa que perturba y mata la razón humana; y despertar á esos eternos soñadores, que de buena fe creen cuanto les dicen, para hacerles ver que habitamos en un mundo material lleno de peligros que hay que vencer y de necesidades que hay que satisfacer, con el asiduo trabajo mecánico ó intelectual.

Esos señores que nadan en la abundancia, porque han nacido en condiciones ventajosas y con una organización privilegiada, no se echen en brazos del fanatismo y la superstición, dando un mal ejemplo al pueblo, porque éste, aunque estúpido y desagradecido, es el que trabaja, produce, mantiene la sociedad y difunde la vida. Dedicuen sus ocios al estudio del mundo material y del hombre; gasten sus envidiables capitales en libros, instrumentos, viajes, maestros y enseñanzas; eduquen, protejan, ayuden y moralicen al vulgo con el ejemplo; y procuren fomentar el progreso y la civilización por medio de obras públicas y establecimientos que desarrollen las ciencias y las artes, la industria y el comercio, la sanidad del cuerpo y las buenas costumbres, para hacer de este modo más llevadera esta vida terrenal, que de la otra... ya hablaremos.

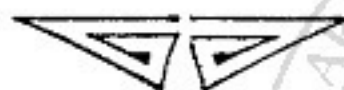
FIN



# ÍNDICE



	<u>Página</u>
Introducción. . . . .	3
El mundo primitivo. . . . .	9
El mundo antiguo. . . . .	15
El mundo moderno. . . . .	27
El saber personal. . . . .	37
Los instrumentos. . . . .	49
Invencciones y descubrimientos. . . . .	59
Mártires del trabajo. . . . .	69
Persecuciones religiosas. . . . .	79
La Inquisición. . . . .	91
Procesos notables. . . . .	101
Las Ciencias. . . . .	121
¿Qué es filosofía?. . . . .	137
El evolucionismo. . . . .	149
Sistemas filosóficos. . . . .	161
Resumen y deducciones. . . . .	177
Bibliografía. . . . .	187
Crítica bibliográfica. . . . .	199





## FE DE ERRATAS

---

Pág. <sup>a</sup>	Línea	Dice	Debe decir
23	28	apoderaron. . .	apoderan.
64	31	osbes. . . . .	orbes.
84	17	J. de Castro.. .	F. de Castro.
99	6	Felipe.. . . .	Fernando.
138	1 y 2	subjuntiva. . .	sugetiva.
150	17	Central y más. .	Central, mas.
160	31	porque es el . .	porque dirán: es el.
192	18	y 8 de . . . . .	y 1 de.
193	12	Bib. de C. y Filos.	Bib. de C. y Filos.— Un t. 260 p. 142 por 83

NOTA.—Al final del artículo *La Inquisición*, página 100, debe continuar el cuadro siguiente:





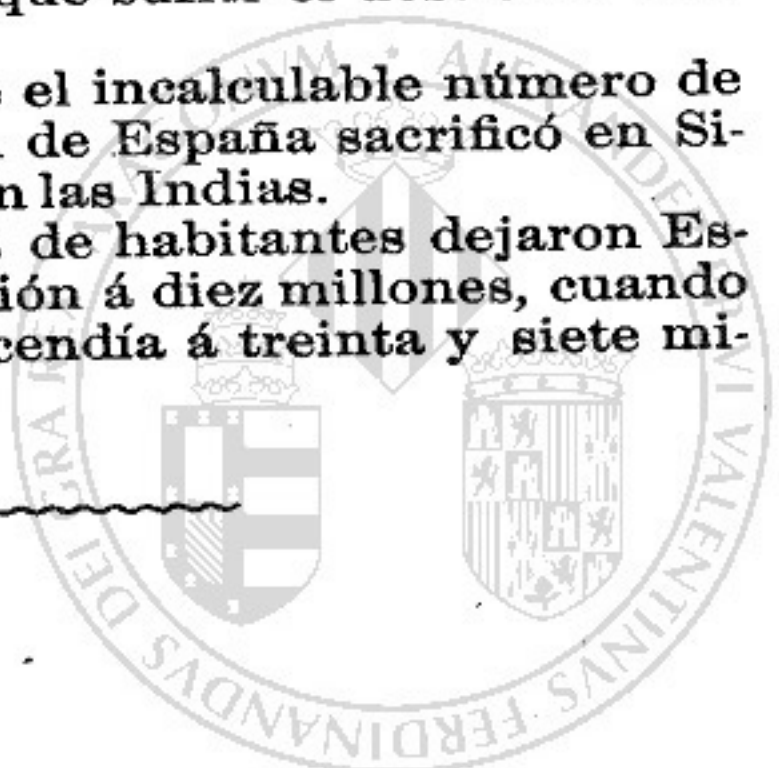
## *Victimas de la Inquisición en España desde 1481 á 1820*

Años	PERSONAS Y TIEMPO QUE GOBERNARON	Quemados vivos
1481	T. Torquemada, en 17 años.. . . . .	10.220
1498	Deza, en 9 años.. . . . .	2.592
1507	Cisneros, en 10 años. . . . .	3.564
1517	Adriano Florencio, en 4 años. . . . .	1.620
1521	Interregno, en 2 años.. . . . .	324
1523	Alfonso Manrique, en 22 años.. . . . .	2.250
1545	Tabera y Loasia (Carlos V), en 11 años. . . . .	2.160
1556	Reinando Felipe II, en 41 años. . . . .	3.990
1597	Id. Felipe III, en 24 años. . . . .	1.840
1621	Id. Felipe IV, en 44 años. . . . .	2.852
1665	Id. Carlos II, en 35 años. . . . .	1.630
1700	Id. Felipe V, en 46 años. . . . .	16
1746	Id. Fernando VI, en 13 años. . . . .	10
1759	Id. Carlos III, en 29 años. . . . .	4
1788	Id. Carlos IV, en 20 años. . . . .	>

Se han suprimido de este cuadro los quemados en efígie (17.689) y los sentenciados á cárcel y galeras (287.964). Además, reinando Fernando VII, más de 100.000 personas tuvieron que sufrir el destierro ó el presidio.

También podía añadirse el incalculable número de víctimas que la Inquisición de España sacrificó en Sicilia, Cerdeña, Flandes y en las Indias.

Además, cinco millones de habitantes dejaron España y se redujo su población á diez millones, cuando en tiempo de los árabes ascendía á treinta y siete millones.



## RELACIÓN ALFABÉTICA DE AUTORES

con expresión de las páginas en que se hallan las citas

- Acuña, 110.
- Agustín (San), 213.
- Ahrens, 139.
- Alí (califa), 108.
- Al Mamud, 121.
- Anquetil, 18.
- Antorcha Valentina, 11  
120.
- Aristóteles, 37 123.
- 
- Bacon (R.), 81.
- Bain (A.), 6 124 140.
- Balmes, 161 168 169.
- Beaunis (H.), 46 164.
- Bernard (Cl.), 136.
- Berthelot, 38.
- Blasco Ibañez, 182.
- Borda, 139.
- Bruno, 104.
- Bucher de Pertes, 10 59  
161.
- Büchner, 125 142 161  
172 174.
- Buen (Odón de), 123 125  
136 144.
- 
- Calderón (Alfredo), 188.
- Call (J.), 174.
- Calleja (J.), 199.
- Campanella (T.), 106.
- Carnot (Lázaro), 59.
- Carnoy, 123.
- Casanova (P.), 70 91 170  
176.
- Castellote (S.), 175 218.
- Castro (F. de), 84 102.
- Cazelles, 172.
- Chevreuill, 175.
- Christol, 10.
- Cotta, 49.
- 
- Darwin, 151.
- Delavigne (C.), 79 175.
- Descartes, 138.
- Diderot, 181.
- Didot (A. F.), 37.
- Dolet (Esteban), 177.
- Donoso Cortés, 212.
- Draper (G.), 49 59 67  
69 85 93 104 154.
- Dubois, 11.
- Duclaux, 123.
- Dutrochett, 217.
-

- Epicuro, 5.  
Escuder (J. M.<sup>a</sup>), 83 101.  
—  
Feijóo (Padre), 202.  
Ferrer y Julve, 211.  
Ferrière (E.), 4 27 162.  
Feuerbach, 3.  
Flammarión (C.), 5 171.  
—  
Gallois, 87 94 100 112.  
Ganot (A.), 64.  
Garrido (F.), 137.  
Gaudry (Alb.), 152.  
Gregori, 91.  
Guizot, 79.  
—  
Hernández Ardieta, 83.  
Hernández Fajarnés (A.),  
150 202.  
H. Ibarreta, 186.  
Herzen, 161.  
Hugo (Víctor), 177.  
Humbolt, 26 154.  
—  
Ives Delage, 212.  
—  
Janet, (P.), 209.  
Jesús María (P. Fr. V.), 57.  
—  
Kant, 43 138.  
Krahmer, 172.  
—  
La Bruyere, 49.  
Lactancio, 101.  
Lakanal, 121.  
Laplace, 219.  
Lartet (E.), 10.  
Laugel (A.), 10.  
Layard y Smit, 17.  
Le-Bon (G.), 27 153.  
Leibnitz, 149.  
Lesley (S. P.), 21.  
Letamendi, 27.  
Littré, 128.  
Lombroso (C.), 4.  
—  
Marco Aurelio, 121.  
Marsillach (A.), 184.  
Martínez Núñez (Padre Z.),  
124 139 160.  
Martínez (Ild.), 170.  
Mata (P.), 124.  
Mendoza (C.), 25 29 30  
153.  
Millet (A.), 77.  
Moisés, 214.  
Moleschott (J.), 6 37 54  
167 173 176 180.  
Morayta (M.), 14 23 156.  
—  
Nordau (M.), 4 91.  
—  
Olózaga (S.), 117.  
Ortí y Lara, 38.  
—

- Pasteur, 178.  
Pecci (Cardenal), 36.  
Perty, 9.  
Polo y Peyrolón, 47 137  
162.  
Proudhon, 121 142.  
—  
Quatrefages, 13.  
—  
Radenhausen, 3.  
Ramón Cajal (S.), 123 131  
137 170 171 177.  
Ribot (Th.), 199.  
Rodríguez F. (Ild.), 15 20  
157.  
Ronda (Querubín de la), 4.  
—  
Saint-Beuve, 210.  
Saint-Pierre (B.), 15.  
Salinas (Pablo), 157 158.  
Schaafhausen, 9  
Schemerling, 10.  
Schopenhauer, 163 167  
177 181.  
Schwan, 217.  
Simonin (A. H.), 211 213  
221.  
Soury, 149.  
Spencer, 126 181.  
Stanley, 12.  
Stuard Mil (J.), 79 149.  
—  
Tammeo, 101.  
Tissandier (G.), 15 25 69  
71 75 76 179.  
Tomás de A. (Santo), 123.  
Tournal, 10.  
Tuttle, 137.  
—  
Vicent (Pade A.), 37 126  
131 138.  
Virchow, 140.  
Voltaire, 69.  
—  
Weisman, 174.  
Wiclef, 90.  
Wund, 154.



## OBRAS DEL AUTOR

---

**EPISODIOS DE LA PRÁCTICA MÉDICA.** Colección de anécdotas, historias, artículos, etc.—Dos tomos en 4.º de más de 200 páginas, con láminas y viñetas.

**SUPERSTICIONES.** Folletín de *El Popular*, semanario de La Unión (Murcia), 1894. (Agotada).

**LIBERTAD DE CONCIENCIA.** Drama en cuatro actos, escrito para aficionados.

**FILOSOFÍA POPULAR.—LA CIVILIZACIÓN.—**Un tomito de 200 páginas en 8.º—Precio en rústica, 1 peseta.

**FILOSOFÍA POPULAR.—LA INTELIGENCIA** (en preparación).

---

*Se hallan de venta en casa del autor, Gibraltar, 11,  
Valencia.*



